

Alardo Prats

VANGUARDIA
Y RETAGUARDIA
DE ARAGÓN



A lo largo de la historia del siglo XX en España, distintos sucesos o épocas históricas se han beneficiado de la actividad, preparación, experiencia y aguda observación del periodismo. La intensa actividad de este notariado de personas, temas y épocas, convirtieron los registros de periodistas en testimonios insustituibles para el conocimiento de ambientes, prácticas, actitudes y vivencias de un número extenso de personas corrientes y sectores perfectamente anónimos de la vida nacional.

Prats, perteneció a la Agrupación Profesional de Periodistas del Sindicato Socialista y se afilió al PSOE; y su reportaje, aparecido por primera vez en 1937, constituye un imprescindible testimonio de regeneración cultural y social durante la Guerra Civil. En ese sentido, el testimonio de Prats representó una llamada de atención, lúcida y anticipada, acerca de lo que llamó «dictadura inconfesada» de gobiernos republicanos, dispuestos a sacrificar –junto a territorios enteros, como el de Aragón– el entusiasmo y los ideales iniciales, a dictados inflexibles de planes e intereses totalitarios de facciones –e imposiciones– exteriores, que brutalizaron y yugularon las aspiraciones populares.

ALARDO PRATS Y BELTRÁN

**VANGUARDIA
Y
RETAGUARDIA
DE ARAGÓN**



COLECCIÓN ESPAÑA EN ARMAS

EDICIONES ESPUELA DE PLATA

CNT·FAI

Alardo Prats y Beltrán

VANGUARDIA Y RETAGUARDIA DE ARAGÓN

La guerra y la revolución en las comarcas aragonesas

ESPUELA DE PLATA

2006

Diseño de cubierta original: Equipo Renacimiento

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN. Alejandro Díez Torre

VANGUARDIA Y RETAGUARDIA DE ARAGÓN

INICIAL

LA GUERRA

I. En la emoción épica

II. Sin casi más aprestos

III. Un rebaño de nubes

IV. En los parapetos

V. Pequeños cementerios de coches

VI. El cementerio de Huesca

VII. La gran bota de la brigada

VIII. Descendemos por el suave declive

IX. De un lado, la serranía

X. Desde Herrera hasta Sástago

XI. Desde más arriba del término

XII. El mismo proceso

LA REVOLUCIÓN

XIII. La honda preocupación

XIV. Cuatro aspectos fundamentales

XV. Condiciones tradicionales

XVI. Cerca de seiscientos pueblos

XVII. Bajo este signo

XVIII. En Graus ha cambiado

XIX. Con ser importantes

XX. Se nos podrían aducir

XXI. En el arado romano

XXII. Repetidas veces

XXIII. Aun en los momentos más dramáticos

FINAL

XXIV. Hemos precisado

Epílogo de la segunda edición

INTRODUCCIÓN

Alejandro Díez Torre

1. Vida y profesión del reportaje

A lo largo de la historia del siglo XX en España, distintos sucesos o épocas históricas se han beneficiado de la actividad, preparación, experiencia y aguda observación del periodismo. La intensa actividad de este notariado de personas, temas y épocas –incluso con politización en ascenso– convirtieron los registros de periodistas en testimonios insustituibles para el conocimiento de ambientes, prácticas, actitudes y vivencias de un número extenso de personas corrientes y sectores perfectamente anónimos de la vida nacional. Sin la atención, curiosidad, afanes y sensibilidad social practicada por aquellos

observadores pacientes y arriesgados, posiblemente un número de aspectos y trazos de la vida de la gente pasarían desapercibidos a los historiadores años después: cuando ya no fuese posible recoger «en vivo» la memoria personal de peripecias vitales y comunes a los individuos, sus vivencias de acontecimientos y el fondo común de motivaciones, sentimientos, hechos y reacciones colectivas. A comienzos del s. XX, fue sin embargo todo un movimiento de constatación e interpretación de la geografía y la sociedad españolas, de sus aspectos controvertidos o silenciados por el sistema restauracionista, lo que convirtió al reportaje vivo en una fecunda novedad: la iniciada con Ciges Aparicio y que continuaría en una fértil corriente testimonial, con ejemplos como los de José Mas, Alardo Prats, Ramón J. Sender, Benigno Bejarano y otros; prolongándose –pese a todo y la guerra civil por medio– en obras–reportaje como las de López Salinas y Antonio Ferres¹. Sucesivas y relevantes

1 Acerca de aquella tradición del reportaje, enfrentándose a problemas de cada presente –pero en distintos momentos históricos, planteando los periodistas citados y otros, un mayor compromiso con la realidad circundante de lo que exigían los respectivos medios de prensa– fuera de los cuales terminaban dando difusión integral en forma de libro, vid. de los periodistas citados: de CIGES APARICIO, Manuel, su serie autobiográfica (*Del cautiverio*, 1903; *Del hospital*, 1906; *Del cuartel y de la guerra*, 1906; *Del periodismo y la política*, 1907) o sus reportajes novelados del ciclo «Las luchas de nuestros días» (*Los vencedores*, 1908; *Los vencidos*, 1910; *Entre la paz y la guerra: Marruecos*, 1912); de sus obras de crítica–reportaje social (*La romería*, 1911; *Villavieja*, 1914; *El juez que perdió la conciencia*, 1925; *Los caimanes*, 1931); de la siguiente generación periodística del reportaje, vid. de PUIG y FERRETER, Juan: *Servidumbre*, ca. 1922; de MAS, José: además de sus novelas sevillanas, *Hampa y miseria*, *Luna y soldé marisma*,

«historias de vida» o realidades sociales insoslayables por generaciones, de no ser por la actividad de periodistas de compromiso con las realidades nacionales², quedarían relegadas a la insignificancia o el desconocimiento absoluto, con la pérdida y el empobrecimiento en la comprensión del pasado (que siempre deben conocer el hombre y las sociedades en cada época).

En la coyuntura republicana y de la Guerra Civil, un momento de creciente complejidad socioeconómica y de crisis de modelos nacional, económico o social de la sociedad contemporánea en España, aquella actividad de la prensa fue crucial entonces e ineludible en la reconstrucción histórica hoy. Sobre todo a partir de crónicas, reportajes,

1930; sus reportajes *En el país de los Bubis* (con Pról., de M. UNAMUNO), 1931; *En la selvática Briboncia*, 1932; *El rebaño hambriento en la tierra feraz*, 1935; PRATS y BELTRÁN, Alardo: *Tres días con los endemoniados*, 1929; *Vanguardia y retaguardia de Aragón*, 1937; BEJARANO, Benigno: *Fantasma*, 1932; *Turistas en España*, 1932; SENDER, Ramón J.: *Viaje a la aldea del crimen*, 1933; o BENAVIDES, Manuel D.: *Curas y mendigos*, 1936. Con una continuación, salvada la guerra, casi hasta nuestros días, pasando por la generación de los años cincuenta: LÓPEZ SALINAS, Armando y FERRES, Antonio: *Caminando por las Hurdes*, 1960; LÓPEZ SALINAS, Armando: *La mina*, 1960; (con ALFAYA, Javier, *Viaje al país gallego*, 1967; FERRES, Antonio: *La piqueta*, 1959; *Mirada sobre Madrid*, 1967.

2 Vid. de LÓPEZ ZUAZO, A.: *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, Madrid, 1981, 479 p. Así como prólogo de TRAPIELLO, Andrés, a la obra de GUTIÉRREZ SOLANA, José: *La España negra*, Granada, La Veleta, 1998.

entrevistas, recorridos geográficos, aproximaciones o compulsas de estados de opinión, encuestas sobre el terreno, informaciones especializadas en ciertos temas, producto del trabajo periodístico y de verdadera investigación sociológica o antropológica de periodistas.

Aunque en buena parte, el éxito y la penetración de sus informes o reportajes, dependiese de la sensibilidad informativa, la experiencia o los antecedentes de preparación especializada, periodistas de raza encontraron y trasladaron a audiencias masivas claves de época hoy ineludibles³.

Y en último término nos dejaron un legado testimonial inapreciable, especialmente –como en la Guerra Civil– con el enorme proceso de reajustes, desafíos colectivos y experiencias de encrucijada, en la que se encontraron sectores enteros de la sociedad española. En tal coyuntura y circunstancias históricas, se hace destacada y se proyecta en primeros planos, la obra no solo literaria o ensayística, sino de reportaje social de un periodista de relieve, Alardo Prats y Beltrán: como tantos otros jóvenes periodistas de los años de 1920, personalmente avezado a los cambios en los años de 1930 y con una mirada experta, sobre el controvertido entonces ámbito aragonés del conflicto.

3 Vid. de MASSA, Pedro: *Gracia y escándalo del reportaje*, Madrid, José M^a Yagües Ed., 1933.

2. Intensa preparación de un periodista

Alardo Prats y Beltrán nació en 1903 en Culla (Alt Maestrat, localidad de la comarca del Maestrazgo Alto de Castellón, a 1.000 ms. de altitud) y de ascendencia de Benassal, donde se afincaron progenitores, en familia media rural con raíces ancestrales de la comarca: por línea paterna, de Benassal y materna de Vilar de Canes, poblaciones ambas de aquella comarca castellonense. El pequeño Prats, segundo hijo en una familia de seis, creció en un hogar de recursos limitados; en el que el padre, Guillermo Prats, albéitar–veterinario, hubo de hacer recorridos continuos por la comarca. Con ascendientes en distintas poblaciones de la zona (al proceder sus abuelos de Albocásser y de Vilar de Canes o Foies) el joven Prats guardaría, como una de las constantes personales, lazos con el Alt Maestrat: de localidades como Culla, donde vio la luz, el mundo circundante y adquirió su primera influencia infantil o Benassal, donde residió con su familia, amigos y largas temporadas estivales o donde adquirió su sentimiento –pasión– de patria chica y memoria de aquel escenario ancestral. Otra de las constantes a las que permanecería apegado sería la tradición familiar –liberal– de su abuelo paterno.

Las condiciones de formación y medios del joven Prats

fueron inicialmente limitados. La madre –M.^a del Pilar Beltrán, una «mujer de gran carácter» y «dinámica señora»– enviudó; enfrentando una precaria situación en la que se sacrificaría continuamente, para sacar adelante su descendencia de seis hijos (cuatro niños y dos niñas). Tratando de superar sus limitaciones, la familia se fue a vivir a Castellón y a Zaragoza, donde alcanzó la ayuda de un pariente lejano –también de Benassal– mosén Joaquín García Girona (rector del Seminario de Zaragoza, regionalista sempiterno, que se vio forzado a exilarse de su lugar natal)⁴. Acogidos a la ayuda de su pariente, dos hijos de la familia dispondrían de preparación de estudios encaminados a la carrera religiosa: Alardo, entre los Seminarios de Tortosa y Zaragoza después, aprovechando sus cualidades (se convirtió en excelente latinista) y con inteligencia, fue becado a la Universidad Gregoriana de Roma, donde pasó a estudiar filosofía e historia; Abilio, como lector en el Seminario de Zaragoza. Con seria oposición familiar –la madre se oponía en redondo, en un consejo familiar reunido al efecto– el empeño vocacional del joven Alardo Prats por escribir le decidirá por hacerse periodista. Siempre contando de su parte al pariente religioso, Joaquín García Girona –después de una conversación con el joven Alardo, convencido de su decisión de abandonar la carrera eclesiástica– le facilitaría los contactos para iniciarse en periódicos de Castellón; así como apoyaría su entrada en la

4 *Cfr.* en BARREDA, Pere–Enric, texto–diseño de la Web de Benassal (Castellón), de su cronista oficial.

escuela de periodismo del *Debate*, dirigida por el luego arzobispo Ángel Herrera Oria⁵.

3. Vida social y literaria en época de cambios

El comienzo de la carrera periodística de Alardo Prats surgió a partir de su entrada –al inicio de su actividad publicística, en 1925– como redactor en el *Diario de Castellón*. Donde preparó una constante y enriquecedora trayectoria periodística y profesional: primero incorporándose a la Asociación de la Prensa de Castellón; poco después en Barcelona, como colaborador en publicaciones catalanas, el joven Prats vivió su primera bohemia literaria; más tarde pasó a Marsella, como corresponsal de diversos periódicos y revistas nacionales.



Finalmente mientras adquiría la titulación en la Escuela de Periodismo del *Debate*, Alardo Prats experimentó un giro

⁵ Vid. MONFERRER i MONFORT, Alvar: «Alardo Prats y su obra *Tres días con los endemoniados*», Pról., a la reed. de la misma, Barna, Altafulla, 1999: IV.

personal e intelectual decisivo⁶. Ya en Madrid, Prats colaboró en publicaciones diversas, como *Estampa* o *Revista de Revistas*, que le abrieron las puertas, como redactor y editorialista desde 1932, primero en *La Libertad* y desde 1934 en *El Sol* hasta 1936 (dirigiendo este periódico durante algunos meses).

En Madrid y formando parte de los círculos culturales de la capital –donde pronto llegó a la secretaria de la Asociación de la Prensa madrileña– Prats continuó siendo corresponsal de medios de Barcelona, como *La Rambla* y *La Humanitat*, así como miembro de su Federación General de prensa y escribiendo en revistas como *Umbral*.

Desde finales de los años de 1920, el joven periodista se inclinó –y encontró estímulos profesionales e intelectuales– por el periodismo de investigación social, las preocupaciones antropológicas y el afán documental y de referencia histórica. Sobre todo, a raíz de su encuesta–reportaje sobre los ritos rurales y prácticas demonológicas con cierta popularidad, en la que denominó «La España desconocida y tenebrosa» de sus *Tres días con los endemoniados'*, cuyo

6 Vid. LÓPEZ de ZUAZO, A.: *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, MADRID, 1981: 479. VID. también. EJARQUE, R.: *Historia de Nuestra Señora de la Balma*, Tortosa, Imp. Algueró y Baiges, 1934: 270. Este último autor, canónigo que escribió su obra para replicar al libro de Prats, fue el que señaló el giro drástico en las ideas de Prats, que pasaría desde entonces a la identificación con el ideario liberal y racionalista de la modernidad: en el que pese a todo y el ambiente conservador preponderante en su familia se habían inscrito alguno de sus ancestros.

libro, publicado en 1929, le dio reputación y una imprevista popularidad⁷. Tanto por su actividad periodística como por sus obras de éxito y su presencia en tertulias, pronto es conocido y hace amistad con figuras literarias –en especial,



con Ramón M.^a del Valle Inclán– o políticas –como Ángel Osorio y Gallardo– y son seguidos con interés sus reportajes o entrevistas. Fue en la inicial bohemia literaria en Madrid, cuando fue conocido durante un tiempo como «el Valle Inclán chico»; además de por su estilo ágil y preciso de escritura, que – dirigida a describir magistralmente un ambiente o un paisaje, presentar un problema, iluminar

certeramente grandes dramas humanos– cautivó y fue elogiada tempranamente por Azorín, como un estilo «cinematográfico» en el reportaje periodístico⁸.

7 Vid. PRATS y BELTRÁN, Alardo: *Tres días con los endemoniados*. La España desconocida y tenebrosa, Madrid, Cénit, 1929 (reedón. facsímil, 1999, Barcelona, Altafulla).

8 Cfr en AZORÍN: «Superstición», en *ABC*, 30 de marzo de 1930. Decía allí el insigne escritor: «Con cuatro rasgos, de un modo cinematográfico, Alardo Prats describe un paisaje, plantea un problema, presenta, siempre con

De las cualidades de expresión del joven periodista Prats, no fue menor la de excelente orador. Fueron famosas sus conferencias, ya desde su Castellón provincial y en su Ateneo. Razón ésta, junto con su incorporación política al grupo –después integrado en Izquierda Republicana– del dirigente republicano y futuro ministro, Marcelino Domingo, por la que fue solicitado en mítines desde los mismos inicios de la II República. Momento en el que fue nombrado gobernador (brevemente, durante algunos meses de Zamora; renunciando pronto para volver a lo que más deseaba: escribir). El 7 de junio de 1934 Prats además se casó con la periodista Mercedes Segura Núñez, habitual colaboradora de la revista *Estampa* y del diario *Ahora*. Mercedes Segura, con la que compartió su vida, se convirtió entonces en su cooperadora incansable en el trabajo intelectual y periodístico⁹. El matrimonio tendría dos hijas, ambas con trayectoria propia en el exilio familiar, pasados los años de 1930, en México: M.^a de las Mercedes, ejerciendo la docencia, como profesora y M.^a Teresa como bióloga. Pero en España, durante los años precedentes a la Guerra Civil, el todavía joven redactor Alardo Prats aumentaba el interés de un público de por sí cada vez más sensible a los

un estilo rápido, vertiginoso, deslumbrante, los grandes dramas humanos».

9 Al parecer, según Pere–Enric Barreda que la entrevistó hace más de una década, el noviazgo y matrimonio de Mercedes Segura con Alardo Prats se debería a un hecho fortuito: Mercedes, que trabajaba como periodista en el diario *Ahora*, conocería por razones de trabajo a Prats, de quien era la única capaz de entender sin dificultades su enrevesada letra, con la que escribía el periodista castellonense.

acontecimientos; además de ofrecer cuidadas entrevistas de intelectuales o escritores de reconocido prestigio (como Antonio Machado) o compartir amistad con figuras notables (como Ángel Osorio, abogado defensor del presidente de la Generalitat Lluís Companys), mientras se documentaba minuciosamente y cubría información para los medios del procesamiento de los líderes catalanes en 1935.

4. La obra testimonial de un incansable y paciente observador

En su conjunto, los libros de Alardo Prats marcan territorios de observación que se convertirían en otros tantos campos de asidua lectura en los años de 1930. En primer lugar, como reportajes que abrieron –o sistematizaron– acercamientos vivos y estimulantes a problemas de mentalidades o de inflexión de la sociedad española del momento. En este sentido, sus libros abrieron y estimularon comprensiones suplementarias, sobre fenómenos actuales: tanto su obra sobre *Tres días con los endemoniados*, un acercamiento sin paliativos o mixtificaciones a oscuras creencias populares de ‘La España desconocida y tenebrosa’, como su libro sobre *El gobierno*

de la Generalidad en el banquillo, tratando de incorporar claves de una de las fases álgidas de 'estatismo' y especificidad territorial, a propósito de Cataluña; o bien, ya en plena guerra, su obra sobre la *Vanguardia y retaguardia de Aragón*, acercando observaciones reales del conflicto y el cambio social vivido en las comarcas aragonesas.



La obra testimonial de Prats se completaría desde primeros años republicanos con otros relatos literarios, que pretendían acercar fenómenos más lejanos en el tiempo, pero también con cierta viveza descriptiva: como fueron,

su texto sobre los orígenes borbónicos en la España de comienzos del s. XVIII, de *Ya no hay Pirineos*; o *La partida de los madrugadores*, acercando ambientes y personajes de la primera guerra civil de los carlistas, o bien sobre *La Noche de San Daniel*, acerca de los conflictos finales del reinado de Isabel II¹⁰.

En sus *Tres días con los endemoniados* del santuario de la

10 Según MONFERRER i MONFORT, Alvar, op. cit.: V-VI, la obra de Alardo Prats i Beltrán se extiende a un número de libros que abarcan no solo el reportaje menor (*Veinte mil kilómetros de vuelo*), sino la novela (*La estrella de treinta y dos puntas*, *La venus negra*, *la oscura tragedia*, *El amigo Sócrates*) o la poesía (*La dama de negro y otros poemas*).

Balma (Castellón), la obra de Alardo Prats fue apreciada por su introducción de elementos de una modernidad antropológica sorprendente: tanto por temas, como por el tratamiento, del entonces joven reportero para comprender fenómenos de histeria y psicología colectivas. En un libro-reportaje que –pese a todo– era su primera obra¹¹, Prats replanteaba una gran observación de aspectos rituales, de elementos del género; avanzando un dispositivo y estrategia nuevos, para adentrarse en un viejo tema antropológico: con personajes oscuros o pintorescos, relatos de supuestos rituales de exorcismo, brujas y cooperantes, auditorios expectantes, angustiados o delirantes, las noches anteriores al 8 de septiembre en el santuario de Nuestra S.^a de la Balma, de Sorita.¹² El lugar del viejo santuario, con cuevas horadadas en la roca, a diez kilómetros de Morella, aislado en una comarca como la del Maestrazgo, con montes de difícil acceso entre las provincias de Castellón y Teruel, supuso por siglos un lugar enigmático e insólito, donde miles de

11 PRATS y BELTRÁN, Alardo: *Tres días con los endemoniados. La España desconocida y tenebrosa*, Madrid, Editorial Cénit (Colección ‘Reportajes Sociales’), 1929 (al final, en colofón: se acabó de imprimir en Impta. Argis, en enero de 1930) I^a edón.; 205 pp.

12 Vid. Reed. facsímil (pról. de MONFERRER i MONFORT, Alvar), en Barcelona, Editorial Alta Fulla (Colecc. ‘Ad Litteram’), 1999. El prologuista fue autor de un serio y laborioso estudio, que siguió de cerca casos de 24 adultos y 20 niños implicados en procesos de exorcismo popular del santuario de la Balma, en distintos años, anteriores y posteriores al momento de elaboración del reportaje de Alardo Prats. Vid. MONFERRER i MONFORT, Alvar: *Els endemoniáis de la Balma*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1996.

personas acudían en busca de un desesperado auxilio de exorcismo, pero eran protagonistas y víctimas al mismo tiempo de fenómenos paranormales (exorcismos frecuentes, levitaciones, brujería, adivinaciones, histeria colectiva o verdaderas posesiones, entre otras manifestaciones) como un símbolo de la España *negra* al estilo del pintor Solana¹³. Todo lo cual se convirtió –entre los años 1920 y 1930– en un delirio de multitudes, que, entre exorcismos masivos y durante más de una década se desarrollaron con total impunidad, envueltos en lo misterioso y el oscurantismo; pero el fenómeno –en progresión geométrica e incontrolable– asustó a las autoridades y fue clandestino, para terminar cortado de raíz recién comenzada la Guerra Civil. Con todo, el



13 Vid. sobre el santuario y su retrospectiva espiritual y espiritista, un trabajo previo al reportaje de PRATS, en RUIZ de LIHORY, J.: *Los endemoniados de la Balma*, Valencia, Imp. Doménech, 1912. Visiones tradicionales del tema, en EJARQUE, Ramón: *Historia de Nuestra Señora de la Balma*, Tortosa, Imp. Algueró y Baiges, 1934; o bien, sobre los fenómenos misteriosos y singulares que atraían multitudes, el trabajo poco posterior a PRATS –aunque disidente del mismo– de GONZÁLEZ ESPRESATI, C.: «Una excursión a la Balma», en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 1931, XII, I: 40–64. Un estudio más próximo, de SÁNCHEZ GOZALBO, A.: «El casament del dimoni de la Balma» y «La llegenda de la Verge», en *Bolanger de Dimonis*, Castellón, Caixa d’Estavis, 1980. Acerca del contexto de ignorancia o superstición popular de la época, vid. Pról. de TRAPIELLO, Andrés, a la obra de GUTIÉRREZ SOLANA, José: *La España negra*, Granada, La Veleta, 1998.

reportaje de Alardo Prats en 1929 se convirtió en un mapa inicial' para comprender un misterio social, que había pervivido en una de las comarcas desoladas de la España rural del momento, e hizo de amplio dominio público la pervivencia del oscurantismo en ciertas zonas del país¹⁴.



La actividad de Prats y Beltrán como escritor, en tanto que narrador de interés y pulso sostenido, quedó también de manifiesto en sus narraciones cortas, de contenido político como *La Noche de San Daniel*, en 1930 o *la partida de los madrugadores*, en 1931; o bien, en sus ensayos breves y certeros, como su contribución a la 'Historia popular de España dirigida por Luis Astrana

Marín, con su revisión de la implantación borbónica en la España del s. XVIII, *Ya no hay Pirineos*, en 1932¹⁵. Pero Prats

14 A partir de su libro, distintos especialistas que se han ocupado de fenómenos de exorcismo y enajenación colectivos, citan la obra de Prats, tomando sus mismos planteamientos e ideas sobre el particular. Vid. GONZÁLEZ DURO, E.: *Historia de la locura en España*, vol. III, Madrid, 1996: 188–189.

15 PRATS y BELTRÁN, Alardo: *La noche de San Daniel*, Madrid, Prensa Gráfica (aparecida en una colección que sorteó la censura en plena 'dictablanda' de Berenguer, como 'La Novela Política', n.º 1, año I, 10 de Mayo de 1930), 31 pp.; también, del autor, *La Partida de los Madrugadores* (Romance en prosa de la guerra carlista), Barcelona, Ed. Asther, 1931. 80 pp. Un año después aparecería su pequeño ensayo de la 'Historia popular de

destacó nuevamente por su capacidad testimonial y de observación en plena República, a través de su libro *El gobierno de la Generalidad en el banquillo*, en 1935. Publicado como resumen de los episodios de un proceso político–institucional, Prats dejó nuevamente para la historia un testimonio escrupuloso y prolijo –en antecedentes, detalles, documentos, declaraciones, diligencias, pruebas y relaciones testificales, procedentes del acopio sumarial y desarrollo de la vista del proceso– dejando deliberadamente a un lado la deducción de consecuencias y juicios sobre el mismo. Nuevamente el reportero se contuvo en su labor catalogadora, acomodando su pluma a la severidad de los hechos y hacerlos extensivos a un público amplio, lejos de la ofuscación o las pasiones políticas y de las restricciones mantenidas en la información periodística (por la censura previa durante meses). Prats y Beltrán se remontó entonces hasta los antecedentes de los hechos, repasó informes de autoridades sobre los mismos, así como las declaraciones de políticos implicados y las conclusiones provisionales del fiscal y los abogados defensores; para centrarse después en el núcleo del proceso de responsabilidades, con el conjunto de pruebas aportadas durante el mismo, y finalizar en la sentencia del Tribunal de Garantías y los votos particulares¹⁶. Pocos meses después y mientras Prats llegaba al máximo

España’, *Ya no hay Pirineos*, Madrid, Ed. Fénix, 1932.

16 Vid. PRATS i BELTRÁN, Alardo: *El gobierno de la Generalidad en el banquillo*. Barcelona, octubre 1934. Madrid, mayo 1935, Madrid, Imp. Salvador Quemades, s. a. [1935]; 412 p.

nivel profesional como redactor y director del periódico madrileño *El Sol*, llegó la sublevación militar y el impacto y conmoción popular consiguientes.

5. Un testigo y un periodista en una guerra civil

Después de los primeros días de sublevación del Ejército de África y alzamientos programados de guarniciones en la Península contra la II República, el periodista Alardo Prats se mantendría en su puesto en Madrid (incluso después de haber realizado viajes los días inmediatos a la sublevación militar: como por ejemplo, le permitió ser uno de los últimos que entrevistaron a García Lorca, para *Revista de Revistas*). Su joven familia se vería pronto afectada por los acontecimientos y los imperativos profesionales y sociales: habiendo aceptado cargos oficiales (asesor de la Secretaría de Guerra con el general Asensio y en el ministerio del gobierno Largo Caballero, desde el 4 de septiembre de 1936; más tarde Prats fue consejero de la Secretaría de Educación Pública y Relaciones Exteriores), Alardo Prats debió permanecer en Madrid; mientras su mujer marchaba a Valencia como periodista junto a su pequeña hija, que moriría en dicha capital¹⁷. Por otra parte, independiente de

17 Según información que Pere–Enric Barreda obtuvo de entrevista a Mercedes Segura, durante su última estancia en España. Vid. *Ibíd.* op. cit.

su labor como redactor o de sus trabajos de reportajes de prensa, Alardo Prats renunció a cargos que se le propusieron, como el de comisionado cerca de varias embajadas en el extranjero, propuesto por el ministro socialista de Exteriores Álvarez del Vayo, cuyo ofrecimiento Prats declinó. Lo cual no fue óbice, para que fuera señalado

por los sublevados y particularmente aludido en las delirantes charlas radiofónicas de Queipo de Llano desde Sevilla.



En los inicios de 1937, con el reconocimiento gubernamental del Consejo de Aragón y el desarrollo de cambios sociales y políticos en su área recuperada para la República, Alardo Prats se trasladó a Aragón y realizó un buen número de recorridos por la región. Fue

entonces cuando escribió –de nuevo– una obra–reportaje: la que el lector tiene en su manos, *Vanguardia y Retaguardia de Aragón*, que con el subtítulo de *La guerra y la revolución en las comarcas aragonesas*, se publicaría ese mismo año en dos primeras ediciones, de Valencia y Santiago de Chile¹⁸.

18 El libro fue editado en una tercera edición, en la capital uruguaya en la Editorial Esfuerzo (‘Colección problemas de España’), en 1937 (Octubre; aunque en una edición con prólogo de R. Cotelo figura la fecha de marzo de 1938), 160 pp.

Prats se convirtió entonces en una de las primeras visiones testimoniales que habló desde dentro de un conflicto desgarrador: de una nación moderna que podía haberse configurado de otra forma, de no haber sucedido la crisis nacional e internacional de los años de 1930. Momento en el que una sociedad dinámica, en plena guerra, sin embargo hubo de enfrentar su problema de hundimiento del Estado (viejo: Ejército, Policía, Magistratura) asociado a instituciones tradicionales (Iglesia, caciquismo propietario, nobleza o propiedad terrateniente) o prepotentes (plutocracia financiera, grandes industrias); frente a un pueblo que no renunció a su soberanía y sus derechos (los instrumentos de modernización), orientados indefectiblemente a la renovación y la justicia social. El *instinto popular* aglutinó fuerzas, sin mandos («*como una fuerza ciega del destino*» dirá Prats), sin ejército, constituyó otro en menos de un año: de las Milicias, refundidas militarmente por las batallas, los frentes y la disciplina asumida como autodefensa, se pasó aceleradamente al Ejército Popular y el mando único. Prats habló entonces de que el proceso siguió su curso eficaz en Aragón, precisamente de donde se hablaba de indisciplina y caos.

Aragón fue a lo largo de un conflicto como el de la Guerra Civil la única región reconquistada por fuerzas leales a la República; mientras estuvo –por su configuración de sociedad y forma de vida– más sujeta a controversia partidista. El nombre de Aragón y de sus combatientes eran

objeto de interpretaciones en aquel contexto (estrépito de combates, calor de excitaciones de la retaguardia, etc.) y los deseos desproporcionados del pueblo, con el objetivo de la victoria rápida –no alcanzada– interfirieron las apreciaciones serenas y justas, sobre los alcances o logros sociales y regionales. En ese sentido la falsa caracterización –interesada– de la región, como una especie de paraíso a la sombra de la inactividad por puro capricho, contrastaba con la confianza que se tenía en la España republicana, al mirar el *muro* de contención aragonés –fortaleza, heroísmo–



frente a los designios del «*fascismo invasor*». Pero al margen del sensacionalismo «*necio*» o la deformación interesada –hipérbole, halago popular, etc.– distintos observadores –periodistas, analistas sociales, políticos o escritores, nacionales o extranjeros– encontraron en Aragón un fenómeno en marcha: el de una nueva economía unida a nuevas maneras de vivir, que

reconocieron como bases genuinas y ejemplo de una transformación social: orientada, curiosamente, a la vez por tradiciones añejas y aspiraciones irreprimibles de modernización. Mediante realizaciones que podían ser resultado del espíritu creador del pueblo, las nuevas

realidades de la vida colectiva se ofrecían al estudio en Aragón en grado no superado en otros puntos o zonas de la España leal. Prats recogió evidencias sobre el terreno, junto a testimonios nuevos y antiguos, que le permitieron llegar a apreciaciones como las siguientes:

«Aragón, en sus pueblos, en sus comarcas, en sus instituciones, es un pueblo de trabajadores emancipados. Y emancipados por obra y voluntad de los mismos trabajadores aragoneses. Sus creaciones no han surgido por generación espontánea. El azar y el capricho no han sido los rectores de este vastísimo movimiento de emancipación civilizadora. Cada pueblo no es un compartimento autónomo regido por un Comité, como ha ocurrido y aún viene ocurriendo en algunos puntos de la España leal. Es parte de un todo político y económico perfectamente ordenado, en el que se conjugan y traban armónicamente los intereses particulares de los pueblos colectivizados bajo la severa disciplina de un organismo de Gobierno que a su vez ostenta, y como principal valedor celoso y fiel de sus iniciativas y del cumplimiento de sus mandatos, las prerrogativas y responsabilidades de la representación del Poder central.»

El reportero y su reportaje se introducían en las transformaciones socio-económicas operadas en Aragón, así como su testimonio trataba de dilucidar el destino de la región. Con una aproximación a los móviles, la motivación real del pueblo antifascista para sostener una lucha

dramática y cruel, que al final le trajese una era de paz, bienestar y vida digna, no abstracciones, lemas o promesas (por las que el proletariado organizado luchó durante dos bienios republicanos, aunque dejando entonces a los partidos la concreción de aquellas). Así el autor comprobó, en sus conversaciones con la gente, en los más diversos ambientes, cómo la guerra fue una constatación de una experiencia de frustración y traición: respecto a prelações, afirmaciones personales y procedimientos crecientemente suscitados por facciones de partidos y luchas por el poder, en contra de aspiraciones populares de primera hora en las masas. También dejó constancia allí el analista que, la preocupación por la guerra y sus alternativas, no dejaba mucho espacio a la comprobación atenta, ni al sereno examen de fenómenos socio–antropológicos, que estaban asentándose en pueblos de la España liberada. Y esto era, pese a todo, lo que se proponía el estudioso, el testimonio de costumbres y pervivencias populares, de conductas antropológicas, adaptadas a las nuevas necesidades y aspiraciones modernizadoras.

Se trataba allí por el autor, de enunciar el paso de lo muerto a lo creado o recreado entonces, a la par que divulgar la obra constructiva del pueblo español, que «*no es ciertamente un juego de experimentaciones y ensayos caprichosos*». Y entonces se trataba de descubrir, en lo sorprendente de realizaciones (*Colectividades «¿y por qué no?»*, *Comunidades*), la continuidad de instituciones nuevas,

incorporadas al conjunto vital de tradiciones populares: las que venían de atrás y estaban tan arraigadas, que podían sobrevivir en las iniciativas inmediatas de convivencia social y concierto económico de productores, poblaciones e intereses individuales y colectivos. El periodista y *experto* antropológico Alardo Prats planteaba allí el acercamiento al estudio de las Colectividades, desde una posición no despreciable: la que le daba su experiencia y valoración como periodista de otras tentativas frustradas de transformación, desde la instauración de la República (como por ejemplo, las tentativas de aplicación de la Reforma Agraria). Y en Aragón tenía entonces oportunidad de estudiar el fenómeno colectivo –el sector más extenso y coherente de la nueva economía social– y nuevos modos de vida ligados al mismo. Fenómeno éste de posibilidades inmensas, según apreciaba Prats entonces: en Aragón estaban echando raíces las bases de la transformación social por la que se luchaba, de realizaciones no superadas en otras zonas.

Con el derrumbe del Estado liberal, Aragón atendió defensas de frentes, puso en marcha una organización de la lucha en todos los terrenos y disciplinó una corriente transformadora, tras primeros meses de confusión de instancias y atribuciones –tanto catalanas como centrales– en el territorio aragonés. Como no podían volver atrás –a la restauración de un régimen confiscado por el caciquismo provincial y en la estela de la sublevación– las posibilidades

de implantar un orden progresivo y renovador empujaban hacia un camino claro y determinado, que fue protagonizado por el Consejo de Aragón (*«resumen de las ambiciones renovadoras de todo el pueblo aragonés»*, según apreció Prats entonces). Con razones de emergencia, en sentido audaz y rápido, fue determinante el sacar máximos rendimientos a la vida del país y poner en funcionamiento órganos flexibles y eficaces, para sostener la tensión de frentes y dar cauce social y disciplina en retaguardias: como lo hicieron organismos sociales y económicos organizados –o apoyados– por el Consejo aragonés en el territorio fiel a la República. Y bajo el Consejo de Aragón, tres cuartas partes de Aragón (47.391 km²) fueron entonces tierras leales a la República y cerca de 600 pueblos del país aragonés realizaron su obra de transformación social, de ayuda mutua y en relación a los frentes.

La obra del Consejo de Aragón, con su orden de salvaguarda colectiva –los comunes intereses del *pueblo antifascista*– potenció nuevas instituciones cívicas y económicas, los Consejos Municipales y Comarcales en Aragón; según señaló Prats, frente a: intrigas partidistas, menoscabos de mercado negro y espionajes a favor de Franco, así como por la decidida apuesta de aquel órgano regional por nuevos valores, de solidaridad colectiva y desarrollo social –costista: proveniente del programa auspiciado por Joaquín Costa– en las poblaciones. Instituciones que aparecieron –seguiría afirmando Prats– en

unos lugares magníficamente logradas y en otros puntos en camino de perfeccionarse y de ofrecer igual rendimiento satisfactorio, que en los pueblos donde mejor funcionan¹⁹. De aquellos logros e instituciones nuevas Alardo Prats se propuso observar ya entonces cuatro aspectos fundamentales: los nuevos órganos políticos, las normas colectivas que regían la vida y economía de los pueblos, la transformación operada en todos los órdenes de la economía y convivencia social, y el clima moral en el cual se insertaban todos esos nuevos elementos, de una profunda renovación nacional en trance de formarse.

En todo el proceso de integración de Aragón, era conocida la transformación militar –desde las Milicias al nuevo Ejército Popular– pero fue menos apercibida la recreación política de órganos del Estado en la región, así como la decisión y voluntad populares hacia la autonomía. Esta última se impuso frente a la insurrección militar y por «*Ley del pueblo*», siguiendo principios y mandatos de transformación política, social o económica, cuyo proceso de articulación aún amparaban las bases constitucionales. Dada la autonomía a Euzkadi y reafirmado el régimen autonómico de Cataluña, el Consejo de Aragón permitió relevar al Gobierno central de atenciones regionales y locales, sin ostentar el mismo rango que los gobiernos de Cataluña y Euzkadi. Pudo entonces comprobarse cómo el Consejo aragonés se

19 Vid. PRATS, Alardo: *Vanguardia y retaguardia...*; op. cit. *Ibid*, 1937: 77.

comportó como un organismo rector, con plenitud de autoridad democrática –por la representación en el mismo de todo el arco político y social de Aragón entonces– además de actuar como «*el instrumento de la futura autonomía del país aragonés y la reafirmación de las libertades aragonesas de tan rancio abolengo en la civilización y en el derecho*»²⁰.

Menos conocido su proceso de autonomía, Aragón había perdido más de dos siglos antes su estatus de país libre –sus prerrogativas de venerables instituciones populares– bajo el régimen uniformista y centralista de los Borbones. Pero el Consejo de Aragón *reinstaurado*, en ciertos aspectos– era el instrumento de la vida autonómica del pueblo que regía. Presidente y consejeros de sus diferentes Departamentos tenían a su cuidado la autoridad rectora de sus distintas materias, desde Fraga (Huesca) primero, desde Caspe (Zaragoza) después. Siendo su labor considerable, sin embargo se desarrolló diferentemente a orientaciones centrales: siguiendo pautas y orientaciones que venían de una concepción popular de entender la vida civil y política, al modo costista o bajo inspiraciones económico– sociales libertarias potenciadas al modo federal, desde sus comarcas²¹. Este nuevo marco de acción y administración significó una nueva división económica de la región, desde la

20 *Ibíd.* 1937: 81.

21 Vid. DÍEZ TORRE, Alejandro R.: *Orígenes del cambio regional y Turno del Pueblo. Aragón, 1900–1938*, vol. II, *Solidarios*, Madrid, UNED–Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

que se partió –en lugar de las artificiales marcas provinciales– y que hacía valer la idea y el arraigo de los movimientos de tipo económico, puestos en marcha hacía más de treinta años antes por Joaquín Costa y seguidores, según señaló certeramente Prats. En estos nuevos aglutinantes comarcales de Aragón se había puesto en práctica la «*política de calzón corto*», que propugnara Costa y su movimiento; el que mantuvo vivas sus grandes líneas, en forma de directrices de transformación, que los pueblos aragoneses estaban desarrollando: como clima preparado para reformas de más envergadura apoyadas por masas proletarias²².

Según Prats habría surgido entonces el concepto económico de las capitalidades de comarcas, que en Aragón se opondrían al concepto político –caciquil, monárquico y leguleyo– de la capitalidad de distritos judiciales y todas sus lacras políticas y económicas provinciales –caciquismo, pequeños ‘taifas’ judiciales y administrativos, atraso o primitivismo económico, aislamiento espacial– que impidieron llegar al Aragón desarrollado de los nuevos cauces contemporáneos. Curiosamente en algunos distritos primitivos, la capitalidad tenía puntos de coincidencia en lo político y económico; lo que no quitaba para que se convirtieran en nidos de tiranía y centros propicios, para la persecución de sectores sociales avanzados o partidarios del

22 Vid. PRATS y BELTRÁN, Alardo: *Vanguardia y retaguardia...*, op. cit. *Ibíd.*, 1937: p. 82–83.

progreso y la libertad²³. El conjunto territorial, abarcado por esta articulación del nuevo Aragón cívico–económico, era de veintiuna Comarcales, que operaron sobre la disposición previa (como régimen económico y de convivencia) en gran número de pueblos de régimen colectivo.

A continuación, Prat describe esa organización, de base federativa, con sus órganos administrativos democráticamente elegidos por colectividades y pueblos de la demarcación correspondiente, en Federación colectivista regida por procedimientos escrupulosamente democráticos, de abajo arriba, en la más pura tradición española del federalismo. El autor testimonió a su vez, como dato importante, el que antes de procederse a la división ordenadora, en gran número de pueblos se estableció por acuerdo de mayorías vecinales, el adoptar como régimen de organización y convivencia el colectivo²⁴. Por lo demás, Prat también testimonió que las comisiones administrativas de colectividades y comarcales –centradas en actividades de ordenación de la riqueza y económicas de la región– estaban organizadas regionalmente en la Federación Regional de Colectividades, trabajando en estrecho contacto con los departamentos de Economía y Agricultura del Consejo de Aragón. Y al año de su funcionamiento, muchas colectividades aragonesas eran «*ejemplo de organización, laboriosidad, de responsabilidad y de vida próspera*»; con

23 *Ibid.* 82.

24 *Ibid.* 83.

«*realizaciones perfectas*», para ser de hecho viables en medio de inconvenientes, contracciones y contratiempos bélicos. Lo cual podía servir de lección y estímulo no solo en Aragón sino en el resto de España, cuando se conociesen sus transformaciones: las que finalmente se operaron en un clima moral común a combatientes, gobernantes y trabajadores, cada uno en sus tareas y afanes de ganar la guerra y reconstruir la economía.

El lugar que ocupaban las nuevas fuerzas de convivencia – el trabajo o el intercambio sociales– en la sociedad y la economía regional de Aragón pasaron a primeros planos. Ajustando previamente un análisis de factores que favorecieron el movimiento colectivizador, según el observador en auge durante más de un año de guerra: condiciones tradicionales y conservación o recuperación por Municipios de patrimonios comunales y de propios; manejo –desde los inicios– de volumen de tierra respetable, con sus ventajas, beneficios y contrapartidas, apreciados en las poblaciones; incorporación en las colectividades, de representantes de oficios y artesanías diversas; desplazamiento de intereses del lado individual al colectivo; reconocimiento instintivo de ese hecho por pequeños propietarios y sus intereses, en la masa de intereses generales articulados por la colectivización, etc.. También ofrecía Prat un análisis de factores de la dinámica comercial, colectivista y cooperativista, prevalente al *intermediarismo* y pequeño comercio tradicionales (caducadas como

instituciones prácticas, aunque no suprimida ni suplantada la libertad de iniciativas comerciales individualistas, con un número, pese a todo, de pueblos en los que el intercambio y el comercio fue íntegramente colectivizado). Todo ello, sin interferirse los nuevos organismos económicos en la marcha política de los pueblos, a cargo de Consejos Municipales de autoridad indiscutida y normalidad gestora continuada.

El autor testimonió la realidad de cerca de seiscientos pueblos en el territorio republicano de Aragón, donde el colectivismo federal y popular arraigó en unas 450 colectividades de UGT o CNT, trabajando en un promedio de tierra colectivizada de más del 60% de todo el Aragón libre. Con una mayoría –unos 300.000 sobre 433.000 habitantes– colectivista que, casi en el umbral del segundo año de la guerra estaba experimentando resultados prácticos, en forma de realizaciones nuevas y garantías de mejoras tangibles, parecía hacerse inverosímil la vieja monserga de España como país decididamente individualista y reacio a la convivencia común. Y ello a pesar de una superestructura social y política, de más de cien años de liberalismo y fomento del individualismo, que no llegó a frenar el desarrollo de instituciones populares, ni torcer la naturaleza de la vida española. La que dio base y orientación a creaciones culturales, sobre las que se asentaba el nuevo fenómeno colectivo. Este fenómeno abrió así fuentes nuevas de creación popular, con un carácter autóctono de ‘colectivismo’ que puso la libertad ‘social’ como bien supremo.

Las observaciones directas allí se ampliaron sobre los considerados arquetipos de poblaciones remodeladas por las nuevas ideas y dinámica transformadora, como Graus en el Alto Aragón. Cinca arriba, en las inmediaciones de su pantano de Joaquín Costa, el prócer de hacía treinta años, junto con sus doctrinas, estaba bien presente en sus epígonos y seguidores, así como en el espíritu laborioso y progresivo que impregnaba Graus y su intensa transformación colectiva. De 3.300 habitantes, todos menos 160 –que aún estaban pendientes de integrarse en el conjunto– vivían y trabajaban en colectividad, en el centro de una comarca con 39 pueblos que Graus impulsaba. La pequeña villa, según testimonió el autor era *«un todo económico al servicio del bien común y los intereses colectivos»*, con sectores diversos (tierra, ganado y explotación pecuaria, molinos, comercios, artesanía varia, profesiones liberales) bajo normas colectivas, tenía toda la actividad administrada por un centro colectivo, que aumentó las reservas económicas y la base financiera inicial de la Colectividad.

Todo ello en once meses, además de dar curso a proyectos innovadores y un horizonte dinámico, en el que Graus estaba cambiando hasta de fisonomía de pequeña villa comarcal: ya sin caciques ni régimen individualista preponderante, con rótulos y muestras que pregonaban *«la nueva era del colectivismo»*. Prats analizó en el caso de Graus, a fondo, esta nueva época y sus implicaciones sociales. Observando

que hasta los comerciantes trabajaban en común en Cooperativas, formando un todo con los distintos oficios – con fuertes vínculos económicos, nacidos de intereses, trabajo y destino comunes y compartidos– Prats constató que el proceso de confluencia y compenetración había sido resultado de la muerte o erradicación del caciquismo y todas sus concomitancias de un régimen individualista (competencias profesionales en la misma profesión, envidias o *«sal que todo lo amargaba»*, rivalidad comercial, celos y otros *«venenos»* antagónicos), que fueron neutralizados en la nueva dinámica y época colectivas. En cuya sociedad deliberativa y autogestionaria, los puntos de vista podían ser tomados en consideración para decisiones integradoras o mancomunadas, más allá de la cobertura de necesidades y el plan de grandes opciones o proyectos. *«Todas las expresiones –subrayó Prats en su penetrante testimonio– materiales, morales y económicas del pueblo están aglutinadas en el todo de la Colectividad»*; ofreciendo diversas claves explicativas, como: la toma de decisiones en asambleas de sector o rama de actividad; orientaciones y atribuciones del trabajo, en base a compromisos compartidos; exención de tareas físicas según fuerzas y etapas vitales; interiorización por cada persona de sus responsabilidades y compromisos; compartición personal del destino social; etc. Tras de cuya cuenta y comprobación por el visitante, *«no hay más que tener ojos para ver y oídos para oír»*; y el periodista corroboraba los datos con cifras: sobre nivel medio de capacidades adquisitivas de cada

colectivista; ventajas actuales y anteriores, en sendos regímenes colectivista e individualista; relación entre ahorro y capacidad adquisitiva; disfrute de condiciones sociales envolventes y estimulantes (*«Desde que el hombre nace hasta que muere, la Colectividad le protege, cuida de sus derechos y de sus deberes, que por sí mismo fija democráticamente en asambleas»*); mientras *«el colectivista lo tiene todo al alcance de la mano. Pan, trabajo y medios de perfección y superación»*).

Alardo Prats testimonió así sobre datos y observaciones de la marcha colectiva imposibles de recuperar de otra manera, en una sorprendente e inédita experiencia social: apreciación y cuidado exquisito de los niños y la atención a la educación; deferencia hacia la mujer; asiento del régimen de vida, no en base empírica o de tanteo y prueba, sino en un orden técnico–estadístico, consciente de posibilidades de previsión, garantía y anticipación en la gestión social (estudiado durante horas por Prat, en la oficina administrativa y contable de la vida económica de la villa y su comarca); etc. Desvelándose en sus vecinos y colectivo todas *«las potencias creadoras»*, Graus se convertiría así – según el testimonio de Prat– en *«un lugar de peregrinación para los trabajadores aragoneses y una escuela de reconstrucción económica y moral de nuestra Patria»*. Y ofreció avances indiscutibles para la época en varios campos, como el educativo–profesional, infraestructuras, transformación y mecanización de tareas y ramas económicas,

aplicación de aprovechamientos, dinamización comarcal, etc. Prats también constató allí que otras colectividades de Aragón se aproximaban a Graus en orden y prosperidad (Benabarre, Barbastro, Binéfar, Esplús, Angüés, Ainsa, Ontiñena, Alcañiz, Híjar, Puebla de Híjar, Lanaja, Palámelo de Monegros, Fraga, Monzón, entre otras); añadiendo que pueblos totalmente colectivizados –en toda su expresión: producción, vida económica, régimen civil local, vida cotidiana y mentalidades colectivas– eran 150 (incluso alguno, con régimen mixto: colectivo e individual) y añadiendo que eran mayoritarias las colectividades agrícolas y ganaderas, siendo industriales y también autogestionadas por sus obreros las azucareras (Monzón, Puebla de Híjar), con aumento de producción de campañas; así como aceiteras y otras pequeñas industrias de transformación, también colectivas en diversos puntos. A lo que según el autor había que añadir, en cuanto a transformaciones de costumbres e instrumentos tradicionales, la reconversión mecánica de trabajos en una parte del campo: por primera vez, los campesinos manejaban masas de maquinaria agrícola de modelos modernos.

Respecto al acercamiento al *«fenómeno de la reconstrucción moral y material»* de los pueblos colectivizados, el clima predominante en el que se movían las Colectividades, al autor le parecía más relevante que sus realizaciones materiales propiamente dichas y que le impresionó más. Por ejemplo, al constatar que en pueblos

con desarrollo más intenso –y orientado al mayor enriquecimiento social– de Colectividades, las disputas políticas habían cesado o eran irrelevantes. Siendo signo de la nueva era colectiva, la integración y cobertura mediante el instrumento colectivo de un número de aspectos cívico–sociales (justicia, bienestar, progreso, libertad social) que habían quedado revaluados entre pequeños propietarios rurales. A la par que el triunfo colectivo en los pueblos, representado por las Colectividades, éstas dignificaron y dieron nuevo valor al cuadro de vida rural: superando reveses persistentes del campo –hambre, estrecheces, miseria o vigilancia y presión caciquiles– frenando la descomposición de la vida campesina, e invirtiendo el sentido de movimientos migratorios a ciudades. Este fenómeno y la transformación de costumbres e instrumentos tradicionales que caracterizaban la vida local, el autor lo observó en su plena manifestación en Graus, en la mayoría de Colectividades del Cinca y en las del Bajo Aragón.

Prats se anticipó a objeciones y detractores del ordenamiento colectivo, y a los que alimentaron lo que llamó «*torcida interpretación*» de tomar la parte por el todo, para desacreditar el sistema. Presentando un defectuoso pequeño grupo de colectivos, que arrastraron lastres o malformaciones constitutivas, funcionaron defectuosamente, frente a una mayoría que respondía a la «*moral de responsabilidad*» observada y funcionaba

satisfactoriamente. También se adelantó allí a las descalificaciones interesadas de agentes políticos, protagonistas durante años del fenómeno del *travestismo* político, a que dieron lugar los sucesivos pasos de sus integrantes por las distintas corrientes y colores partidistas (del radical–socialismo a la CEDA o las nuevas recreaciones partidistas, proletarias y republicanas, formadas por los mismos protagonistas del aparentemente extinguido caciquismo rural y lugareño). Tales fueron los «*debeladores del colectivismo*» que Prat encontró como neófitos afiliados del PCE y otros grupos beligerantes frente a las Colectividades, curiosamente contrarios a afiliados y grupos de los mismos partidos que se sumaban a la práctica y orden colectivistas. Observando que en pueblos donde existía cooperación y cierta unidad pro–colectiva de UGT y CNT, constitutivas de Colectividades emprendedoras y estimuladoras de una nueva moral colectiva –como en Graus, en el Cinca y otros lugares– los partidos políticos habían desaparecido o perduraban, como organización poco apreciable en las mismas Colectividades. Lo que, según el autor, era indicativo de madurez política o superación cultural y social –y de otro orden– en las organizaciones obreras.

El paisaje agrario visiblemente cambió, cuando centenares de arados mecánicos, segadoras y trilladoras, poblaron campos y –en el plazo de solo un año– elevaron la mecanización de labores campesinas al 50%. Alardo Prats de

forma sintética –e ilustrativa– relacionó épocas de cambio en el campo español caracterizadas por sus instrumentos habituales, el cuadro material y tipo de propiedad predominantes, así como las relaciones sociales comprensivas del conjunto. Si la época de propiedad precaria se alargaba hasta poco antes, también era aquel periodo de escaso uso de máquinas y de explotación de mano de obra, el que impedía emancipación campesina de ningún tipo. Cosa que empezó a cambiar con la aparición mecánica en el campo, y –sobre todo– con el gran giro en las relaciones sociales y de reversión municipal y colectiva en las poblaciones en 1936. La máquina sustituía al arado y se transformaba en aliada del trabajo mancomunado, economizando esfuerzo y potenciando rendimientos en régimen colectivo del campo (el empleo masivo mecánico centuplicaba esfuerzos, elevaba rendimientos y hacía efectivas labores campesinas en grandes áreas de cultivo colectivo). Así se demostró que el proletariado español no solo atendía la fabricación bélica, sino también se afanaba en la incorporación de medios de paz. Y citaba formaciones enteras de tractores en las llanuras de Monegros, que suponían una imagen persuasiva y sintética del cambio colectivo–agrícola, desde el arado romano o la hoz primitivos (imágenes del atraso y la esclavitud en el paisaje anterior de la zona). Aún con jornadas duras del campesinado, para librar la cosecha de bombardeos incendiarios, del tiempo y de otras adversidades, según el autor los campesinos estaban ganando la batalla de la

producción: con empleo masivo de máquinas en tareas colectivas, relevos de turnos de trabajadores y grupos colectivos al servicio continuo de trabajo, intensificación agrícola y creación de reservas, etc. Con el añadido de que, además de estar asegurando el pan de la liberación nacional, el campesinado –y no solo el *colectivo*– estaba recibiendo a través de las Colectividades el producto íntegro de su trabajo.

A modo de corolario, Alardo Prats hizo en su obra comentarios –apropiados, también para valorar sus móviles y peso testimonial sobre la orientación y el significado de su reportaje, planteado como «*experimento informativo*». Allí constataba Prats, en sus recorridos por los pueblos y los campos de Aragón –de los frentes a la retaguardias– que los informantes se comportaban como suelen hacerlo los argoneses: francos, directos y sencillos. Habló con todos: con viejos y jóvenes, hombres y mujeres, los recelos campesinos siempre superados, los temas fueron desde el campo y las cosechas, hasta la guerra y las ruindades o apreciaciones de los enemigos («*ellos*», constató que era la referencia frecuente de sus interlocutores, de muy distinta posición y orientación, para referirse a los dirigentes y poblaciones identificadas del lado sublevado contra la República). Exploró todo recoveco de sentimientos, ideas, impresiones de los campesinos, departiendo en todos los ambientes: en masías apartadas, en montes o en faenas del campo, lo mismo que en poblaciones y tabernas. Todos los

informantes o personas observadas y testimonios involuntarios –pese a diferencia generacional: entre viejos y niños, pasando por el elemento femenino de edades jóvenes y medias: el más común en las poblaciones, con un número de hombres en los frentes– compartían un mismo sentimiento: el de vivir su propia vida y decisiones colectivas, dentro de los límites y restricciones de una guerra siempre cercana. Prats apostilló a sus observaciones y trabajo de campo, a propósito de los testimonios vivos que encontró y que le aportaron información sobre el terreno, que

«traer aquí la copia exacta de nuestras conversaciones sería prolijo, pero constituiría un documento del más alto interés para el estudio de la transformación que se ha operado en la manera de enjuiciar los acontecimientos, la marcha de los mismos y el norte de las inquietudes del pueblo español en este período de dramáticas inquietudes porque atraviesa»²⁵

Y expresó su sorpresa ante aspectos inéditos: como los de grupos de campesinas jóvenes, vistiendo y trabajando como los hombres, que transmitían impresión de fortaleza, seguridad y audacia, ahora dando testimonio además original y *propio* en las conversaciones, sobre: diversos temas (del trabajo, los problemas de las colectividades, la

25 Vid. PRATS y BELTRÁN, Alardo: *Vanguardia y retaguardia...* op. cit. *Ibíd.* 122.

transformación de la vida lugareña); cambios en la vida cotidiana de los pueblos; superación de supersticiones, preocupaciones y valores impuestos por el clericalismo; etc. Todos los cambios eran perceptibles y se expresaban primariamente en la nueva mentalidad y status de las mujeres en la sociedad colectivista. Nada más diferente, respecto a la vieja estampa de la mujer sumisa y fatídicamente presa de lazos de servidumbre o subalternos, de las tierras africanas con las que guardaba similitud la situación femenina del campo español anterior. Prats, por el contrario vio a las mujeres de la nueva sociedad colectiva aragonesa, como principales animadoras de asambleas rurales, resueltas y decididas en la toma de decisiones, sobre un número de aspectos colectivos, de cultivos o vitales, de salvaguarda de intereses generales en los pueblos. Así como al observador atento tampoco se le escapaba que eran ellas las que, en último término, velaban por el mantenimiento de normas equitativas y de convivencia del conjunto, frente al cansancio o la debilidad ocasionales.

La mujer estaba en las posiciones más adelantadas de la transformación rural, constató Prats en Aragón; una vez superada la vida constreñida de los pueblos, bajo inhibiciones o supersticiones varias, fomentadas por el clericalismo dominador de mentes y hábitos de la vida cotidiana o tradicional. Con espíritu de abnegación –teniendo en los frentes muchas veces hijos, maridos o novios– las mujeres estimularon a personas vacilantes o

medrosas, o contribuyeron al desprecio de vagos y aprovechados o cobardes; mientras transmitieron entusiasmo: que contribuyó a eliminar de las mentes preocupaciones viejas, prevenciones y miedos más añejos sobre el qué dirán, también conservaron con entereza virtudes y costumbres rurales con categoría de valor moral (o simplemente justas). Y el nuevo proceso modernizador – que comenzó, solo formalmente, con la República y precipitó, al estallar la guerra y el dominio popular de fuentes de la economía– imbuyó a las poblaciones de un optimismo fundamental: que les hizo tomar en todas partes decisiones sin recelo por el porvenir, con la seguridad que da la convicción de no disponer –y preferir mil veces– otra opción mejor que el régimen de opresión y atraso del que venían (y del que tenían grabado en la memoria sus significados, frente a la realidad que aniquilaba para siempre una época derrumbada). El espíritu compartido de optimismo no fue así sino consecuencia directa –diría Prats– de la reafirmación en el orden práctico de las transformaciones –de los pueblos, de la vida– realizadas por las colectividades en Aragón. Y la victoria que se soñaba en la guerra, comenzó en los frentes de trabajo y la economía, para terminar en el régimen de convivencia y en el modo de vida nuevos.

A menudo, toda la gama de matices y relevancia testimonial de un reportaje como el de Alardo Prats se ha valorado y tenido en cuenta; aunque a veces también – curiosamente– no ya para contrastarlo con otras fuentes –

deber rutinario del historiador o estudioso— sino solo para tildarlo de ‘simpatizante’ con la realidad colectiva testimoniada. Y no solo por autores ya clásicos del conflicto civil español, que manejaron visiones ‘liberales’ de los problemas, la sociedad, la época y su contexto internacional, como fueron en su día Hugh Thomas o Gabriel Jackson (este historiador, sin embargo, hace más de treinta años que matizó y rectificó su aparente *olvido* o insuficiente tratamiento de tales realidades del colectivismo). Otros historiadores menos clásicos y menos ‘indiferentes’ del fenómeno, estuvieron más interesados —apenas sin fuentes suficientes o manejando testimonios enormemente *ideologizados*— no ya en negar, sino tergiversar y manipular la realidad misma de un colectivismo, que nunca se pareció ni por asomo al del sistema soviético —estatalizado y compulsivo— salvo en el nombre. Tampoco estuvo aquel colectivismo al alcance de su aprovechamiento pleno y útil, por el PCE o cualquier otro *comunismo* fuera del control moscovita. En realidad, como hace ya algunos años evidenció suficientemente uno de los más claros defensores libertarios, «*basar en un hecho de fuerza un fenómeno social que reclama de los hombres una concienciación y una capacidad solidaria a toda prueba es buscar tres colas al gato y obstinarse en tejer un velo alrededor de una de las experiencias sociales más constructivas de nuestra historia*»²⁶. Este autor hizo mención de dos argumentos —

26 *Cfr.* en CARRASQUER, Félix: *Las colectividades de Aragón*, Barcelona, Ed. Laia, 1986; especialmente sus caps. I (La colectivización) y

estratégico: de un frente de más de 300 km., imposible de defender por fuerzas que al tiempo organizaran a su antojo poblaciones de una gran profundidad territorial; sociológico: del imposible colectivismo organizado y sostenido desde fuera de más de 400 colectividades, sin compromisos voluntarios y conscientes de poblaciones implicadas— y también comentó aquel autor amplia y detalladamente, acerca de otros aspectos favorables y vistos como positivos en su momento y contexto. Como fueron: las cooperativas creadas en cada pueblo, como iniciativa clave para la colaboración y entendimiento conjunto de dos sectores de las poblaciones (individual y colectivo); la dinámica de una experiencia social, que sincronizaba y extendía la solidaridad (incluso entre los mismos individualistas) en las poblaciones; la muy común colaboración —e integración conjunta— de colectividades apoyadas por los dos sindicatos, de CNT y UGT; la existencia de muchas poblaciones con colectividades fuertes, incluso en proximidades a unidades militares completamente adversas y *beligerantes* con el colectivismo (la 27 División en los Somontanos de Huesca; la 30 División, en el Bajo Aragón turolense, etc.); así como la prueba ‘del nueve’ del arraigo colectivo en Aragón en menos de dos años de guerra: como fue la reconstrucción de un número de colectividades, incluso después de su liquidación por unidades militares —comunistas, frecuentemente— en correrías por Aragón, durante la destitución e imposición del

Estado en la región, a partir de agosto de 1937 y hasta la caída de frentes militares republicanos, en marzo de 1938²⁷.

El propio testimonio de Alardo Prats, fue un convincente reportaje de un periodista –socialista, pero no insensible al destino final de poblaciones sometidas «*a la cosaca*» por prepotentes mandos comunistas, como también testimonió entonces otro socialista, Carlos Baraibar²⁸– que trató de entender algo de una compleja y crítica realidad social, de una sociedad pese a todo no desesperanzada.

El testimonio de Prats fue uno de los más precoces, desde dentro del campo republicano, no solo acerca de la conjura gubernamental para sacrificar Aragón a las exigencias centrales y estalinianas en la guerra de España, sino que previno a fines de 1937, sobre lo que llamó «una dictadura inconfesada» del gobierno Negrín. Alertando con anticipación de meses, sobre sus fracasos repetidos a lo largo de 1938 y su hundimiento en 1939. Incluso vio –con clarividencia– Prats reproducirse fenómenos como el caciquil de los inicios de la República, y la intrusión sociológica de fuerzas de sorda reacción a favor de los franquistas, en partidos nuevos entonces, como el Partido Comunista.

27 Vid. nuestro trabajo, en DÍEZ TORRE, Alejandro R.: *Orígenes del cambio regional*, op. cit. *Ibíd.* vol II, *Solidarios'*, Madrid, 2003; cap. VIII.

28 Vid. testimonio de Carlos Baraibar, en rev. *Timón*, Buenos Aires, 1938, n.º 4.

Avanzada la guerra y pudiendo encontrar al fin la ocasión de reunificación familiar, Alardo Prats residió brevemente en 1938 en Valencia; donde su mujer, Mercedes Segura, había logrado –mediante oposiciones– una plaza en el Estado Mayor del Aire, regentado por Hidalgo de Cisneros. El gobierno de la República sin embargo trasladó su sede de nuevo, de la capital del Turia a Barcelona; donde pasaron también a residir el matrimonio Prats y allí permanecieron hasta los últimos tiempos del hundimiento militar en la zona de Cataluña. Lo que les hizo igualmente, seguir los pasos de tantos refugiados camino de Francia, a punto de cerrarse la frontera por Cervera y bajo bombardeos intensos de la aviación franquista de columnas de civiles en retirada. En Francia comenzaría también el largo recorrido de tantos exiliados: primero, de Toulouse a Burdeos y del puerto francés, en el barco Bretagne, a las Islas Guadalupe, Santo Domingo y Santiago de Cuba; para terminar en la Habana, durante casi un año de estancia como refugiados.

6. Una vida de exiliado y de experto geopolítico

CON SU paso a Francia, Alardo Prats y su familia experimentaron como tantos miles de españoles una vida de traslados y de proyectos nuevos, recomenzados cada vez, viajando a la Habana y México. En la capital cubana, Prats y

su mujer Mercedes Segura reanudaron su profesión periodística: con el trabajo de Prats para *El Mundo y Carteles* (del que llevaría la corresponsalía a México) y Segura para

ALARDO PRATS

VISION ACTUAL DE BELICE



Ellas. Ambos terminarían por establecerse en México poco después. Como uno de tantos casos de exilados en plena vida profesional, Alardo Prats y su mujer Mercedes Segura desplegaron una gran vitalidad y entusiasmo, casi siempre en los medios de prensa²⁹; lo que interfirió alguna que otra vez una labor más sosegada de escritores y estudiosos. Pero también aquella actividad mantuvo en Prats su dedicación

al reportaje vivo, del que han quedado testimonios en libros de esa etapa: *Visión actual de Belice* (1958), *El torbellino de Medio Oriente* (1965), *Un mundo alucinante* (1967), *La ruta de Humboldt* (1968), etc.

29 Entre las tareas periodísticas de Mercedes Segura Núñez que cabe recordar están: sus colaboraciones en la revista cubana *Ellas*, o en *Revista de Revistas*, *La Mujer de Hoy* y *Kena*. También fueron notables sus colaboraciones en el periódico de México *Excelsior* ('El jueves de Excelsior') y *El Nacional*. Mercedes Segura fue allí autora de un muy vivo y rememorador trabajo sobre los refugiados y el exilio diseminado español: «Huyendo bajo el fuego de los aviones».

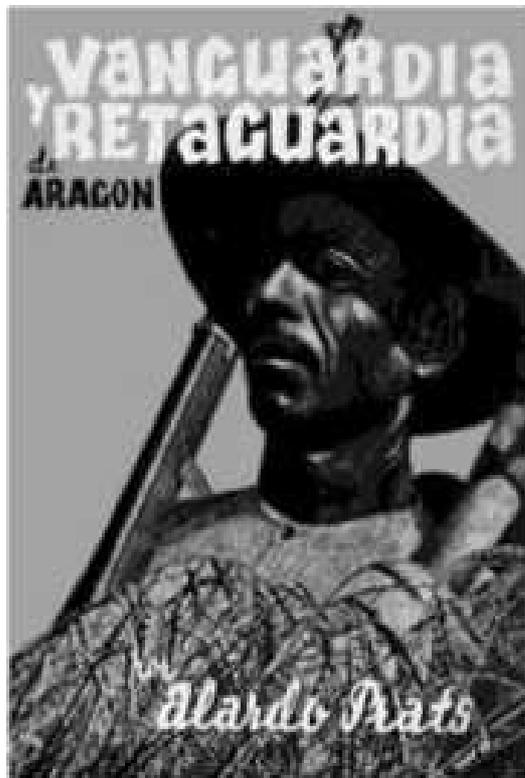
Como primera dedicación profesional a la prensa, inicialmente en la Habana Prats colaboró, entre 1939 y 1940 con *Nuestra España*, *El Mundo* y *Carteles*. Con su definitivo afincamiento en México, durante años Prats trabajará en 1945 en: el *Excelsior*, *Ultimas Noticias* y *Revista de Revistas*; mientras escribió también para publicaciones diversas (*Hoy*, *Así*, *Revista de América*, *Nosotros*, *La Prensa*, entre otras), Prats ejerció igualmente de corresponsal de noticias para prensa de EE.UU., Cuba, Uruguay y Argentina. Asimismo dentro de aquella labor periodística, mantendría toda una serie de cuidadas entrevistas –que continuaban su bien conocida faceta en la España de la II República– como las entrevistas mantenidas con el discípulo de Freud, E. Fromm o los científicos, intelectuales y escritores españoles, como Severo Ochoa, J. Gaos; R. Alberti, M. Altolaguirre, etc.



Como experto en temas culturales y geopolíticos, Alardo Prats desempeñó cargos notables, en México e internacionales³⁰. En el ámbito mexicano, es de resaltar su

30 Vid. GARCÍA, *Exiliados. La emigración cultural valenciana (siglos*

labor como asesor de la Secretaría de Educación Pública de México. Mientras que en la proyección internacional, Prats desplegó sus facetas de experto de la delegación en el Caribe de la UNRRA (Administración de las Naciones Unidas para el



Socorro y la Ayuda). Como asiduo conferenciante, Alardo Prats fue solicitado a menudo en instituciones prestigiosas de México (el Colegio de México, la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica, etc.) y de Cuba (Sociedad Hispano-Cubana de Cultura) y otros centros³¹. No dejó de prestar su colaboración a círculos del valencianismo político en el exilio: en la Casa Regional Valencianista de México; las

revistas *Mediterrani* y *Senyera*, etc. Como tampoco descartó del todo su vuelta a España durante largas décadas de añoranza; aunque dicha vuelta fue frustrada después de un viaje a España de Prats con su mujer, Mercedes Segura en

XVI–XX). III. *Diccionario biográfico del exilio cultural valencianista*, Valencia, Consellería de Cultura, 1995: 343–344. También CAUDET, E: «*Mediterrani i Senyera*». dos revistas del exilio valenciano en México», en GIRONA, Albert y MANCEBO, M.^a Fernanda (eds.): *El exilio valenciano en América. Obra y memoria*, Universidad de Valencia, 1995: 69–87.

31 Entre esos, cabe destacar su labor de orador asiduo en los Ateneos Juan Luis Vives de la Habana y el de México. Vid. CORTÉS, S.: *El valencianisme republicà a l'exili*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1993: 126.

1955, en el que experimentaron trabas e inconvenientes profesionales que les hicieron desistir. Más tarde y ya restaurada la normalidad civil con la transición democrática en España, ambos volvieron en viajes turísticos con sus dos hijas, en 1978 y 1980; aunque tan tardíamente para sus proyectos vitales, que Alardo Prats moría en México (el 25 de marzo de 1984) de enfisema pulmonar y después de cuatro años de marcapasos y sufrimiento³². Aún le sobreviviría durante años su mujer, Mercedes Segura y pese a todo, tanto en México como en España, su recuerdo y obra no se desvanecería de la memoria del todo³³.

ALEJANDRO R. DÍEZ TORRE

32 En España y su patria chica solo lo recordaría otro periodista, Francisco Pascual, que hizo una nota neccrológica en Radio Castellón. Vid. GARCÍA, M.: *Exiliados... III: Diccionario biográfico del exilio cultural valenciano*, op. cit.: 343–344. Vid. igualmente, BARREDA, Pere–Enric, sección Cultura del Ayuntamiento de Benassal (Castellón).

33 Vid. *Ibid.* El gobierno mexicano rindió a la familia de Alardo Prats honores y expresó condolencias. Los principales periódicos en México dedicaron un número de artículos y rindieron memoria del periodista desaparecido, lo mismo que en Castellón la prensa recogió la noticia (aunque sin excesivo espacio y debido a que lo puso en conocimiento una hija de su hermano Abilio).

VANGUARDIA Y RETAGUARDIA DE ARAGÓN

A todos los compañeros caídos en los frentes de la independencia nacional y de la emancipación de los trabajadores. A vuestro glorioso sacrificio. Por nuestro futuro. Por la libertad.

INICIAL

De las líneas de las trincheras, de las compactas formaciones de los frentes de la independencia nacional y de la emancipación de los trabajadores, en las horas más difíciles de la guerra, la mirada y el alma de los combatientes se han proyectado, presas de ansiedad, hacia los hermanos, que en tierras aragonesas, oponen el muro de su fortaleza y de su heroísmo los zarpazos del fascismo invasor.

Entre el estrépito de los combates y el calor de las excitaciones de la retaguardia, lanzadas en los comicios públicos al apasionado pugilato de la elevación de la moral de la guerra y del acrecentamiento de la presión heroica que exalta el ánimo de todos los antifascistas en la lucha, el nombre de Aragón y de los combatientes que en Aragón han plantado sus banderas, ha sido objeto de las más especiosas interpretaciones.

El encendido deseo de ganar el enorme y magnífico

objetivo, que el pueblo español en masa persigue: acelerar la victoria sobre sus enemigos, ha turbado en ocasiones los dictámenes de una serena y justa estimativa.

No han sido, ni son los frentes de Aragón, como han podido insinuar algunos combatientes teóricos de la retaguardia y algunos frívolos comentaristas de la marcha de la guerra, una especie de paraíso a la sombra de la inactividad por puro capricho. Y menos un paraíso en donde los luchadores de la Libertad se conforten, por modo constante, en el ejercicio de unas tranquilas digestiones. En los frentes de Aragón se lucha con el mismo enconado empeño que en otros puntos donde el torbellino de la guerra se agita entre tempestades de metralla y ríos de sangre de nuestros hombres, que llevan su sacrificio a las supremas expresiones del heroísmo para liberar la patria y hacer de nuestra tierra el pueblo feliz que todos ansiamos ver en marcha hacia el logro de sus altos destinos.

Y luchan los combatientes en perfecta formación de unidad y de sacrificio; con disciplina y afán sostenido y ambicioso de llegar cuanto antes al final.

Acabamos de realizar un viaje por tierras aragonesas. Limpios de preocupaciones subalternas y de prejuicios más o menos trabados en ligeras apreciaciones harto generalizadas, hemos recorrido los frentes de Aragón y sus comarcas de la retaguardia.

No es nuestra misión formular juicios de orden técnico, ni político, en cuanto a la obra realizada en tierras aragonesas liberadas y en los frentes. Nuestro propósito es muy otro. Lo guía un estímulo puramente informativo, templado en el afán de servir a la verdad y a la causa por cuyo triunfo todos luchamos.

LA GUERRA

I

En la emoción épica de las gloriosas jornadas, que comenzaron el 18 de julio, por mucho tiempo habremos de temprar nuestra inteligencia y nuestro sentimiento como en una linfa clara de prodigiosas virtudes.

El puño certero del pueblo descargaba su cólera, durante siglos acumulada, contra sus enemigos tradicionales, contra sus esclavizadores permanentes. Lo descargó con más violencia fecunda que en parte alguna, en Madrid, en Barcelona, en Valencia.

El Ejército de la traición, los traidores todos, fueron aplastados por el puño antifascista. Fueron batidos y vencidos en sus propios reductos arteramente preparados para que contra ellos se estrellase el ímpetu justiciero de las

masas celosas de su libertad. Los choques inmensos, que con su fuerza traidores, desplazaron su violencia en todas las direcciones de la rosa de los vientos.

La provocación del feudalismo, de la gran burguesía y de las castas militares de la Iglesia, engendró el movimiento de la enorme y gigante procela de la reacción defensiva del pueblo español. Su fuerza avasalladora, en tromba de fuego, se extendió de Madrid hacia las cresterías de la Sierra del Guadarrama, hacia Alcalá de Henares, hacia Guadalajara, hacia Toledo, hacia los caminos de Extremadura, hacia el Sur. Desde Barcelona cruzó las blandas y suaves tierras de Cataluña, hacia los límites de Aragón al mismo tiempo que, desde el litoral, partían los luchadores del pueblo, en naves empavesadas de banderas triunfales y erizadas de armas, rumbo a las Baleares.

De toda Cataluña, a lo largo de sus caminos y de sus campos, de sus pueblos, donde no se apagó en uno solo la llama de la libertad triunfante, un inmenso clamor salía de las bocas y un ansia unánime conmovía e impulsaba a la acción a hombres y mujeres. Acción y gritos se concentraban en una sola palabra: ¡Aragón!

Marchaban los guerrilleros de la libertad a la muerte o a la victoria. Millares de camiones, de coches de turismo, pertrechados de colchones, ocupados por los luchadores medio desnudos cruzaban veloces los caminos de Cataluña bajo los soles rojos de julio, al aire sus banderas de guerra y

sus armas inverosímiles, encendidos sus rostros de calor y ardor combativo. El espíritu inmortal de las jornadas de julio multiplicaba hasta lo increíble, hasta lo sobrehumano a aquellos combatientes.

Marchaban a libertar al pueblo aragonés de la garra fascista. *¡¡¡A Zaragoza!!!* –era el grito– La única consigna, por todos acatada.

Aniquilada la sublevación militar y fascista en Barcelona y en las demás provincias catalanas, el pueblo en armas comenzó a organizarse. Las circunstancias no eran las más propicias para articular una ofensiva táctica y técnicamente preparada.

Antes de que las primeras unidades de las Milicias se formasen dentro de las posibilidades del momento, ya un alud de combatientes, en reñida y tremenda lucha, vencía a las avanzadas del ejército de la traición, de la guardia civil facciosa y de los falangistas concentrados en Caspe. Lucharon a pecho descubierto y casi sin armas, afrontando el fuego mortífero de los nidos de ametralladoras perfectamente dispuestos ya desde hacía mucho tiempo en puntos estratégicos de la población. Pero iban a la victoria o a la muerte. Y vencieron.

Como el hierro al rojo en el yunque, comienza a forjarse en la lucha el Ejército del Pueblo. No es nada más que un embrión de ejército. Lo que le sobra de arrojo, le falta de

disciplina. En la medida que se excede por atender constantes e improvisadas iniciativas de individualidades fuertes y audaces soslaya preocupaciones de orden técnico. No obstante, el instinto le lleva a los puntos estratégicos, para allí plantar las banderas de la resistencia heroica o del incontenible ataque.

Las primeras columnas de milicianos llegan a los límites de Aragón. Brío y valentía. El pueblo aragonés acoge a los combatientes como a hermanos, se incorpora a las improvisadas formaciones, colabora entusiásticamente desde el primer momento en la epopeya de los primeros días. Los campesinos se suman con sus hoces y sus escopetas a las fuerzas que marchan hacia Zaragoza, hacia Huesca. Las mujeres corren tras las columnas para acudir en auxilio de los sedientos y de los hambrientos luchadores. Detrás de cada núcleo de hombres más o menos armados, marcha una muchedumbre de hombres y mujeres esperando el botín de armas cogido al enemigo, que es necesario coger al enemigo. Donde cae un combatiente herido o muerto, veinte manos apresuradas se tienden para coger el fusil o la escopeta de las manos calientes del caído. Para vengarle. Grupos de escopeteros se presentan a los Mandos para dar cuenta de que ellos también han aniquilado a las fuerzas de la traición en sus respectivos pueblos. Las columnas salidas de Barcelona avanzan en medio del entusiasmo de los trabajadores y antifascistas aragoneses. Avanzan impetuosamente en busca de las mesnadas militares

insurrectas entre pequeños combates para asegurar la retaguardia que van dejando medida que siguen su camino. ¡A Zaragoza! ¡A Huesca!

En el Sur de Aragón las milicias valencianas marchan a Teruel.

Transcurren, a la sazón, los últimos días de julio. El día 24 de este mes penetra en territorio aragonés la columna Durruti-Pérez Farrás. Marcha a Bujaraloz, que al punto cae en poder de los leales. Se avanza hacia Zaragoza apresuradamente. Es la meta. Ya la aviación rebelde ha salido al encuentro de los milicianos de la República, entre Bujaraloz y Pinta. En dirección contraria a la corriente por la ribera derecha del Ebro se avanza sobre este último pueblo. En sus cercanías se libra una dura batalla que se prolonga en azares constantes de superioridad alterna, hasta que al comenzar septiembre se estabiliza la línea de guerra de trincheras. Es el frente de Pina-Bujaraloz. Mas antes de la estabilización de las líneas, Durruti y los suyos toman los pueblos de Gelsa, Velilla, Osera, Farlete, Monegrillo, Pina de Ebro, Perdiguera, Villafranca y otros lugares que conforman la divisoria de este sector, frente al enemigo.

Las avanzadas leales están a menos de diecisiete kilómetros de Zaragoza.

En tanto por la margen izquierda del Ebro siempre río arriba avanza la columna Ortiz. Su objetivo también es

Zaragoza. En los pueblos del trayecto encuentra durísima resistencia. Se avanza no obstante. Combate tras combate libran los milicianos que dirige Ortiz, un carpintero que de pronto revela extraordinarias dotes de militar. Son libertados los pueblos de Azaila, Sástago, La Zaida, Puebla de Híjar e Híjar. En Muniesa se libran fuertes combates durante varios días. Pero los milicianos pasan. No importa que el enemigo utilice ya en la lucha las más temibles y modernas armas. Los milicianos de Ortiz siguen adelante. Rebasan Moyuela, Azuara, Fuendetodos, Herrera y Aguilón. Viene después la estabilización del sector en guerra de posiciones desde Fuendetodos hasta Sástago, Almonacid de la Cuba, Belchite y Quinto. Los brazos poderosos de esta columna amenazan Cariñena, Belchite y la carretera general desde Quinto a Zaragoza.

Otras columnas que forman un solo cuerpo de Ejército entran en Aragón; por la raya de Lérida remontan la margen izquierda del río Cinca con dirección a Barbastro y Huesca. Son las huestes de Ascaso, la columna «Lenin», de Carlos Marx, de Del Barrio, de Pi y Suñer, las rojinegras. Barbastro y la mayoría de los pueblos de las orillas del Cinca han permanecido fieles, salvo alguna excepción a la causa de la República y de la Libertad. En donde surgen resistencias se dominan o se aplastan.

Los hombres de izquierda de Barbastro, los trabajadores todos de estas comarcas, lanzáronse desde el primer momento con valiente arrojo a tomar los puntos

estratégicos y aniquilar los focos fascistas que solevantaron en armas contra la República y su Gobierno legítimo; ocuparon los pueblos de la montaña hacia Benasque y Jaca, y en el camino de Huesca hostilizaron las avanzadas facciosas.

Se fue sobre Huesca. Se tomaron villas y poblados de la parte Este de la ciudad. Se libraron batallas como las de Siétamo, durante las cuales este pueblo quedó aniquilado por la metralla de los obuses y de la aviación. Tras cruentos combates se tomó el Monasterio de Monte Aragón y el Castillo de Estrechoquinto. Plantaron después las milicias sus trincheras inmutables en torno de la ciudad, salvo en un punto que está constantemente batido por nuestras armas automáticas; rebasaron muchos pueblos más allá de Huesca al Norte y al suroeste de la vieja capital aragonesa. Parte de estas fuerzas, en su terrible acometida sobre el territorio aragonés dominado por los facciosos, bajó como un torrente sobre las llanadas de Almudévar y Tardienta e impuso su dominio a lo largo de la Sierra de Alcubierre, desde donde las torres y edificios de Zaragoza pueden apreciarse a simple vista recortadas entre las suaves neblinas de la lejanía.

Con la sobriedad que la disciplina de guerra impone hemos trazado la línea general de nuestras defensas y de las bases de nuestros ataques en el territorio aragonés. Kilómetros y kilómetros de trincheras y parapetos, de fortificaciones, celosamente guardadas y defendidas. Deliberadamente dejamos aparte el sector del Bajo Aragón, cuyas flechas

indicadoras de su ofensiva dibujan los brazos de una tenaza en cuyo centro está Teruel.

Desde los primeros momentos a lo largo de los meses de guerra el ímpetu heroico de los combatientes de guerra el ímpetu heroico de los combatientes aragoneses y catalanes ha tenido una característica relevante: ataque y avance. Ni un solo palmo de terreno ganado al enemigo han perdido los luchadores en estos frentes, salvo aquellos exigidos por las indispensables rectificaciones de línea impuestas por imperativos de orden estratégico y táctico.

El espíritu de los primeros meses de lucha está en pie. Se ha podido comprobar en las últimas operaciones llevadas a cabo en diferentes sectores, donde los luchadores de la libertad, bajo los rigores del invierno y del verano, se disponen a dar cima a la empresa de liberación de todas las tierras aragonesas, por la República, por España y por la Libertad.

II

Sin casi más aprestos bélicos que su valor indomable, en los primeros días del pasado agosto unos grupos de esforzados combatientes de la Libertad se lanzaron hacia los caminos y las montañas del Pirineo.

Patrullas facciosas habían salido de Jaca, cuna de la República, en acción ofensiva sobre los pueblos pirenaicos, dormidos en la calma de su paisaje de hayedos al son de los vientos y la música ruidosa de los torrentes y pequeños ríos nutridos por el caudal de las nieves fundidas en las altas cumbres. Eran los milicianos de Barbastro.

El torbellino de la lucha, desde las llanuras, desde las mesetas aragonesas, remontaba las alturas de la barrera de montañas, que ostentan, en los límites de Francia, sus diademas espléndidas de nieves perpetuas. La penosa ascensión de estas cimas más que aminorar el ímpetu heroico de los combatientes lo multiplicaba en acciones de

fulminantes éxitos. Pueblo tras pueblo, caía el territorio esclavizado por la reacción insurrecta, bajo el dominio de los conquistadores aragoneses. En vano en las fortalezas imponentes de las iglesias, que dominan los caseríos y las villas, los siniestros tricornios de la Guardia Civil, auxiliados y estimulados por las instigaciones feroces de los curas, formaban grupos de resistencia desesperada, en la que participaban las agrias levaduras ancestrales de la ferocidad carlista. Sucumbían las resistencias al empuje de los montañeros de Barbastro. Caían los cuarteles amparados por los tricornios charolaos. Y otra vez las cigüeñas volvían a describir el garabato de sus vuelos sobre las torres como una bandera de paz, junto a la enseña de la República, junto a las banderas rojas y negras.

En algunos puntos no sólo las escopetas de los paisanos reaccionarios, apoyadas por los fusiles de la Guardia Civil, se oponían a la acción liberadora de nuestros montañeros. Era ya el Ejército insurrecto llegado desde Jaca, quien bregaba en la lucha dura con los combatientes de las montañas.

La enorme cordillera se quiebra en valles, verdes de bosques, sonoros de fuentes y arroyos claros. Un valle: un pueblo colgado en la ladera del monte. Penetrar en estos poblados era empresa ardua. Unos cuantos fusiles estratégicamente situados bastaban para inmovilizar los movimientos de los atacantes. No importaban las dificultades. Los montañeros descolgábanse por las altas cimas sobre los poblados; invadían las fortalezas improvisadas. Y

los viejos castillos almenados, perdidos entre nubes, caían a golpes de fusil y de dinamita en su poder.

Los primeros grupos de combatientes que se agitan en perpetua lucha en este sector pronto se convierten en una unidad fuerte y disciplinada del Ejército popular. A las primeras formaciones se incorporan grupos de fuerzas confederales, procedentes de los pueblos del Pirineo catalán y más tarde, a últimos de septiembre, el Batallón Cinco Villas, refuerzos que llegan de otras tierras catalanas y de Aragón. Todas forman una división conocida por el nombre de Alpinos de Benasque. En esta villa, en efecto tuvieron su cuartel general y esta villa les dio el nombre. Forman la división alpina hombres de todos los partidos y organizaciones, aunque predominan los combatientes de Izquierda Republicana y de la Confederación [Nacional del Trabajo, CNT]

Difiere considerablemente la manera de combatir de estos bravos soldados de la República de la que se observa en los frentes todos, de Aragón y de la España leal. Entre las gargantas y desfiladeros del Pirineo marchan las patrullas bordeando caminos de difícil acceso y peor curso. Se filtran, para luego reaparecer, en las espesuras de los bosques, entre las matas de helechos, sabinas y enebros gigantes. Tanto como el fusil son para ellos armas decisivas y valiosas el cuchillo de monte y la cuerda que llevan anudada en uno de los costados para descolgarse de risco en risco, salvando precipicios y desafiando el vértigo de los abismos, en donde

braman atropelladamente los torrentes del deshielo de las nieves cercanas.

Así, a golpes de audacia y de valentía, han ido apoderándose, durante los días tempestuosos –frío y nieve– del pasado invierno, de los pueblos del distrito de Boltaña ocupados por la facción. Entre inmensos ventisqueros, vivaqueando por las dilatadas espesuras, en chozas de pastores, viviendo en parideras y acampando en las oquedades de las cuevas húmedas y frías de las montañas, los alpinos de Benasque han limpiado de facciosos las tierras de Boltaña hasta los límites de la frontera francesa.

Hemos asistido al despliegue de su valor y de su audacia combativa en las últimas semanas. De risco en risco, de montaña en montaña, han marchado las patrullas y los batallones apoderándose de pueblos y posiciones estratégicas tras duros y enconados combates.

Con rapidez punto menos que inverosímil, los alpinos de la República aíslan grupos de facciosos en las cúspides de los montes, se apoderan de enormes rebaños de la zona facciosa, y marchaban adelante siempre en la ruta de Jaca.

Las secciones de esquiadores han tenido que dejar sus veloces artilugios de tracción sobre las nieves. Están los ventisqueros lejanos en franca regalía. Un clamor de torrentes llena todas las hondonadas de las sierras. Los días son largos y claros. Los alpinos de Benasque van al combate

como a una fiesta de primavera, despojados de sus tabardos y de sus pellicos de pastores del Pirineo.

En los últimos días han ocupado los poblados de Yesero y Barbenuta. El enemigo en este sector ha concentrado gran cantidad de fuerzas. Se lucha sin tregua y con gran cantidad de fuerzas. Los alpinos avanzan hacia Jaca después de rebasar los límites del distrito de Boltaña ya completamente liberado. Varios pueblos del distrito de Jaca han sido liberados también.

Las avanzadas de los alpinos no retroceden ante nada. Donde se planta un parapeto y una bandera sólo ésta y aquél se dejan para seguir adelante y plantar un nuevo parapeto y una nueva bandera.

III

Un rebaño de nubes pomposas y barrocas cierra el horizonte lejano sobre las cresterías de Sierra de Guara. En este fondo casi escenográfico brillan a trechos los diamantinos reflejos de las nieves. Se acusan los contornos de los primeros y segundos términos de la perspectiva bajo una luz cruda de amanecer. La tormenta ha sembrado de charcos relucientes los campos. Sobre el lomo de un monte se recorta Huesca con sus edificios de un gris oscuro, cuya monotonía rompe la roja tejavana de las construcciones modernas. Huesca, toda la masa de sus edificaciones, se yergue en la mañana con las torres de su catedral, de sus iglesias y conventos, cimeras sobre las casas.

Banderas confusas de humaredas domésticas se funden en el cielo bajo. Desde este punto, en que nos encontramos, se perciben claramente los sonidos de las campanas que marcan las horas de angustia de la ciudad sitiada.

Caminamos entre árboles de pequeños sotos junto al cauce del río Flumen. En este instante, nada, salvo la conversación que sostenemos con el jefe de esta línea, sugiere la evidencia de que nos encontramos en un campo de batalla, en un paraje, donde los combates se suceden duros, tremendos, incesantes.

Cantan las codornices en las mieses, que llegan hasta las zanjas de las defensas leales...

Nos internamos en la zona de las trincheras y parapetos. La lluvia durante la noche ha calado hasta las profundas madrigueras de los refugios de los soldados. Con barro hasta la rodilla, patinando sobre el terreno arcilloso seguimos el camino.

Pequeñas banderolas rojinegras y republicanas marcan las líneas, más allá de las cuales se extiende una intrincada red de espinosas alambradas.

Huesca está ahí delante. Diríase que se puede tocar con la mano. Sin el auxilio de los gemelos de campaña se comprueba el ir y venir de los vecinos por las afueras de la ciudad. No es este el sitio de nuestras líneas más cercano a la población. Una distancia de poco más de dos kilómetros nos separa de las primeras calles de la vieja Osea.

Con las codornices comienzan a cantar las ametralladoras enemigas, escondidas entre las altas hierbas del llano. Ha

sido de pronto. Junto a los parapetos de cemento y los sacos terreros de las defensas se comprueba el choque seco del final de la trayectoria de las balas fascistas. Los soldados medio desnudos salen de sus pequeñas cuevas abiertas en lo hondo de la tierra y esparcen su mirada, al parecer indiferente, sobre el campo enemigo. Se oyen cercanas las voces de los facciosos.

Unos golpes secos de fusil restallan en nuestras avanzadas... Al punto son contestados con violento tiroteo por los fascistas. Ahora ladran en estruendoso concierto las ametralladoras enemigas desde diferentes puntos. Cientos y cientos de tiros del enemigo contestan cada detonación que parte de nuestro campo.

No podemos perder tiempo ni material en salvamatinas. Sólo cuando el bronco sonido de los morteros se impone a las detonaciones de la fusilería, crepitan en nuestras líneas unas ráfagas de ametralladora. Con pequeñas treguas, el tiroteo se extiende a lo largo de todas las líneas que amenazaban la ciudad. Un cinturón de fuego la ciñe, un cinturón que cada día aprieta más y más a los facciosos, hasta que llegue el momento del ataque definitivo que ha de ahogar para siempre la resistencia rebelde de la capital del Alto Aragón.

La espera consume y enerva a nuestros soldados. Todos ansían acabar, a costa de los sacrificios que sean menester, con la empresa que desde más de nueve meses los mantiene

en las trincheras estrechando palmo a palmo el gigante círculo del asedio. Gran parte de estos bravos luchadores de la República, desde que comenzó la guerra no han tenido ni un solo día de descanso. Generosamente han renunciado al bien ganado asueto que les correspondía, y aquí permanecen vigilantes y arma al brazo, esperando la voz de mando que les ordene el avance. Mientras, se ejercitan en golpes de audacia y valentía. Los parapetos y defensas se corren desde la primera línea hacia la tierra de nadie, constantemente. No hay repliegue de terreno, estratégicamente favorable, que no sea aprovechado, previa su ocupación. Palmo a palmo, nunca con mayor propiedad se podrá emplear esta expresión, se gana terreno en todas las jornadas. Por esto no hay día sin combate, ni combate en que no sea lograda una nueva ventaja por nuestras armas. Así el círculo de fuego en torno a la ciudad de Huesca va ciñéndose a los flancos de la masa de edificación. Desde Huerrios aprieta el cinturón de hierro y de metralla, de bayonetas y de espinosas alambradas por Casablanca, Tabernas, Ola, Casetas de Quincena, Monte Aragón, Estrecho Quinto, Apiés, Agries, Chimillas, Monte Utrillas, El Carrascal y Monteverde.

Los facciosos se encuentran metidos en una especie de bolsa, con una sola y difícil salida: el camino de Ayerbe hacia Jaca, batido incesantemente por nuestros cañones y nuestras ametralladoras.

Desde las líneas generales de las trincheras que rodean la

población, puntas de enconada acción de nuestras avanzadas, llegan hasta las mismas calles de las afueras de Huesca... Por tres veces nuestros soldados, desde que comenzó el asedio, han estado dentro de la ciudad en vigorosas ofensivas realizadas. Raro es el día en que un grupo de valientes no dé un golpe de mano en las mismas calles burlando la vigilancia facciosa.

Los facciosos extreman su resistencia poniendo en movimiento continuo todas sus armas modernísimas. Su artillería dispara fieramente su lluvia de proyectiles. Los soldados de la República no se mueven de su puesto. Pasan y repasan, lanzando su carga de muerte, los trimotores escoltados por cazas, que en vuelos rasantes siembran, a diestro y siniestro, su granizada de balas de ametralladora. Los soldados que sitian Huesca permanecen en sus parapetos.

El cinturón de fuego en torno de la ciudad aquí está. Y aquí están todos los combatientes dispuestos a cumplir con férrea disciplina la orden de asalto, cuando la orden sea dada.

IV

En los parapetos, ojos vigilantes e incansables sobre la muesca del punto de mira de los fusiles, montan la guardia. El día es de calma.

En el parte oficial, seguramente, no serán registradas sus incidencias. Ni siquiera se dará cuenta del fuego de los cañones de largo alcance que, intermitentemente, baten las posiciones leales, ni de las explosiones de los obuses que, como rápidos meteoros, cruzan silbando la comba azul del cielo para estrellarse contra los muros de un caserío o en la tierra blanda de un sembrado de mieses. Columnas de humo y de llamas, surtidores gigantes de tierra, se elevan de los puntos sacudidos por las explosiones.

Los soldados de las trincheras nos aseguran «que la jornada es simplemente de un poco de jaleo. Ya se cansarán de cañonear».

Hace poco han sido relevados los pelotones de guardia en los parapetos.

Unos compañeros traen pan y queso, que pasa de mano en mano rápidamente. Los obuses siguen silbando en el cielo y los surtidores de tierra removida siguen elevándose en el campo. Tiros sueltos y ráfagas de las máquinas automáticas, responden al estruendo del cañoneo. Al fin, se acusa una más dilatada intermitencia en los tiros del enemigo. Ahora sólo los fusiles vomitan sus descargas.

Los soldados se reúnen en grupos, al parecer ajenos a la lluvia de balas.

Los vigías, en sus nidos de garza sobre los árboles, observan atentamente con los prismáticos de largo alcance, los movimientos del enemigo.

Se va disipando el temor al ataque.

Asistimos a una conferencia colectiva sobre táctica militar y métodos de lucha. El intercambio de observaciones, la exposición de consejos y recomendaciones por parte de los jefes e instructores, dura cerca de media hora. Al punto, los grupos se subdividen en varios pequeños pelotones. Cada uno tiene su instructor. Cuando la calma relativa se esparce por los frentes, los soldados de la República se entregan al cultivo de sus afanes culturales. Las más variadas materias de las preocupaciones humanas son comentadas, debatidas y

aclaradas por soldados e instructores. En cada grupo se trata de una diferente cuestión.

Hay grupos, bien escasos ya, afortunadamente, donde reciben lección de lectura y escritura los analfabetos. Ningún soldado, después del año de guerra en curso, saldrá de las trincheras sin saber leer y escribir. En esta obra de exterminio del analfabetismo, colaboran todos los luchadores. Sobre unas toscas mesas, improvisadas con tablas de cajones viejos, los soldados dibujan sus garabatos sobre los cuadernos escolares.

Es emocionante este afán común de los luchadores del pueblo español por la superación cultural.

Cada División tiene sus mascotas, y de paso alguna particularidad de ingenua presunción, que los soldados muestran con orgullo a quienes les visitan.

En el sector ocupado por las fuerzas que aprietan el asedio de Huesca, por la parte suroeste de la ciudad, los soldados tienen nada menos que un pequeño parque zoológico, con más de cincuenta animales amaestrados. Garzas, conejos de diferentes pelajes, ratas, musarañas, comadrejas, mochuelos, codornices, alondras, lagartos, pájaros de las más variadas especies, gigantes saltamontes y diversos y raros arácnidos. Varias serpientes. Esta muchedumbre de animales es el orgullo de la División. Un especializado en Historia Natural explica cuando puede, a sus compañeros, a

la vista de los ejemplares vivos, las características y costumbres de los animales.

Tampoco hay División sin biblioteca. La que visitamos está instalada en una chabola camuflada de verde ramaje. Allí leen los soldados más libros que prensa, mientras pueden, hasta la hora de los relevos.

Una perfecta hermandad los une a todos. Una impresionante unanimidad en los juicios sobre la marcha y los problemas de la guerra, se acusa en todas las palabras. Estos son los combatientes que combaten. Que combaten y trabajan.

Detrás de las trincheras se agita estos días, presa de la ansiedad y de la fiebre laboriosa, un mundo ilusionado. ¿Cuál es el motor de estas ilusiones? Hasta las líneas de los parapetos, los labriegos y soldados de estos frentes, han sembrado el pan del futuro, las reservas para proseguir la lucha contra la facción. Hay que recogerlo. Hay que liberarlo de las bombas incendiarias de la aviación enemiga y de las explosiones de los obuses que devastan el campo. Los combatientes de las segundas líneas se internan por los cuadros de trigales, de cebada madura. Las armas de la destrucción y de la muerte han quedado allá en las trincheras. Ellos, provistos de hoces y de guadañas, con los campesinos y labrantinos de los pueblos y caseríos que se asoman al teatro de la guerra desde las colinas, se lanzan con igual brío que al ataque sobre el enemigo, al trabajo duro de

la siega, más duro bajo la metralla incesante del enemigo y las explosiones de las granadas incendiarias.

Para los campesinos de esta zona, la guerra y sus dramáticas incidencias, sus alternativas y su estruendo, viene a constituir el mismo clima heroico y arriesgado en que viven y luchan los soldados.

De los bancales a los caminos se entrecruzan los diálogos sobrios y de recio temple moral de los campesinos y soldados aragoneses. Cambian su pan, su vino y sus fraternos sentimientos. Su fe inquebrantable en la victoria se multiplica en el trabajo común y en los recíprocos estímulos.

Todos defienden esta tierra en donde se recoge febrilmente el pan del futuro.

Aquí en esta zona de trabajos, de peligros y de constantes combates, es donde mejor se aprecia el enorme esfuerzo del pueblo para forjar el porvenir de nuestro destino. Se habla poco, se trabaja y se lucha con el alma puesta en la empresa magnífica de aventar de estas tierras hasta el recuerdo de las cenizas del enemigo.

V

Pequeños cementerios de coches viejos y destartalados se encuentran de pronto a lo largo de los caminos que se cruzan y entrecruzan por esta zona de guerra. Algún cuadro de tierra removida muestra sus pequeños túmulos, bajo los cuales descansan para siempre los restos de héroes anónimos que cayeron a lo largo de los meses de lucha. La zona reconquistada en torno de Huesca ofrece el panorama peculiar de los lugares donde se han librado batallas, en las que han intervenido todas las armas de una contienda moderna. Tierra de martirio, de desolación.

En el campo esta nota no se acusa con el dramatismo que presenta en los pueblos que, tras duros y esforzados empeños de nuestros combatientes, han sido libertados de la esclavitud en que les había sumido el fascismo nacional y extranjero. A la vista del caserío de Siétamo, el noble rencor del patriotismo ofendido y vilipendiado cobra unos bríos que jamás podrán domeñarse si no es después del exterminio del

enemigo. No hay ni un edificio que no muestre la desgarradura de las bombas extranjeras y las huellas de la sevicia y ruindad patológicas del fascismo invasor. La enorme tragedia de los pobres habitantes de Siétamo pregona su irremediable angustia. Al aire las habitaciones de las casas, en donde se ha apagado el fuego familiar y se ha extinguido hasta el menor rastro de vida organizada. En los solares en que ha quedado convertido el caserío, crecen las ortigas y otras hierbas parasitarias entre los escombros y los hierros, retorcidos por la devastación y el incendio, de los balcones, de las camas humildes de los campesinos, entre los restos de los trebejos de los hogares deshechos.

Siétamo es en la actualidad campo de guerra, no obstante haber sido convertido por los traidores, de una manera material, en lugar donde por algún tiempo imperó la paz que sueñan administrar por la violencia de sus crímenes a toda España, la paz definitiva de la muerte, la paz de los sepulcros. Reconquistada la población por los soldados leales es ahora el acicate de los combatientes, que ante la vista de sus ruinas cobran nuevos bríos para la lucha, para llevar la contienda en alas de la victoria hasta el final.

El azar, en nuestras correrías por este frente nos trajo la cordial convivencia por unas horas con un soldado de estas tierras. El espíritu que mueve los brazos y el ímpetu de vencer de las divisiones que en este sector luchan, sin incurrir en generalizaciones forzadas, bien puede ser resumido en las palabras de este combatiente.

Este soldado marcha contrariado y triste a su casa. Está enfermo. El médico le ha apercibido porque sufre una dilatación de corazón y se empeña en permanecer en primera línea. Es un voluntario. Su alma y su pensamiento están a flor de sus palabras. Este no es un cazador de gorras de los que narran hazañas personales. Es un hombre sencillo y poco comunicativo.

Nos ofrece el pan de las trincheras de las que se ha visto obligado a apartarse.

–Creo que dentro de unos días –nos dice– estaré ya más tranquilo y podré convencer al médico para que me dejé volver allá.

Allá es la trinchera y el parapeto.

–Después de estar siete meses en la primera línea –prosigue– en todos los avances que se han logrado, me reventaría que se tomase Huesca sin que yo estuviera luchando o muriendo con los míos.

Ve fácil la toma de la ciudad:

–Cuando queramos, es nuestra. Que lo digan. Ya veréis cómo cae en seguida. El otro día –se refiere a las operaciones últimas en este sector– vimos por primera vez actuar ochenta aparatos nuestros. ¡Todos a un tiempo! ¡Qué barbaridad! Daba aquello ganas de llorar y de reír, de alegría. Nunca habíamos visto cosa semejante. Nosotros por poco

dejamos las armas para aplaudir. Algunos lo hicieron. ¡Chico, cómo bramaban los montes! Ardía todo lo que alcanzaba la vista. Todo eran nubes y polvo hasta el cielo. Aquello valía por todo el invierno de noche y de día en el campo. Porque aquí también pasamos lo nuestro, como habrás podido ver. Sobre todo, hemos pasado. Son tierras duras y frías, y el invierno ha sido de alivio. Con el buen tiempo se lucha mejor, y hasta parece que todo se anima. Ya ves lo de los aeroplanos. Yo, créemelo, no quiero perder por nada estos combates. Uno sale de las trincheras y tira adelante sin mirar más.

El soldado se exalta:

–Siete meses llevo aquí. Antes estuve en Madrid, en los primeros tiempos de la guerra. Fue cuando apretaban ellos por Talavera. ¡Si fuese ahora! Ellos, allá, también hubieran tenido buena respuesta. Lo que pasa, es que no teníamos nada o casi nada. Ahora tenemos de todo, o tendremos de todo en cada frente, y sabemos luchar y obedecer. La milicia ha cambiado mucho. De aquí no me echan a mí, enfermo o como sea. Enfermo lo he estado siempre. Para que nadie se pueda poner enfermo como yo, me tiré a la lucha.

Le pregunto sobre sus ideales políticos y sobre la organización a que pertenece.

–¿Ideales? Ideales –me dice– yo no había tenido tiempo de tener nunca. Tampoco pertenecía a ninguna organización.

No sabía qué era eso. Oía hablar en tiempos pasados, pero nunca me metí en nada. No sabía leer ni escribir. Ahora ya es otra cosa. Escribo, y leo perfectamente periódicos y libros. Y los entiendo, y cuando no entiendo una cosa, siempre hay algún compañero que me la explique. Pero yo no fui de ningún partido ni de ninguna organización. Al venir la guerra, salí a la calle y vi que los trabajadores luchaban, y luché como puede. Primero, levantando barricadas en las calles de Barcelona. Después, cuando lo de los cuarteles, ya cogí el fusil. No lo he soltado hasta hoy. Y allá me lo guardan. También fue bueno aquello. Si seguimos a aquel tren hubiéramos acabado. Yo era obrero panadero. Estaba en una panadería de unos parientes lejanos. Desde los doce años, en que me llevaron a Barcelona, trabajé, por el gasto y diez duros al mes, día y noche. De tanto trabajar, me puse enfermo. Ahora lucho porque a nadie le pueda ocurrir lo mismo. Y además, porque desde el primer momento comprendí que teníamos razón nosotros. ¡Sí que la tenemos! Soy de Siétamo, y ahí ha muerto mi madre durante los jaleos, antes de que llegásemos. Era viuda y a nadie hacía mal. Trabajaba y cuidaba sus gallinas. Como la mayoría de los vecinos, por supuesto. Se han escapado muy pocos. ¿Te explicas por qué no me puedo hacer a la idea de estar lejos de los míos? Como Yo, hay muchos aquí. Luchamos por todo lo que sabemos y, sobre todo, porque tenemos razón. Y la impondremos. Terminada la guerra, lo tendremos todo.

Así habla este soldado de la República, del frente de

Huesca. Como él hay muchos, todos. Inflexibles en un solo designio: ¡ganar la guerra! Porque, ganada la guerra, estará todo ganado.

VI

El cementerio de Huesca es una de las puntas más enconadas de nuestra acción ofensiva sobre la ciudad sitiada. Ahí al lado están las primeras casas. A la mitad del alcance del tiro normal de fusil. Las ametralladoras baten la entrada de la población, a tiro seguro.

El contrasentido es considerable. El recinto de la paz suprema y definitiva –el cementerio– se ha convertido en lugar de incesante lucha.

Las fuerzas que a la sazón se encuentran en estas avanzadas del asedio subrayan constantemente este despropósito que la guerra ha creado, con sano buen humor.

–Aquí estamos, en la paz de los sepulcros. ¡Tan ricamente!

A pesar de las duras acciones libradas en esta parte del frente de Huesca, el cementerio, a primera vista, no ha perdido su carácter de estampa de ilustración de cuento de

día de ánimas. Las lanzas de los cipreses verdinegros escoltan las calles de la ciudad de la Muerte, galvanizada durante el día y la noche por una extraña actividad. Extraña para el que no vive en el recinto; normal para los soldados que defienden las posiciones logradas. La conquista de esta ciudad, del no ser bajo el signo de la inanidad de las cosas humanas, no fue ciertamente un cómodo paseo. Los cañones leales lograron abrir un boquete en los muros que cuadriculan la tierra de la paz relativamente eterna. Son recios y fuertes como la defensa de guerra mejor preparada. Cada tumba era una trinchera. Cada mausoleo, una fortaleza para las ametralladoras. La disputa por la posesión de cada hilera de nichos fue una batalla en la que no solamente intervinieron todas las armas puestas en función de gran rendimiento, a ritmo vivo, sino que también un conato de ensayo en pequeño de movilización de muertos. Las sombras de los que allí encontraron un relativo descanso debieron presentir la jornada del Juicio final. Los cuatro Jinetes del Apocalipsis hacía dos meses que iban lanzados a galope devastador por los alrededores de Huesca. Como en la profecía del soñador de Pathmos, las tumbas se abrían, y una contradanza de esqueletos y calaveras se elevaba y vagaba por los aires, al estallar los obuses. Las sirenas que anuncian las alarma ante los ataques de la aviación en el interior de Huesca, fácilmente podrían ser confundidas, por las sombras errantes de los muertos, con los clamores de las trompetas de los heraldos del terrible día de la resurrección de la carne. A todo se han debido acostumbrar los muertos,

incluso a la disipación de alarmas infundadas. Los vivos, por su parte, conviven con los muertos en perfecto régimen normal, dentro de la disciplina y de las necesidades de la guerra.

El buen tiempo ha puesto muy florida esta tierra sagrada en donde duermen, cuando pueden –cada uno su sueño– nuestros mayores y nuestros coetáneos, los vivos. Florecen los geranios y las clavellinas de áspero perfume, junto a los embudos de las explosiones y junto a los mismos sepulcros y los túmulos de tierra recubierta de altas hierbas. Sobre la pequeña fosa de un niño crece un rosal de espléndidas rosas rojas. La vida pugna por aflorar en todos los rincones, pese a la Muerte.

Aquí presentaron lucha impía y despiadada los facciosos, seguramente llevados de su cacareada profesión cristiana y de su respeto a los antepasados.

Cristianamente también, en una enorme fosa abierta en un rincón del cementerio, que hicieron cavar antes a los mismos que iban a enterrar –republicanos, anarquistas, socialistas y gentes de izquierda o parientes de gentes de izquierda de Huesca, Ramón Acín, Sender, tantos y tantos otros mártires– fusilaron a centenares de hombres y mujeres que noblemente proclamaban su fe, y su adhesión a la República y a los derechos del pueblo trabajador. Aquí, como hienas enfurecidas, profanaron las tumbas de los precursores de la liberación del pueblo español, Galán y García Hernández, por

las mismas balas facciosas de ahora asesinados en el glorioso epílogo de la gesta heroica de Jaca.

La seguridad de la venganza de tanta infamia conforta a los combatientes del cementerio oscense.

Hasta en las más trágicas alternativas no decae un saludable buen humor en las filas. La vida en la ciudad de los muertos es más confortable que en otros sectores de trincheras y parapetos. Lo saben todos los combatientes del frente de Aragón que han pasado por este lugar de peligro constante y de recio batallar. Sobre todo durante el pasado invierno. Los nichos y los mausoleos pretenciosos de las familias acomodadas de Huesca sirven de magníficos acomodos a nuestros soldados.

–Nos tratamos con lo mejor de Huesca, y nos llevamos muy bien –bromean–. Son discretos y callados.

Lo familiares de los combatientes también tienen noticias satisfactorias de las bienandanzas de los vivos entre los muertos.

Hace pocos días nos cuentan que un soldado escribía a sus padres, a este tenor:

«Queridos padres: Estoy desde hace algún tiempo en el cementerio de Huesca, cogiendo ya las calles, como aquel quien dice, casi con la mano. Estoy magníficamente bien. Todos estamos muy bien aquí. Nos tratamos con lo mejor de

Huesca. Yo mismo duermo todas las noches con la familia de don Manuel Camo, el que tiene la estatua en medio de Huesca, y con el propio don Manuel Camo, encerrado en su ataúd forrado de cinc. Todos somos muy buenos amigos...»

VII

La gran bota de la brigada de segadores, que, junto a las mismas líneas del frente, trabajan en la recogida de la cosecha, es de todos. Pasa de mano en mano. Su chorro rojo de vino aragonés, espeso y duro, canta en todas las bocas de los combatientes sedientos. El pan de los campesinos es de todos; como de todos es la lucha.

Por un camino que serpea entre las mieses en sazón, avanza un grupo de dinamiteros. Llevan ceñido un cinturón monstruoso de cartuchos de dinamita y de bombas de mano. Rostros rojos del sol. Sudor y barbas largas.

–Venimos de Chinadlas. Relevo. Vamos... ¡Vamos a ninguna parte!

La patrulla hace un alto con los campesinos y con nosotros. La bota es de todos. El pan es de todos.

Una enorme hogaza se parte:

–Que coma el que tenga hambre. Y bebed, ¡recristo!, un buen trago. Ya lo habéis merecido –dice el capitoste de la brigada de segadores.

Los campesinos todo lo ofrecen: agua, pan, vino.

–¡Otra! Y la camisa que fuera necesaria para cualquiera de éstos. También la camisa les daríamos.

Diálogos:

–¿Y qué? ¿Cuándo entramos ahí para pagar lo menos la contribución y el fisco a esos galanes? Falta hace, porque si no comen del pobre, ¿qué van a hacer en esa ratonera?

–Cualquier día de éstos. Quedáis invitados para celebrarlo.

–Ahora va en serio.

–Siempre ha ido igual –afirma gravemente un cabo.

–Ya sabes tú que no es lo mismo.

Huesca está ahí envuelta en unas nubes de tormenta. Allí quieren ir los campesinos para pagar el «fisco».

Los campesinos siguen paso a paso las menores incidencias de la lucha. A ella están apercebidos con sus escopetas. Preguntan por los soldados y grupos de soldados con la misma ansiedad e interés que podrían preguntar por sus más allegados familiares. Muchos de los combatientes son sus

hijos, sus hermanos, sus parientes. La lucha es de todos y todos somos hermanos.

Las explosiones de las granadas y las descargas de las trincheras al punto son localizadas.

–Esa ha salido de Monte Aragón. Hay jaleo en Chimillas. Esa fusilería sale de Alerre. Aprietan ellos. «Ellos» son siempre los facciosos. Atizan los nuestros.

Diríase que el viento de los campos de batalla les lleva la noticia de las incidencias de la lucha al oído. Jamás se equivocan. Un raro instinto desarrollado en ellos a través de un año de combates les hace ventear el peligro y las bienandanzas de nuestras armas.

Nadie como los campesinos, con sus ojos de águilas montañeras, saben apreciar con mayor rapidez el carácter de los aviones que constantemente pasan y repasan por sobre las líneas de los frentes su impresionante fuego. No importa la dirección que lleven los pájaros.

Cuando un campesino dice: «son nuestros», lo son en realidad, por muy lejanos que vuelen los aparatos.

Los dinamiteros son hombres de pocas palabras. En los frentes, a medida que la lucha es más dura y más organizada, se habla menos. Lo preciso.

Los dinamiteros han bebido su trago de vino y se van.

Salud. Salud. Salud. Los puños cerrados en alto. Marchan en dirección contraria a la nuestra. Uno canta.

El camino asciende suavemente hasta el pie de los montes en donde Estrecho Quinto y el monasterio de Monte Aragón se recortan sobre la barrera azul de montañas, al noroeste de Huesca.

La impresión de haber penetrado en un laberinto de peligros nos sobrecoge.

Nuestro acompañante nos informa de que en el mismo lugar en donde nos encontramos, una granada segó la vida del gran luchador de la Libertad y amigo de España, general Luckas. Seguimos, no obstante en el laberinto de las posiciones que extienden su recio brazo de ataque constante contra Huesca, de Norte a Oeste de su caserío, en círculo que se comba desde las primeras estribaciones de la Sierra de Guara hasta el llano.

Por este lado la ciudad está rebasada en gran trecho de amplitud. Por este lado se aprieta la salida de la bolsa donde está metida la población asediada. Chimillas, Alerre, La Torraza, el monte Mondó, el Carrascal y parte de la llamada Loma Verde, son constante escenario del heroísmo de nuestros soldados. En todas partes se combate con brío y sin descanso. Mas éstas son las zonas donde el combate es perpetuo, durísimo, enconado.

La violencia de la lucha tiende a desplazarse aún más lejos de estos puntos. Por los avances de nuestras fuerzas. Por las conveniencias de orden táctico y estratégico. La carretera de Ayerbe está batida por el fuego constante y magníficamente administrado de nuestras máquinas y de nuestras baterías. Esto explica el encono de la resistencia ofensiva y defensiva del enemigo, quien, cerrada completamente la carretera de Ayerbe, no podrá optar más que por entregarse o por perecer. Por esto el combate es perpetuo y desesperado, sobre todo por parte de los facciosos. Es su última carta y su última esperanza. Y más desde que los combatientes alpinos pican por el Alto Pirineo con sus afortunados golpes de mano y sus heroicas acciones perfectamente concebidas y desarrolladas, las posiciones estratégicas, sobre el camino de Jaca en el propio territorio de este distrito sometido en gran parte aún a la esclavitud de la facción.

Este rincón del frente de Huesca es una escuela de heroísmo, de disciplina y de valentía. De sacrificio y de gloria diariamente renovada por el empuje de nuestros soldados. El soldado que sale de aquí para otros sectores es un gran soldado a prueba de lucha y de disciplina.

VIII

Descendemos por el suave declive de las colinas, últimas avanzadas del sistema orográfico de Sierra Guara, sobre la llanada de Tardienta y Almudévar. Las Líneas de la acción defensiva y ofensiva de nuestras fuerzas se corren a lo largo de estos montículos de escasa elevación, en su mayoría trabajados, en cumbres y laderas por el afán transformador de los campesinos. Ni un palmo de terreno sin cultivar, se dijo al comenzar la guerra. Aunque la recomendación no era ociosa, el campesinado se había anticipado a su alcance. Llevado de su instinto de conservación y de su espíritu de lucha, desde los primeros momentos puestos al servicio de la causa de su libertad, preparó y sembró tierras donde jamás había sido lanzada la semilla, donde sólo crecía la maleza, las matas de tomillo o de espliego y los cardos bilaneros. Ahora todo es mies. Y mies bien cuidada. Unas doradas y otras con el color auriverde de la entrada en sazón

para la siega. Hasta encima de las pequeñas mesetas que de pronto se acusan en el horizonte, arrastres de remotos corrimientos geológicos desde el Pirineo hasta aquí, con sus conformaciones de médanos desérticos de caprichosas formas, se ha sembrado, si se encontró un palmo de tierra aprovechable.

En esta llanura cruzan y entrecruzan sus aguas varios arroyos y ríos, camino del cauce profundo del Gállego. Cae de plano un sol de fuego. Algunos soldados se bañan en las corrientes y en las hoyas de los arroyos. Descansan otros junto a los sotos de las orillas. Se habla catalán. La mayoría de los soldados hablan catalán. Los guardianes de los puntos estratégicos de los caminos, medio desnudos, el fusil al hombro, examinan cuidadosamente nuestros papeles. Tardienta ofrece también las huellas profundas y dramáticas del paso de la guerra sobre sus calles, sobre sus edificios, sobre sus alrededores. Está en la línea de fuego, en la línea de combate. La enfilan con frecuencia los cañones facciosos, desde las posiciones enemigas de Almudévar.

Al principio de la guerra, sobre la misma ciudad se desencadenó la tromba de una terrible batalla, que se prolongó por espacio de varias jornadas, decidida a nuestro favor finalmente.

También en este sector han extremado su heroísmo los soldados del frente de Aragón. La posición conocida por el nombre de Ermita de Santa Quiteria ha sido escenario de los

más duros empeños guerreros. Por tres veces a cara descubierta y a pecho descubierto ha sido tomado este monte. De la ermita, nada apenas queda. Un montón de escombros. Pero quedan las trincheras enemigas, contra las cuales, en forcejeo ininterrumpido, se libran las acciones más duras de todo este sector, Tardienta–Almudévar. Tierras antes bajo la advocación de Santa Quiteria y hoy bajo el fuego renovador que con la bandera de su nombre ampara Carlos Marx.

Arranca desde los alrededores de Tardienta el sistema orográfico que toma cuerpo en la mole pétrea de la Sierra de Alcubierre. A lo largo de esta Sierra, de una extensión longitudinal de unos cuarenta kilómetros, las avanzadas de la República miran Peñaflor, en el llano del Gállego y del Ebro, en el que se levanta la ciudad de Zaragoza.

La Sierra de Alcubierre es avanzada y defensa, que corta el paso de cualquier incursión enemiga por esta parte. Sus altos y accidentados picachos, su llanura suma que, con conformación de meseta, se extiende bajo el cielo claro, festoneada por chaparros arbustos y rincones de pequeños bosques, ya conocen la emoción de las gestas bélicas y del trepidar de los ejércitos en movimiento y en lucha por su libertad.

Por aquí, durante la guerra de la Independencia del pasado siglo, anduvieron combatiendo duramente los ejércitos de patriotas que mandaba el gran guerrillero Mina el Mozo. No

lejos del pueblo de Alcubierre, las tropas invasoras, al mando del general París, fueron vencidas de la famosa batalla de Alcañiz.

La vieja experiencia de aquella alternativa bélica de la primera guerra de la Independencia quizá haya llevado la reflexión a los mandos que dirigen la contienda en el campo enemigo. La barrera de montañas es punto menos que infranqueable. Por aquí no pasan. Las montañas, las rocas y nuestros soldados, que de cada una de ellas han hecho un inexpugnable baluarte, se oponen a cualquier intentona del enemigo. En cambio, durante mucho tiempo, los grupos de nuestros esforzados guerrilleros pasan las líneas de vigilancia de la facción y se internan en el llano de Peñaflor y Villamayor para realizar audaces golpes de mano, que siembran la alarma y el desconcierto en las filas facciosas y en los pueblos sumidos en la esclavitud bajo el dominio de las hordas extranjeras, que cobijan su apoderamiento de Zaragoza en la traición de Cabanellas. De las laderas de Sierra de Alcubierre se descuelgan los valientes grupos de las guerrillas sobre el llano. Un día traen prisioneros; otros, evadidos del infierno fascista de Zaragoza; otros, como trofeos, las armas de las patrullas de vigilancia de los facciosos; otros, ganado con pastores y todo.

IX

De un lado, la serranía azul de Alcubierre. Es al noroeste del camino que seguimos. Al este, las montañas que encajonan, viniendo de Cataluña, por Lérída, las vegas húmedas del río Cinca. Atravesamos la dilatada llanura de los Monegros, zona esteparia sin un árbol ni la insinuación de una sombra. Tierras paniegas exaltadas y vilipendiadas, según el humor, en el folklore de los segadores de toda España.

De este llano enorme se dice que es el granero de Aragón, con Cinco Villas, aún en poder de los facciosos. En lo que alcanza la vista, no se ve ni un árbol, ni una mancha verde de huerta. Todo es trigo y cebada. El pueblo de Candanos, achicharrado por un sol al rojo, se divisa, al fin, con su estanca al lado de las casas. El camino de Bujaraloz se interna entre pequeños montes cubiertos de pinos, y junto a un barranco, cuyo cauce, a trechos, aparece sembrado también de mieses.

Bujaraloz es clave de avanzadas en el sector situado en la margen derecha del Ebro, corriente del río arriba.

El camino nos lleva a Pina de Ebro. Ya está aquí la línea de fuego. Estamos a unos diecisiete kilómetros de la capital de Aragón. Desde las colinas de Pina vemos cómo unos aviones enemigos exploran, en vuelo de observación, nuestras posiciones, para luego lanzar sobre ellas su carga de muerte. Los surtidores de las explosiones se levantan más allá de Villafranca de Ebro, junto a la corriente del río. Todo es movimiento y ansiedad por estas líneas. Entusiasmo y brío. La lucha es empeñada. Desde aquí se percibe claramente el cañoneo a que nuestras baterías someten las posiciones enemigas llamadas del Sur del Ebro, situadas a la otra orilla del río, en las afueras de Quinto. La iniciativa del ataque es nuestra por las dos márgenes del río. También en las avanzadas de Villafranca nuestra artillería brama y vomita su metralla contra el enemigo. Crepitan las ametralladoras y ladran los morteros su acento cavernoso y bronco. La operación es de conjunto. Por igual, y con el mismo ímpetu, atacan las fuerzas de la República, que, por diferentes caminos, pero paralelos en cuanto a la situación marchan sobre Zaragoza. Por un lado, izquierda del Ebro, siempre en dirección contraria a la corriente, nuestro fuego tiene como objetivo Quinto y el término de Fuentes de Ebro, y por el otro, derecha del cauce fluvial, los movimientos de nuestras tropas, con ímpetu incontenible, avanzan contra Alfajarín. Villafranca está a quince kilómetros de Zaragoza. Las

avanzadas leales sobre Alfajarín alcanzan ya a doce kilómetros de la capital aragonesa. El enemigo ha sido barrido de las trincheras que en este punto tenía. En sus defensas se escuda ahora nuestra ofensiva dura y tenaz. Desde estas colinas, cercanas a la carretera, limpia ya de fuegos y amenazas enemigas, se divisa, no lejos, El Burgo, a dos kilómetros de Zaragoza, arrabal casi inmediato al casco de la población. Y más al fondo, los edificios de la inmortal ciudad, sumida en la abyección del dominio faccioso. Hasta estos días, en que nuestras fuerzas han logrado, tras empeñadas acciones, nuevas posiciones en el camino de la capital de Aragón, los miradores sobre Zaragoza eran las avanzadas de Puntaza y Peña Perdiguera.

Desde allí se puede contemplar Zaragoza ya sin que el peligro de las balas enemigas ronde constantemente a los que se asoman a este mirador. Se pueden contar las torres de las iglesias, casi a simple vista, y las cúpulas salientes de la Basílica del Pilar, tan parecida, arquitectónicamente, a la silueta del Parlamento de Londres... Hasta se puede comprobar el mutilamiento de que ha sido objeto por la aviación leal el campanario de La Seo, donde los rebeldes, sin consideración de ninguna naturaleza a la santidad del recinto de la Catedral zaragonaza, habían instalado una batería antiaérea.

Un sordo rumor de motores llena el horizonte. Sobre las nubes desmadejadas de la tarde de verano, doce aviones, en formación de combate, vuelan a gran altura. Un momento

de ansiedad infinita, y al punto, un grito resuena en todas las avanzadas.

–¡Son nuestros!

La escuadra aérea marcha en línea ascensional. Se ve que toma altura. Los aparatos pasan y repasan las vedijas de las nubes como unos extraños husos que trabajasen sobre los blancos vellones celestes. Se eleva el zumbido ensordecedor de los motores. La distancia entre nuestras avanzadas y Zaragoza la salvan con una rapidez inverosímil...

Desde la Puntaza se ve el despliegue de la escuadra aérea sobre los barrios zaragozanos buscando los objetivos militares. Bombardean nuestros bravos aviadores, una vez más, el aeródromo italoalemán de Zaragoza, la Academia Militar, más allá de Julisbol, los cuarteles de la parte del castillo de la Aljafería y los talleres de Carde y Escoriaza. Se aprecian con los prismáticos y a simple vista las humaredas de las explosiones, así como también las nubecillas de los tiros antiaéreos que se entrecruzan en la comba del cielo. Media hora de intensa emoción. Se han apagado los fuegos de los contendientes allá abajo, donde, hace un rato, crepitaban sin descanso. Los aviones han cumplido plenamente los objetivos y regresan a sus bases. Ha sido un ataque por sorpresa. Cuando como un enjambre de avispas hostigadas, del horizonte enemigo surgen seis cazas, la escuadra aérea leal ha desaparecido entre las nubes. Los cazas ametrallan nuestros puestos. Es la reacción de la

impotencia. También hay baterías que defienden a los nuestros contra los aviones y les ahuyentan, cuando no les derriban.

Se lucha y se avanza. Desde hace cinco días, las bienandanzas de victoria en este sector son destacadas, como merecen, en los partes oficiales. Cuando el fuego cesa en raros intervalos de tranquilidad, al otro lado del Ebro, en el sector de Quinto, prosigue el diálogo de nuestras baterías con las facciosas, duro, inflexible, tenaz.

X

Desde Herrera hasta Sástago, Fuendetodos, Almonacid de la Cuba, Belchite y Quinto, las armas del pueblo y de la independencia nacional se agitan en tromba de fuego incontenible contra el enemigo. Este es el sector conocido por la denominación del Sector del Sur del Ebro. La corriente del río queda a la derecha de Quinto. Discurre entre arboledas y sotos. A la izquierda se extienden, no siempre en línea recta, los límites del flujo y reflujo de los combates. Tres poderosos puños de este cuerpo de Ejército avanzan golpeando dentro del terreno enemigo, incesantemente. Un puño descarga su cólera justiciera sobre las posiciones enemigas del campo de Cariñena, verde de viñas, camino de esta ciudad; otro, sobre las primeras casas de Belchite; el otro, sobre Quinto. Domina este tercer puño la carretera general de Zaragoza a Castellón y su enlace con la de Barcelona.

Belchite especialmente es blanco de la furia combativa de

nuestros soldados. A final de septiembre se llegó al combate en sus mismas calles. La estación del ferrocarril estuvo en nuestro poder. Se han desarrollado en el término y en las inmediaciones de Belchite las más recias peleas. Los facciosos saben que si en 1809 los ejércitos del general Souchet pudieron llegar hasta las puertas de Zaragoza para sitiarla y apoderarse de ella, fue porque en aquella ocasión los guerrilleros de la Independencia fueron derrotados, tras lucha heroica, en Belchite. Por esto todos los caminos, todos los resquicios por donde puedan filtrarse en su avance las tropas de la República, están celosamente guardados y fuertemente fortificados. Lo mismo ocurre en nuestro campo. Los montes de estas líneas son fortalezas inexpugnables. Algunos vomitan fuego desde sus hondas entrañas, que no consiguen acallar nunca, ni lo conseguirán, los cañoneos constantes de las baterías enemigas y también los constantes bombardeos de la aviación italiana y alemana. En el año de guerra en curso, cuando se ha acusado en estas líneas escasa actividad, los soldados no han perdido el tiempo. No se han enervado en la ociosidad. Han levantado en unos puntos y han cavado en lo hondo de la tierra y de los montes fortificaciones magníficas a prueba de toda acción destructora de las armas más temibles de la guerra. El ánimo cobra seguridad y confianza ante estos trabajos realizados por el Ejército del Pueblo. El «¡No pasarán!» ha sido aquí una consigna que se ha cumplido. Por aquí es imposible que pase nadie contra la voluntad de nuestros soldados. No pasarán por Monte Lobo, trepidante en su impetuoso vomitar de

fuego. No pasarán por otros puntos que una elemental discreción impide nombrar.

En cambio, las tropas republicanas pasan y de una manera gradual y sistemática cumplen las órdenes del Mando, cubriendo los objetivos que éste señala, todos los días. Es éste el sector más nervioso y dinámico de los frentes de Aragón. El puño de hierro de nuestra acción ofensiva viene descargando su fuerza enorme contra una montaña. Es una meseta no muy anchurosa, en cuyo centro se eleva al cielo, como una inmensa pirámide, un pico altísimo. Toda esta montaña, punto de referencia entre las tierras de Belchite, Almonacid de la Cuba y pueblos cercanos a los términos de estas poblaciones, es famosa en toda la comarca. Su fama ha crecido. En el orden del día de los partes oficiales ha sido repetidamente mencionada.

Es «La Novia del Viento». «La Novia del Viento», nombre poético y literario, se ha convertido en mártir de la metralla. Sobre este monte, en sus laderas y en sus recovecos, se vienen desarrollando continuas acciones ofensivas de nuestras fuerzas. En la meseta había una casa que, tiro a tiro, deshicieron nuestros bravos artilleros hasta dejarla convertida en polvo para el beso del cierzo duro y violento que galopa incansablemente sobre las sierras y los valles de Aragón. Se acabó de derrumbar el edificio tras un durísimo cañoneo que terminó a últimas horas de la jornada. Los soldados que presenciaron aquel ataque artillero aplaudían a sus compañeros que tienen a su cuidado los cañones.

Había sido un alarde de precisión y de tiro sistematizado, en el que ni una sola vez se desperdició un proyectil. En la casa tenía emplazadas el enemigo sus baterías, que hostigaban sin descanso nuestras posiciones. Las baterías facciosas de «La Novia del viento» habían llegado a constituir un constante peligro y también una constante obsesión para los nuestros. Al fin, nuestra artillería había hecho enmudecer a la contraria y había roto en mil pedazos la casa en que se encontraba.

Mas al amanecer del otro día. La sorpresa se apoderó de los ánimos de nuestros luchadores. Como si fuera obra del diablo, la casa, durante la noche, se había levantado sobre sus escombros. Una casa idéntica a la derruida en la tarde anterior aparecía sobre la meseta de «La Novia del Viento». Desde el mismo punto que en jornadas anteriores, volvían a lanzar sus fuegos las baterías enemigas. Las nuestras volvieron a bramar con sin igual furia. A los primeros tiros de tanteo, la casa comenzó a andar, como una casa de las películas de dibujos. ¡Cristo! ¿Qué era aquello? Lo no visto aún en las contingencias de la guerra. La explicación de tan sorprendente fenómeno la ha llevado a nuestras trincheras un evadido. Es un «camuflage» tras el cual siguen escudándose las baterías rebeldes.

El «camuflage» sigue apareciendo y desapareciendo sobre la meseta de «La Novia del Viento». Los soldados, a fuerza de costumbre, no dan a esta superchería de guerra más que un valor objetivo desde el punto de vista puramente militar.

Pero la casa fantasma se ha hecho famosa en la retaguardia. En varias ocasiones el «camouflage» ha sido destrozado por la furia de las granadas de nuestros cañones. Cuando ha vuelto a reaparecer, muchos soldados se han ofendido para ir tras ella y destrozarla con bombas de mano.

A la casa y a cuantos en ella se cobijan y escudan, ya les llegará el momento. La actividad continúa en estos días en todas las líneas del Sur del Ebro. Los puños de hierro de las avanzadas siguen abriéndose camino a duros golpes sobre las posiciones de los traidores.

XI

Desde más arriba del término municipal de Muniesa, los límites de nuestra línea de guerra se comban hacia el suroeste, hasta Vivel del Río Martín. La divisoria se ciñe a este pueblo después de salvar montañas de agreste conformación que dan entrada, de una parte, a los valles del Bajo Aragón, poblados de plateados olivos, de viñas y gigantes higueras; por otra, a las tierras accidentadas y frías del centro de la provincia de Teruel, ricas en minas y ganados.

La carretera que de Vivel del Río parte para las llanadas de Alcañiz, Puebla de Híjar e Híjar, para ir a desembocar en la vía general Zaragoza–Barcelona, está heroicamente defendida. De los pueblos del Bajo Aragón afluyen a la divisoria que separa el terreno leal del sojuzgado por la barbarie fascista, las fuerzas que tienen a su cuidado la vigilancia de este sector, cuchillo que avanza hacia las comunicaciones de Teruel con Zaragoza y Calatayud a

muchos kilómetros de la ciudad de los Amantes. Puntos de referencia de toda esta tierra son, según se desciende hacia Teruel, la Sierra de San Just, en el distrito de Montalbán, entre Montalbán y Aliaga, y las estribaciones de Sierra de Gudar, en la parte cercana a Cedrillas.

Una férrea tenaza cierra sus brazos sobre Teruel. Un brazo aprieta por encima de Celadas, punto estratégico sobre las vías de comunicación –ferrocarril y carretera– que utilizan los facciosos; el otro avanza por el otro lado, desde los montes de Albarracín. El eje de la tenaza se centra en las posiciones de los pueblos del Sur de Teruel.

Desde Albarracín la línea traspasa los términos de los pueblos de Torres, Tramacastilla, Rayuela, Saldón, Bezas, Rubiales, Villel, Aldehuela, Forniches Alto, Forniches Bajo, Valdecebro, Tortajada, Villalba Baja, Cuevas Labradas, Peralejos, Alfambra y Perales de Alfambra. Eje y brazos de la tenaza son estos pueblos de Teruel. En varios pueblos de la sierra de Albarracín se lucha duramente desde hace días. En la misma ciudad de Albarracín se ha venido luchando en las calles para aniquilar los últimos vestigios de la dominación fascista, que alienta y se revuelve a la desesperada, en los edificios más representativos de su carácter de población levítica y feudal. Nuestras armas atacan al cuartel de la Guardia Civil, la Catedral y los edificios del Palacio Episcopal y del Seminario.

Resistencia inútil, la obstinada que ofrecen en estos puntos

de la ciudad de Albarracín los facciosos. Siguen su táctica de refugiarse en los momentos más comprometidos, en los edificios que, como la Catedral, bello conjunto de venerable arquitectura románica con añadidos de gótico primitivo, siempre despierta en nuestros soldados el dolor de causar destrozos en una de las reliquias de la riqueza arquitectónica de nuestra Patria. Para ellos [los sublevados] esto no es nada. Su guerra es la barbarie y la tentativa de implantar la barbarie para siempre en toda España. Si España no ha de ser para ellos –no lo será– que se hunda en las ruinas y la destrucción.

Así puede resumirse la expresión de su salvaje mentalidad.

Caerá la Catedral, y los cuarteles y los edificios donde en vano los facciosos de Albarracín pugnan por escapar de la inexorable justicia de nuestras armas. Y caído Albarracín en nuestro poder, los caminos de la dominación de Teruel, por nuestros soldados, están libres.

Bastará unir los dos brazos de la tenaza de hierro sobre Celadas.

Las tierras de Teruel dentro de sus límites provinciales alcanzan una extensión de 14.818 kilómetros cuadrados, con unos 246.000 habitantes.

Aproximadamente, si dividimos tal extensión en cuatro partes, tres de éstas son tierra fiel al Gobierno de la

República. Unos pueblos porque permanecieron fieles a la legalidad republicana desde los primeros momentos de la sublevación fascista. Otros porque han sido liberados por nuestras armas. Únicamente un distrito, en la totalidad de sus pueblos, el distrito de Calamocha, está en poder de la facción.

Las demás tierras o están bajo el fuego de nuestra acción ofensiva o se debaten incansablemente para ganar la guerra y ahuyentar el peligro de la esclavitud en que quiere sumirlas el fascismo.

En líneas generales hemos trazado la situación de nuestras armas en todos los sectores del frente de Aragón. Desde las cimas del Pirineo hasta las avanzadas de Teruel. Más de cuatrocientos cincuenta kilómetros de frente.

Importa destacar, sobre todo, la transformación que se ha operado en las fuerzas populares que voluntariamente, desde los primeros momentos, se lanzaron a las tierras de Aragón para liberarlas de mesnadas fascistas, que traidoramente les habían impuesto el yugo. El ejército del Este, lo diremos con las propias palabras del heroico general Pozas, que lo manda, es un gran ejército, valiente, aguerrido y disciplinado. Constituye, y el tiempo y los acontecimientos confirmarán esta afirmación, uno de los elementos decisivos para el logro de la victoria por la cual todos nos sacrificamos y luchamos. Aragón, como los soldados que en su tierra combaten, es una de las columnas más firmes de nuestra

ofensiva por la liberación de nuestros destinos y de nuestros hogares de las garras extranjeras y para el triunfo de los intereses e ideales de nuestro pueblo.

XII

El mismo proceso de integración que se ha operado en las masas de combatientes, que, desde los primeros momentos de la insurrección militar, se lanzaron, como un torbellino, como una fuerza ciega de la Naturaleza, a la lucha, en todos los puntos del país, donde el enemigo presentó frente de guerra abierta, se ha operado en Aragón.

El pueblo, en todas las latitudes de la España leal, ante la agresión de los militares insurrectos y de los fascistas, en su mayoría emboscados traidoramente en los organismos del Estado, se encrespó y fulminó su cólera de siglos de opresión y de angustia contra sus enemigos. El brazo del Estado que tenía a su cuidado la defensa de la Patria y del Pueblo –el Ejército– se alzaba contra el pueblo, aliado con la Iglesia, con la Magistratura, con la Policía, con los terratenientes, con la burguesía, con la plutocracia y las fuerzas todas que controlaban las finanzas y las fuentes de la economía nacional. Toda la máquina del Estado viejo y tradicional se

derrumbaba. Todos los instrumentos estatales, todos los estamentos poderosos de la sociedad española se levantaron contra el derecho del pueblo y de su legítima voluntad de regirse con arreglo a sus dictados.

No eran éstos otros más que los dictados de la civilización y del progreso; no perseguían otro norte que no fuera el del engrandecimiento del país, sobre bases de renovación de todo lo caduco y antihumano que le oprimía y cegaba el curso de las posibilidades de una justicia social, cuyos postulados vanamente se proclamaban por las masas de los trabajadores y de los elementos progresivos como de indispensable cumplimiento, para que la paz volviese a los espíritus tundidos y atormentados por las persecuciones vesánicas de la negra reacción feudal–capitalista, clerical y fascista, batida por segunda vez en las urnas en las elecciones del mes de febrero de 1936.

A la más infame declaración de guerra, se contestaba con la guerra. El instinto popular tantas veces defraudado en lo profundo de sus ansias renovadoras, por contingencias de todos los órdenes, se aglutinó en bloque compacto para afrontar los combates que se le presentaban bajo el signo de un dilema: o la lucha y con ella la victoria o la muerte, o algo peor que la muerte misma: la esclavitud.

Sin disciplina, sin mandos como una fuerza ciega del destino, se formaron las milicias de la República, el ejército de los trabajadores y de los patriotas españoles, todos

vejados y humillados en lo más profundo de su alma insobornable, amante y celosa de sus libertades.

Con próspera y adversa fortuna –se corrieron todos los albuces– las Milicias desorganizadas y mal armadas en una serie de tremendas batallas fueron templándose como instrumentos capaces para afrontar la guerra. Gradualmente, en la fragua del sacrificio y del más abnegado heroísmo se iba forjando el Ejército del Pueblo. En este proceso de formación, de integración el Ejército Popular, cada día, la necesidad inexorable determinada por los hechos dentro de cada unidad de combatientes, unidades en fáfara, iba creando la conciencia del soldado. Los hechos la iban conformando. Las dolorosas o las prósperas experiencias subrayaban las ineludibles conveniencias de adoptar normas capaces de transformar en todo y por todo las genialidades y los alardes de fuerza de heroísmo personales, o de grupo, en un sistema que fuera a un tiempo resumen articulado de una acción común y escudo y arma ofensiva de la misma. Lenta, pero sobre pasos seguros, se iba imponiendo la disciplina, el instinto de la disciplina, cuyo proceso automáticamente comienza en el instante en que se emprende una obra, sea cual fuere, en la que intervenga el pueblo. No se imponía aquélla como sentimiento irracional de normas cuarteleras al viejo uso, sino por el convencimiento de los hombres lanzados a la común empresa de defender la patria y sus vidas mismas, sus hogares y su trabajo, su derecho a una existencia libre.

Fue el gran caudillo Durruti el primero que, en instantes harto dramáticos para la lucha del pueblo, proclamó con palabras sencillas pero tajantes, la necesidad de la disciplina, y no de una disciplina cualquiera, sino de una disciplina de acero, invulnerable a toda debilidad humana. Y fue aquí, en Aragón, donde aquellas palabras memorables, en cuadro de honor recogidas en todas las divisiones del Ejército Popular, se pronunciaron.

El valor de las excitaciones para que la disciplina de un ejército regular se impusiera como norma y norte seguros de la victoria, a través de los meses de guerra, se contrasta en las condiciones de nuestra lucha en los avatares de la misma. Los combates, las batallas que se libran incesantemente, en su desarrollo y en sus resultados, constituyen los argumentos decisivos para acrecentar y levantar el espíritu de la disciplina en todos los grupos de combatientes. También para poner de relieve la eficacia de la acción sujeta a las normas de disciplina de un ejército regular. Muchas preocupaciones de orden un tanto infantil con relación a la disciplina, se derrumban en los soldados nuestros, hombres todos de paz y enemigos decididos de todo pretorianismo, de toda veleidad militarista, de todo agente capaz de fomentar los instintos guerreros y fratricidas, y sin embargo obligados a la guerra, a hacer la guerra precisamente para preservar la paz de su definitiva muerte.

Con la disciplina en todas las unidades, se afirma –y como concreción suma, ordenadora de la dinámica de las unidades

del Ejército Popular– el mando único. El proceso, cuyas características subrayamos, ha sido rápido. En menos de un año los esfuerzos de todos han creado la realidad magnífica de un Ejército moderno, duro, valiente y disciplinado. En el Norte, en el Sur, en el Este.

El proceso sigue su curso de eficacia en Aragón. Un hombre de los más altos merecimientos, un caudillo militar, el mismo que salvó Madrid en las jornadas gloriosas de julio, de la primera y más desafortunada embestida de los militares traidores, toda vez que el pueblo, en aquella ocasión no contaba ni con armas ni con medios adecuados para la lucha, quien dirigió desde el despacho del Ministerio de la Gobernación la toma de Guadalajara, de Alcalá de Henares y de Albacete, recuperándolos para la República, y la epopeya de la Sierra del Guadarrama, el general Pozas cuida y estimula las virtudes y el valor del ejército a su mando para elevarlo al primer rango entre los más heroicos combatientes que defienden la causa de España y del porvenir de España.

En la lucha el Ejército del Este se ha venido forjando como poderoso instrumento de victoria. Con la disciplina ya ha podido colgar en sus bayonetas los banderines del triunfo.

LA REVOLUCIÓN

XIII

La honda preocupación general por los rumbos de la guerra y sus dramáticas alternativas, no propicia ciertamente ni en los dirigentes de la contienda ni en el pueblo, que con su sangre y su sacrificio la sostiene, momentos de atenta comprobación y de sereno examen de los nuevos fenómenos político–sociales que van cristalizando en los pueblos de la España liberada.

La misma lucha con sus torrentes de vidas inmoladas, sus angustias y sus afanes, no tendría, sin embargo, ningún sentido, si detrás de la empresa iniciada por el pueblo español en las gloriosas jornadas de julio no se viera claramente abierta al futuro una era de paz, de bienestar y de vida digna para cuantos se afanan en los frentes por conquistar a golpes de fusil, heroicamente, un porvenir mejor para el Pueblo, que no quede en mera afirmación programática sino en realidad tangible y perdurable.

Los combatientes que combaten, no luchan, no mueren por abstracciones más o menos brillantes, ni por promesas más o menos halagadoras. Por esto vino luchando todo el proletariado español, todo el pueblo español, durante dos bienios, desde que se instauró la República en España. Los cuidados de la realización de las transformaciones económicas y políticas se dejaron al arbitrio de los partidos que fueron elevados a la responsabilidad del Poder; con ciega confianza, no solamente en la probidad de sus hombres, sino que también en su preparación y capacitación para cumplir las promesas que fueron banderas de los movimientos políticos y sociales desde que la República fue instaurada. ¿Con qué resultado? La guerra que sostenemos da la respuesta, al mismo tiempo que pregona la incapacidad insondable de la mayoría de cuantos han venido interviniendo en la dirección de los públicos negocios. La amarga y gloriosa experiencia de nuestros tiempos, con las miserias de sus orígenes y la grandeza de su desarrollo, en la hora presente, constituye un esquema completo de eliminaciones y de afirmaciones en orden a personas, partidos y procedimientos.

Algo ha muerto en España y algo enorme y magnífico ha nacido. Algo que se desarrolla con la vitalidad impetuosa de un nuevo sentido de la vida, lanzado a realizaciones de gran alcance.

La obra constructiva del pueblo español a lo largo de los meses que llevamos de guerra, no es ciertamente un juego

de experimentaciones y ensayos caprichosos. «Dejemos que manen las fuentes de la originalidad de la Revolución española y el aliento de civilización de nuestra raza», venía a decir en uno de sus memorables discursos el actual jefe del Estado español.

De esta vena, inagotable a través de siglos, de esta vena prodigiosa y fecunda, han surgido cristalizaciones sorprendentes, obras magníficas, instituciones nuevas, y, sin embargo, perfectamente ensambladas con cuanto de vital y aprovechable tiene la tradición española, la tradición popular, en orden a las formas de convivencia social y al concierto económico de cuantos trabajan y producen. Estas obras son las Colectividades. ¿Y por qué no? Las comunidades.

Hemos estudiado cuantas tentativas de transformación económica y social, frustradas en la buena voluntad que presidía sus estímulos, se han llevado a efecto en toda España, desde que fue instaurada la República.

Presenciamos el desarrollo de los vacilantes pasos que para implantar la Reforma Agraria se dieron en diferentes puntos del país con resultado que es de todos conocido, tanto en orden colectivo como en el individualista. El motivo que nos llevó a la comprobación del desarrollo de aquellas tentativas, nos ha llevado ahora a tierras de Aragón.

Hemos visto cómo funcionan las Colectividades

aragonesas. Hemos estudiado su articulación dentro del volumen general de la economía aragonesa, en gran parte fundamentada en las nuevas normas de tipo colectivo. A la vista, y ante la comprobación de este fenómeno de inmensas posibilidades, y realidad tangible y en marcha, como unidad de una nueva economía y de unas nuevas maneras de vivir, sin incurrir en necio sensacionalismo, ni en hipérbole, ni en halago, afirmamos que las bases y el ejemplo de la transformación social por las que luchamos y hemos venido luchando todos los trabajadores, están en Aragón. Quizá en otros puntos de la España leal el espíritu creador del pueblo pueda ofrecer al estudio realizaciones de igual tipo y análogo funcionamiento. Dudo, sin embargo, que hayan sido superadas las realizaciones del pueblo aragonés.

Aragón, en sus pueblos, en sus comarcas, en sus instituciones, es un pueblo de trabajadores emancipados. Y emancipados por obra y voluntad de los mismos trabajadores aragoneses. Sus creaciones no han surgido por generación espontánea. El azar y el capricho no han sido los rectores de este vastísimo movimiento de emancipación civilizadora. Cada pueblo no es un compartimiento autónomo regido por un Comité, como ha ocurrido y aun viene ocurriendo en algunos puntos de la España leal. Es parte de un todo político y económico perfectamente ordenado, en el que se conjugan y traban armónicamente los intereses particulares de los pueblos colectivizados bajo la severa disciplina de un organismo de Gobierno que a su vez ostenta,

y como principal valedor celoso y fiel de sus iniciativas y del cumplimiento de sus mandatos, las prerrogativas y responsabilidades de la representación del Poder central.

En momentos de angustioso peligro y confusión enorme, la Revolución y la guerra a un tiempo conformaron el organismo que rige con mano firme y leal los destinos de la zona aragonesa, en respuesta a una necesidad de la Revolución y de la guerra. Nació el Consejo de Aragón de la voluntad, de la entraña popular, en las mismas trincheras de Bujaraloz en una histórica asamblea presidida por Durruti. Esta misma voluntad lo sostiene y lo sostendrá. El Gobierno de la República no hizo otra cosa más que reconocer una necesidad y una ayuda y la eficacia del organismo creado por las necesidades imperativas del ordenamiento de la Revolución y de la lucha guerrera.

Ahí esta su obra. En ninguna parte de la España leal se cumplen, con el rigor saludable que la guerra y la Revolución exigen, los mandatos del Gobierno de la República, las leyes de la República. Un orden de hierro salvaguarda los comunes intereses del pueblo antifascista, de las intrigas de emboscados y desleales. Sólo así es posible el desarrollo eficaz de las nuevas instituciones de convivencia en sitios plena y magníficamente logradas; en otros puntos, en camino de perfeccionarse y de ofrecer igual rendimiento satisfactorio que en los pueblos donde mejor funcionan.

De ellas vamos a hablar, para edificación de los derrotistas

y estímulo de cuantos por las realizaciones de hoy y de mañana luchan en los frentes de la emancipación de los trabajadores y de la independencia nacional, y en las afanosas colmenas del trabajo sin descanso, en la retaguardia.

XIV

Cuatro aspectos fundamentales ofrece la retaguardia del nuevo Aragón en su expresión de conjunto: Sus nuevos organismos políticos, las normas colectivas que rigen la vida y la economía de los pueblos, la transformación que se ha operado en todos los órdenes de la economía y de la convivencia social, y el clima moral dentro del cual se mueven todos estos nuevos elementos determinantes de una profunda renovación en todo el territorio fiel a la República y a su legítimo Gobierno y en las zonas liberadas por el Ejército Popular de la dominación fascista.

La necesidad de disciplinar la gigante corriente transformadora que desató en todo el país la agresión de militares y fascistas contra el pueblo y sus instituciones, en Aragón fue rápidamente atendida. Toda la máquina del Estado se derrumbó, arrastrada por las fuerzas que participan en el choque: los insurrectos y el pueblo en armas. Urgía, pues, la articulación de las defensas y la puesta en

marcha de la organización de la lucha en todos los terrenos. En el terreno político, en el social y en el económico. En las zonas rápidamente liberadas o fieles al Gobierno había que proceder a desarmar económica, política y socialmente a los coautores de la rebelión y a sus aliados. Tras los primeros meses de confusión y a la vista de las perspectivas que la lucha ofrecía, la necesidad a que nos referimos más arriba imponía atención urgente e inexcusable.

No se podía –la voluntad del pueblo de manera clara lo proclamaba– volver a la restauración de lo que había caído para siempre por ley del destino histórico del proceso revolucionario de España.

Dentro de los amplios cauces del Código fundamental del Estado republicano, las posibilidades de implantar todo un sentido progresivo y renovador reclamaban ejecución inmediata. Por otra parte, el plebiscito de las armas en manos del pueblo para su defensa y la defensa de sus sagrados intereses dictaba un camino a seguir claro y llano.

Mas no bastaba tan magnífica coyuntura para la realización de todo un cuerpo de doctrina constitucional, preciso en sus mandatos. Otras razones de mayor peso aconsejaban proceder audaz y rápidamente al montaje de nuevos organismos capaces, por su flexibilidad y su eficacia, de sacar los máximos rendimientos a la vida del país, a fin de acudir a las exigencias de la lucha. La Revolución y la guerra pronto encontraron los organismos que les habían de dar cauce y

disciplina. El Consejo de Aragón, resumen de las ambiciones renovadoras de todo el pueblo aragonés, en sus diferentes expresiones políticas y sindicales en él representado, se apresuró a organizar, social y económicamente todo el territorio liberado y fiel a la República.

De la misma manera que del torbellino de las improvisaciones, para afrontar la lucha surgieron las gloriosas Milicias, base del nuevo Ejército del Pueblo, en el orden político y económico, otros órganos fueron conformados por las necesidades de cada día, de cada hora, de cada minuto.

Si importante y sorprendente ha sido el proceso de integración de los elementos indispensables para la defensa militar del pueblo español, no menos considerable ha sido el de la nueva integración de los órganos del Estado, derrumbado por la insurrección de todos sus organismos contra el pueblo y la voluntad popular.

La Constitución de la República en su hondo sentido transformador, en sus nobles impulsos renovadores, en la audacia de sus mandatos, por la interferencia de los fenómenos político–sociales que desde 1931 se sucedieron, en el decurso del tiempo no llegó a tomar cuerpo de realidad en la vida del país. Al estallar el movimiento insurreccional fascista, la Ley del pueblo, agredida y amenazada de destrucción definitiva, ha impuesto sin exagerarlos, sus principios, la realización de todos aquellos mandatos

relativos a la transformación política, social y económica cuyo proceso de articulación y orientación amparan y estimulan las bases constitucionales.

Se le dio la autonomía a Euzkadi. Se reafirmó el régimen autonómico de Cataluña, con nuevas atribuciones. Se creó el Consejo de Aragón, organismo de Gobierno que, sin ostentar el mismo rango autonómico que los gobiernos de Cataluña y Euzkadi, ha venido actuando con el sentido de eficacia y de rapidez que la acción directa impuesta por las circunstancias exigían, para relevar al gobierno central de atenciones regionales y locales.

Por otra parte resume este organismo rector, además de la plenitud de autoridad democrática que le confiere la participación proporcional en sus departamentos de todos los sectores antifascistas, políticos y sindicales de Aragón, el instrumento de la futura autonomía del país aragonés y la reafirmación de las libertades aragonesas de tan rancio abolengo en la civilización y en el derecho. Aragón perdió como país libre las prerrogativas de sus venerables instituciones populares en el curso de la Guerra Sucesión, bajo la tiranía unitaria y centralista de los Borbones. No ocurrió este desventurado acontecimiento sin lucha. La sangre del pueblo aragonés corrió a torrentes en aquel tristísimo avatar de la vida de nuestra nación.

El Consejo de Aragón reinstaurado es en ciertos aspectos el instrumento de la vida autonómica del pueblo que rige. Su

Presidente ostenta la responsabilidad y las prerrogativas de Gobernador General de Aragón y de representante supremo del Gobierno Central. Al lado del Presidente del Consejo de Aragón, están los consejeros de los departamentos que tienen a su cuidado la ejecución de toda orden rectora de las diferentes materias de su competencia.

Las Consejerías son las siguientes: Agricultura, Abastos, Economía, Cultura, Justicia, Obras Públicas, Información y Propaganda, Trabajo, Transportes y Comunicaciones, Sanidad y Asistencia Social, Industria y Comercio y Hacienda.

El Presidente y el consejo residieron primeramente en Fraga. Residen ahora en la histórica ciudad de Caspe.

Todo el pueblo aragonés unido y compacto está al lado de su Consejo. La labor de organización de la vida aragonesa sobre la base de las exigencias de la guerra y de la transformación que ésta impone, realizada por el Consejo, es considerable.

El territorio de Aragón es de una extensión superficial de 47.391 kilómetros cuadrados. Su población total es de un millón de habitantes. De esta extensión superficial cerca de tres cuartas partes son tierras leales a la República. Un trozo considerable de la cuarta parte de Aragón está bajo el litigio de la guerra.

Cerca de seiscientos pueblos del país aragonés bajo la

autoridad del Consejo de Aragón realizan su obra de transformación local y de ayuda decidida para ganar la guerra.

A instancias de las exigencias generales se procedió a la división económica de toda la zona aragonesa en comarcales. La idea no era nueva. Tenía en Aragón un hondo arraigo desde que se iniciaron los movimientos de tipo económico que especialmente animaron, durante un cuarto de siglo, Joaquín Costa y sus amigos. Mas este movimiento, concretamente conocido por la frase aquella del pensador de Graus, «política de calzón corto», ofrecía en el tiempo en que se desarrolló todas las características de una cruzada reaccionaria, apoyada en los productores y comerciantes medios. Ahora, aquellas directivas que nunca, ni siquiera como muestra de un avance tímido en la transformación de la sociedad española, influyeron en la realidad de los pueblos aragoneses, se desenvuelven si no en la plenitud de su sentido, sí en un clima preparado para reformas de mayor envergadura, no apoyadas en las clases medias y en sus intereses sino en los intereses de las masas proletarias. La auténtica política de calzón corto comienza a influir en Aragón.

La división por distritos judiciales era arbitraria, ajustada al régimen político de la monarquía y a sus conveniencias. La capitalidad de estos distritos tenía un carácter político y económico de opresión. En ella residían todos los resortes de tiranía del régimen monárquico con sus servidores y sus

lacayos. A la sombra de las instituciones del estado monárquico se cobijaban las más destructoras ruines especies de caciques y pequeños tiranos, de abogadillos sembradores y estimuladores de pleitos, señores de vidas y haciendas y, desde luego, árbitros de la pública tranquilidad. A este concepto político de la capitalidad de las comarcas, se ha opuesto el concepto económico. En algunos distritos la capitalidad ostentaba en lo político y en lo económico un punto de coincidencia. Por eso, no perdía su carácter de nido de tiranías y su clima propicio al desarrollo de las más despiadadas persecuciones contra los humildes, contra el pueblo trabajador, contra los ciudadanos justos y dignos amantes del progreso y de la libertad.

Las Comarcales del territorio de Aragón ascienden a veintiuna.

Antes de que se procediera a la afirmación de esta división ordenadora en gran número de pueblos, se había establecido por acuerdo de la mayoría de sus vecinos, como régimen económico de organización y convivencia, el colectivo.

Cada Comarcal constituye una Federación de colectividades, regida por una Comisión Administrativa democráticamente elegida por las colectividades de los pueblos de la demarcación. La Comisión Administrativa regula la vida económica en todos sus aspectos y la marcha de las colectividades. Éstas y las Comisiones administrativas

de las Comarcales, centran sus actividades en orden a la organización de las explotaciones de la riqueza del país aragonés, bajo la dirección de un organismo superior; la Federación Regional de Colectividades de Aragón, cuyos miembros directivos también están elegidos democráticamente por la base de las organizaciones colectivistas. La Federación Regional de Colectividades está en estrecho contacto con los departamentos de Economía y Agricultura del Consejo de Aragón, que son enlace directo con el propio Consejo y por extensión con el representante del Gobierno de la República, a los fines nacionales de la economía y de la producción en general.

Cada comarcal, por medio de su Comisión administrativa, de atribuciones puramente ordenadoras de la economía, se apresuró a poner en función de eficacia y de rendimientos los nuevos organismos locales: las colectividades. ¿Dificultades para la realización de esta empresa? Muchas... Mas al año de su funcionamiento se pueden presentar, como ejemplo de organización, de laboriosidad, de responsabilidad y de vida próspera, muchas comarcales y muchas colectividades en todo Aragón. Las realizaciones perfectas, dentro de los inconvenientes y contracciones económicas que la guerra impone, sirven de lección y de estímulo a todos los trabajadores aragoneses.

Cuando se conozca en toda España la inmensa labor de transformación realizada en Aragón, se considerará poco menos que un sueño.

Todos estos elementos e instrumentos de Gobierno y ordenación de la economía están fuertemente articulados dentro de una disciplina de retaguardia responsable que trabaja y lucha casi junto a las trincheras.

En el mismo clima moral se mueven los combatientes, los gobernantes y los trabajadores. Cada uno en su puesto se afana incansable en la tarea urgente de ganar la guerra y de reconstruir la economía. Saben que una economía fuerte y una producción superada, son armas decisivas para ganar la guerra y afirmar una era de bienestar y de paz próspera en todo el país.

XV

Condiciones tradicionales en cierta manera, propiciaban la instauración de las formas de convivencia y trabajo colectivos. Aragón ha sido, entre todas las regiones de España, una de las menos castigadas por los expolios de los bienes comunales y montes propios, por parte de caciques y desaprensivos. Al estallar la guerra se acabaron todos los litigios de las municipalidades con los particulares que, por malas artes, se habían lanzado al robo más o menos disimulado de los bienes comunales de los pueblos. Automáticamente, lo que era del pueblo pasó a sus manos y a su libérrima disposición. Al volumen de tierras y propiedades que por este procedimiento, plenamente justo y equitativo, pasaba a disposición de las Colectividades en formación, había que añadir las tierras de los facciosos incautadas con arreglo a las leyes de la República. Las Colectividades, desde sus primeros pasos, pudieron manejar grandes extensiones de tierra para su explotación. Los pequeños propietarios, instintivamente, sintieron sus

intereses desplazados hacia la masa de intereses que acababa de articularse mediante la colectivización. Hablar de los recelos de los pequeños propietarios ante la transformación tan rápidamente operada, es cosa justa, porque respondió a una realidad. Responde aún, aunque el número de recelosos es cada día más limitado, a pesar de las actuaciones irresponsables de algunas gentes empeñadas en perturbar la marcha de las colectividades.

Nadie tendrá la pretensión de que las generaciones más viejas de los pueblos acepten sin recelo las innovaciones, por poco audaces que sean. Mas a lo largo de un año, en que se han podido apreciar los beneficios de la convivencia colectiva, la mentalidad de los labradores cambia, y éstos solicitan el ingreso en las Colectividades, dispuestos a ocupar el puesto de trabajo y responsabilidad que les corresponda.

Las solicitudes se estudian detenidamente. No puede ser colectivista en muchos pueblos, sobre todo en aquellos donde es más próspero el desarrollo de la Colectividad, por las condiciones de riqueza o por la mayor área de extensión de su suelo, quien quiere, sino quien lo merece.

Esto en cuanto a la tierra. Los organismos de intercambio, del comercio en general, también en algunos pueblos están totalmente colectivizados, aunque existe plena libertad para la iniciativa de los comerciantes. De la misma manera que existe libertad absoluta para el individualista.

Mas al lado de esta libertad existen también las Cooperativas en la mayoría de los pueblos, que hacen del intermediarismo y del comercio libre una institución prácticamente caducada.

Lo mismo ocurre con los oficios y con la artesanía, cuyos representantes, por lo general, han sido los primeros colectivistas.

Las Colectividades y coordinación Comarcales se rigen por procedimientos escrupulosamente democráticos de abajo arriba. Por esto tienen una autoridad que no se atreven a discutir más que los elementos –limitada minoría– que a la sombra del caciquismo histórico medraban, como lacayos o instrumentos de los caciques, explotando en propio beneficio y contra los intereses generales del vecindario, a los pueblos.

Los nuevos organismos económicos para nada se interfieren en lo que podríamos llamar marcha política de los pueblos. Los Consejos municipales funcionan con rigurosa normalidad. Constituyen la autoridad normal en funciones con sus prerrogativas y sus mandatos.

Las Colectividades, por medio de sus organismos de tipo ejecutivo, sólo se preocupan de trabajar y de producir, de elevar, moral y materialmente, el nivel de vida de todos los colectivistas y de atender con celo inigualado las necesidades de la guerra.

XVI

Cerca de seiscientos pueblos, en todo el territorio aragonés fiel a la República desarrollan su vida de actividad y de nueva reconstrucción de su riqueza y de las posibilidades de la misma, bajo la orientación de las Comisiones Administrativas de las veinticinco Comarcales de Aragón.

El número de colectividades UGT o CNT en función de rendimiento es de cuatrocientas cincuenta. El promedio de tierra colectivizada en la extensión superficial de todo el Aragón libre, rebasa el setenta por ciento.

La mayoría de los habitantes de Aragón –pasan de los 433.000– es colectivista. El número aproximado de colectivistas sobre el total de habitantes asciende a 300.000. Los partidarios de la economía individual, según los modos tradicionales dentro de cada pueblo, constituyen una minoría, que tiende a acentuar su expresión minorista, a

medida que se comprueban los resultados prácticos de las colectivizaciones.

Este es el fenómeno que ofrece la realidad de las comarcas aragonesas, en los límites del cumplimiento de un año de guerra y de Revolución, fecundamente encauzada hacia realizaciones nuevas, que aseguran una vida mejor para los trabajadores, para todos los productores en general, y cimentan la seguridad de un porvenir próspero y feliz para nuestra Patria. La vieja monserga de que España es un país eminentemente individualista y contrario a toda forma de convivencia común, cae por su base ante el examen de este fenómeno. Los enemigos jurados de toda transformación, los beneficiarios de una contextura social, política y económica como la que se derrumbó por su propia descomposición interna el 18 julio, podrán dogmatizar ahora, a propósito del rabioso individualismo español. La proximidad a la tierra donde vivió y murió Joaquín Costa, nos trae a la memoria sus estudios sobre las Colectividades agrarias en España. Es ésta una obra que la actualidad reclama desempolvar de los estantes.

Porque allí se encuentran los antecedentes y los augurios del gran fenómeno social y económico de que nos ocupamos. La superestructura social y política impuesta al pueblo español desde hace muchos siglos por el feudalismo cesarista y monárquico, que ha sido como un corselete inquisitorial para el natural desarrollo de las instituciones populares y para el espíritu de creación del pueblo, llegó

hasta casi aniquilar la naturaleza de la vida española. No digamos nada del pensamiento y la cultura de nuestro pueblo, salvado de las hogueras y de los riesgos de una perpetua ilegalidad, gracias al sacrificio de millares y millares de conciencias libres, enemigas de la ortodoxia oficial en todos los órdenes, en el político, en el económico, hasta en las meras formas externas de la vida.

La guerra y la Revolución han desatado el caudal inmenso de las fuentes de creación revolucionaria del pueblo español, enriquecido por los arrastres de lo mejor de nuestra tradición y aleccionada por las experiencias de nueva construcción realizadas en otros pueblos. Y aquí, una vez más, se acusa el carácter de la Revolución española, que es genuinamente española en sus orígenes, en su desarrollo climático y en sus fines, en sus expresiones internas y externas y en sus órganos políticos y económicos. Hasta en su dimensión de universalidad. La Revolución española no verá desvaído su carácter recio y firme de Revolución impulsada por una cultura y una civilización autóctonas. No podrá perderlo jamás. La libertad, en su suprema categoría, como bien supremo de la vida del hombre, prevalece y prevalecerá por encima de todo, en todas sus creaciones.

XVII

Bajo este signo y con estas características, las realizaciones prácticas de la Revolución española ofrecen en Aragón, en muchos pueblos de Aragón, modelos que no dudamos en calificar de arquetipos.

A cuantos quieran conocer los fenómenos de creación que se han operado en España, una vez iniciadas la Revolución y la guerra, les recomiendo que visiten Graus. Sin cicerones ni parciales panegiristas. Sólo con sus ojos y sus oídos. Orillas del Cinca arriba, pasadas sus verdes vegas, salvarán la barrera de montes altísimos, guardianes de los valles del Pirineo.

A la derecha del camino, ya cerca de Graus, el gigante embalse del Pantano de Joaquín Costa refleja, en su vasta superficie de aguas verdes, un paisaje de litografía de plácidos lagos suizos. Junto al Ésera, arrullado por su canción de agua de nieves, está el pueblo de Graus. Nunca estuvo

dormido. Pueblo laborioso y progresivo. ¡La sombra de Costa! Aquí vivió sus años de largo estudio y de expresivas cóleras de sueños de cirujanos de hierro, para salvar el país al que amaba de una manera desordenada y tremenda. De todo esto queda sólo el recuerdo en este pueblo, y un resto de veneración obligada por la presencia, en la mejor calle, del monumento dedicado a la memoria del polígrafo aragonés. Otros cuidados más perentorios, otros estímulos más apremiantes solicitan la laboriosidad y el pensamiento de los vecinos de Graus.

Graus vendrá a tener unos 3.300 habitantes. Fue capital de partido. Es, en la actualidad, capital de la comarca de su nombre, que consta de treinta y nueve pueblos. A todos estos pueblos les brinda el ejemplo de sus creaciones, de sus desvelos y de su nueva vida. El número de sus vecinos es de unos setecientos. Todos pertenecen a la Colectividad, salvo ciento sesenta. De éstos, muchos han solicitado el ingreso, y están pendientes de que se les conceda.

Tierra, molinos, ganados, comercio, transporte, talleres de artesanía, talleres de alpargatería, avicultura, profesiones liberales, están bajo las normas colectivas. El pueblo es un todo económico al servicio del bien común y los intereses colectivos.

Hay trabajo para todos. Para todos hay bienestar. La miseria, la esclavitud han sido aventadas de este pueblo. Con ellas han desaparecido las lacras todas que consumían la

energía de los pueblos españoles, su capacidad y sus posibilidades económicas, y hacían imposible una existencia digna y libre.

En la ladera del monte que respalda el pueblo contra cierzos y ventiscas, la enorme fábrica, verdadera fortaleza agresiva y dominadora, de la Iglesia, muestra en su campanil de aire castrense, los vanos de las campanas, vacíos.

Una potente sirena regula la vida del pueblo, las horas de trabajo, de refrigerio y de descanso. Las campanas que antes tundían el aire delgado de este valle han sido fundidas para atender las necesidades de la guerra.

El pueblo vive y trabaja con la obsesión del perfeccionamiento de sus creaciones y de multiplicar la producción y el rendimiento del trabajo para ganar la guerra. Una disciplina de hierro, unánimemente aceptada, defiende el bien común. El Concejo municipal, constituido por nueve concejales; los miembros de la Comisión Administrativa de la comarca de las Colectividades, los directivos de las Cooperativas, son los primeros en el trabajo, como son los primeros en la responsabilidad. Ser vecino de Graus es pan seguro y trabajo seguro. Trabajo alegre y libertad.

Se constituyó esta Colectividad en el último mes de septiembre. Sus medios de riqueza para la explotación colectiva globalmente ascendían a dos millones. Se empezó por el acuerdo, celosamente cumplido, de racionar a todos

los vecinos con arreglo a un tipo de consumo suficiente, pero severo. La guerra imponía este sacrificio y los colectivistas de Graus se abrazaron a él con el mejor espíritu. La experiencia era de vasto alcance. Por esto se fijaron tipos de asistencia en metálico bajos, pero suficientes, porque la vida económica de la población y las transacciones comerciales estaban plenamente controladas, de suerte que el «standard» de vida no podía desnivelarse por las oscilaciones de la especulación. Cada familia de dos personas recibe seis pesetas diarias. Aparte, dos pesetas y seis reales, respectivamente, por cada individuo más o niño. Los dos millones iniciales por el trabajo y la buena dirección se han convertido, en la caja de la Colectividad, en dos millones doscientas veinticinco mil pesetas, cuando aun no han sido recogidas las principales cosechas de los campos.

Precisamente, en el día de mi visita a la Colectividad, iba a celebrarse Asamblea general. El secretario y gran animador de estas realizaciones, compañero Emilio Portella, al dar cuenta del desarrollo de los trabajos colectivos, me entregó la nueva propuesta de nómina para los colectivizados y asimilados de la Colectividad de Graus, que la Asamblea aprobó después.

Es esta:

PROYECTO

BASES PARA CONFECIONAR LA NÓMINA DE TODOS LOS

COLECTIVIZADOS O ASIMILADOS DE LA COLECTIVIDAD DE GRAUS

Caso individual

Comedor con lavado de ropa (gratuito).

Caso de que no trabaje y por causas justificadas 1 pta.

Caso de que trabaje (edad de 14 a 18 años), $1 + 1,50 = \dots$
2,50

Caso de que trabaje (edad de 18 años en adelante) $1 + 2,50$
 $= 3,50$

Tarifa para los casos no individuales

Base (núcleo de dos familiares) que siempre serán los que trabajen dentro de esa familia 6 pts.

Por cada uno que exceda 1

Plus de trabajo

(Para todos los constituidos en hogar de familia):

Individuos de 14 a 16 años (período de aprendizaje)
..... 1,50pts.

Individuos de 16 a 18 años 2

Individuos de 18 años en adelante 3

Los domingos el plus para los que trabajen será el doble.

Más que el comentario y la exposición de aspectos de la obra en marcha de la Colectividad de Graus, dice en su favor y a favor de las normas colectivas el siguiente promedio de beneficios y haber diario de una familia colectivista, escogido al azar entre las notas estadísticas de la Secretaría de la Colectividad:

PROMEDIO DE BENEDICIOS Y HABER DIARIO DE JOSÉ ESPUGA, DE GRAUS.— *Familia*, 5

Fincas: Una huerta en propiedad, un olivar arrendado y una casa arrendada.

INVERSIONES

Huerta

15 arrobas patatas, a 4,50 pesetas 67,50 pts.

Un doble de ordio 6

En plantas..... 5

Estiércol, 40 cargas, a 2 pesetas 80

Un saco de abono 9167,50

Olivar

Una yunta para labrar . 15 pts.

Arriendo 30 45

212,12

Casa

Arriendo 13,20 pts.

Luz, a 1,10 ptas. al mes 26,20 39,40

Asistencia médico-social

Iguala médica 12 pts.

Farmacia..... 25

Protectora 18 55

PRODUCTOS

Huerta

150 arrobas patatas, a 4,50 675 pts.

13 dobles de ordio, a 6. 78

Rendimiento plantas 20 por 1 100

Cerdos producto huerta 300 1.153,00.

Olivar

8 dobles olivas, a 4 pesetas 32 32 pts.

JORNALES

72 jornales, a 6 pesetas 432 pts.

8 jornales siega, a 12 pesetas 96 528

Total pesetas 1.713

Total de las inversiones 306,90.

Restan pesetas 1.406,10

Haber diario antes del 19 de julio, 3,90 pesetas.

Haber diario hoy, 10,35.

Diferencia en más, 6,45 pesetas.

Pues bien: después de estos datos y referencias no hemos hablado aún de las creaciones de la Colectividad de Graus.

XVIII

En Graus ha cambiado hasta el aspecto externo de la población bajo el régimen colectivo. La sorpresa suspende el ánimo ante la comprobación de este hecho. Y la pregunta surge en la mente del observador: ¿Pero es posible que en el plazo de once meses haya cristalizado, en realidad venturosa, lo que para las masas a trabajadoras del país sólo era un sueño?

Una calle ancha y limpia. Las fondas, los establecimientos públicos, pregonan, en sus muestras, la nueva era del colectivismo. Los comerciantes trabajan en común en las Cooperativas. Los barberos, los carpinteros, los cerrajeros, los transportistas, los alpargateros, todos están unidos por los fuertes vínculos económicos de los comunes intereses, por el trabajo común y por la hermandad más estrecha.

–Lo mejor de todo esto –me dicen– es que, eliminados los caciques y reducida su influencia en los destinos del pueblo

a cero, se ha logrado eliminar las competencias profesionales y las envidias, que en un régimen individualista suelen ser la sal que todo lo amargaba. Por ejemplo, los sastres. Aquí no se podían ver entre sí. Lo mismo ocurría con los practicantes y con los barberos; entre los maestros, entre los médicos. Nada digamos de las competencias entre los comerciantes de todas clases. Todos estos venenos han sido eliminados con la práctica de las normas colectivistas. Los antagonistas en sus intereses de antes, ahora fraternizan en el trabajo. En las asambleas se ve a los representantes de los distintos gremios sostener puntos de vista iguales, sin celos ni envidias. Lo mismo ocurre con los campesinos, con los pastores, con los herreros, con los médicos. Todos trabajan y comen, y todos, por igual, tienen sus necesidades cubiertas.

Ferretería de la Colectividad. Despacho de comestibles de la Colectividad. Fonda de la Colectividad. Herrería de Colectividad. Taller mecánico de la Colectividad. Molino de la Colectividad.

Todas las expresiones materiales, morales y económicas del pueblo están aglutinadas en el todo de la Colectividad.

El trabajo está dividido. Cada gremio, en asamblea, lo marca a cada colectivista. Se pensará que estas asambleas de gremio son un vivero de discusiones. Se habla muy poco. Porque cada uno sabe su obligación y no la rehuye.

Los hombres mayores de sesenta años están eximidos de la obligación del trabajo. Al principio, estos caminantes hacia el ocaso de la vida, andaban remolones ante las audacias de la juventud, que señalaba, por mayoría, las normas colectivistas como regla a cumplir. Temían que les iban a abrumar con trabajo excesivo para sus años. Pronto salieron de su error. Los viejos no debían trabajar. Esta es una de las primeras normas de la Colectividad. Bastante habían trabajado durante su vida bajo el látigo y el despotismo de los poderosos y de los caciques. Los viejos tampoco se avenían al ocio con que se pagaban sus servicios al trabajo constante y penoso, cuyo producto no fue para ellos ciertamente, sino en parte mínima. Entonces, los viejos, en asamblea, acordaron trabajar. Era necesario trabajar para no ser una carga onerosa para los demás colectivizados y para contribuir a levantar el pueblo de su postración, al objeto de situarse a la cabeza de la producción entre los demás pueblos de los alrededores. Para ayudar a ganar la guerra, la edad y los achaques físicos no podían considerarlos los viejos de Graus como impedimento. Entonces formaron los viejos del lugar una auténtica y emocionante Brigada de choque. El pueblo le dio el nombre de «Brigada Internacional».

En pandillas marchan los viejos al campo y establecen competiciones en el trabajo.

Los pobres viven como en un sueño. Y son de los más firmes defensores de la Colectividad.

–Cuando las cosas se hacen bien –me decía uno de estos venerables trabajadores, encorvado sobre el surco de un hortal junto al río– bien parecen. Y aquí, con el régimen colectivo, no hay más que ver.

En efecto, no hay más que tener ojos para ver y oídos para oír. Los progresos sorprendentes de la Colectividad se aprecian fácilmente.

Ya he precisado en cifras en el anterior capítulo, cifras bien elocuentes por cierto, el nivel medio de posibilidades adquisitivas de cada colectivizado, así como también la diferencia en ventajas de cada colectivista con relación a su situación económica antes del 19 de julio, cuando se desenvolvían dentro de normas de tipo individualista. Todos los sábados, los colectivistas van a la Caja central de la Colectividad, firman su nómina y cobran su dinero. En las Cooperativas de la Colectividad adquieren los elementos precisos para su subsistencia. A mayor ahorro, mayor capacidad adquisitiva de los vecinos.

Cuando un colectivista decide casarse, se le da una semana de vacación con los haberes corrientes, se le busca casa –las viviendas también están colectivizadas– y se le facilitan muebles por medio de la correspondiente Cooperativa, muebles cuyo valor amortiza con el tiempo sin ningún agobio. Todos los servicios de la Colectividad están prestos a la llamada de sus necesidades. Desde que el hombre nace hasta que muere, la Colectividad le protege, cuida de sus

derechos y de sus deberes, que por sí mismo fija democráticamente en las asambleas. No surgen discrepancias algunas entre los gremios representativos de las distintas ramas de la producción. El colectivista lo tiene todo al alcance de la mano. Pan, trabajo y medios de perfección y superación.

Los niños son objeto del especialísimo cuidado y de la atención permanente de la Colectividad. No trabajan hasta los catorce años, por ninguna razón ni excusa. Ha terminado la explotación del niño por los propios familiares, obligados en otro tiempo, las más de las veces, por la miseria de los hogares en donde nacieran, a abandonar las tareas escolares antes de tiempo. Las madres y, sobre todo, las mujeres en trance de ser madres, son objeto asimismo de especial trato, sobre todo en el período de la lactancia. Están relevadas de todo trabajo.

Las jóvenes todas trabajan en los talleres en donde se cosen y confeccionan prendas para los combatientes, en los campos o en las oficinas.

Graus todo es una colmena de gentes laboriosas y abnegadas, regida por los toques de la sirena, que marca las horas de trabajo y de descanso a todos los vecinos.

Se podrá quizá colegir de todas estas realidades sencillas que enumero, que un régimen arcádico de la naturaleza del que estudiamos no puede ser duradero y que acaba en estas

formas de convivencia anteriormente esbozadas. Nadie da pábulo a tal reacción crítica. Porque todo esto, con ser mucho, es bien poco.

El régimen en cuestión, régimen de vida, de convivencia y de economía disciplinada, no se asienta en una organización empírica, sino perfectamente ajustada a un sistema de orden técnico.

Varias horas he pasado estudiando el montaje de la oficina desde donde se rige la vida de la Colectividad en sus múltiples aspectos.

Todas las ramas de la economía comarcal están perfectamente estudiadas en su volumen inicial, en su desarrollo, en las posibilidades de este desarrollo. Y no por un procedimiento de ojo de buen cubero, sino con arreglo a la exigencia del más depurado rigor estadístico.

Cuando el secretario general de la Colectividad, compañero Portella, me llevó al departamento de estadística y tiro de fichero, para informarme de un modo preciso de la marcha de los trabajos y de las cifras de producción de todo el pueblo, estuve a punto de desvanecerme. Ya podría darse por satisfecho el organismo del Estado que mejor funcione, el que disponga de funcionarios más competentes y preparados, el más riguroso en la precisión [sic: concreción] de cifras, con parecerse algo a la Organización de la Colectividad de Graus. A cuantos

acojan esta afirmación con escepticismo, me permito aconsejarles que comprueben la absoluta certidumbre de ella sobre el terreno.

Todo está sistemáticamente organizado. Cada rama de la producción tiene su fichero con los datos exactos de su desarrollo y de sus posibilidades al día, a la hora. De esta manera nada se desperdicia y todo alcanza el punto máximo de una ordenación segura y real. Sin este rigor en la sistematización en todos los órdenes, ¿se hubieran podido llevar a cabo las gigantes obras de reconstrucción que ha realizado la Colectividad de Graus? Desde luego, no.

Merced a ella, junto al pueblo, se ha levantado una granja modelo para el ganado de cerda, que alberga cerca de unos dos mil animales de distintas edades y razas.

Sabido es que el cerdo es en Aragón, como en muchos puntos de España, uno de los elementos básicos de la economía familiar. La matanza del cerdo es una institución hogareña del más rancio abolengo.

Cuando llegue el invierno cada vecino de Graus tendrá un cerdo, como una de las bases de su subsistencia. La granja está montada don arreglo a las exigencias de las más modernas instalaciones. Los animales tienen duchas y los cuidados todos que el tratamiento científico del ganado requiere. Pregunté a los compañeros que están al cuidado de la granja y a los que la han montado, de dónde tomaron

el modelo. Me afirmaron, sin darle gran importancia, que al iniciarse esta obra, estudiaron y discutieron detenidamente distintos modelos y que optaron por fin por un modelo norteamericano, igual al de las granjas porcinas de Chicago.

En otro punto de las afueras de la población ha sido levantada otra granja avícola, dechado de organización y laboratorio de experiencias muy satisfactorias. Ocupa una gran extensión de terreno, todo un antiguo huerto y jardín. Las más varias especies de aves domésticas se agitan en los departamentos de la granja. Cerca de diez mil ejemplares piensan tener en pleno rendimiento para el próximo otoño. Ahora albergaban los pabellones de la granja seis mil.

Todo es nuevo y magnífico. Todo ha sido instalado con arreglo a las exigencias más agudas de la técnica y de la experiencia de esta técnica.

El director de la granja ha inventado una nueva incubadora de mayor rendimiento que las conocidas. Millares de diminutos polluelos se agitan en las cámaras dotadas de calefacción. Centenares de patos y ocas. Centenares de pollos y gallinas cuidadosamente clasificados. Es una granja, como la del ganado porcino, de película.

De todas las comarcas de Aragón van a tomar modelo. Graus es un lugar de peregrinación para los trabajadores aragoneses y una escuela de reconstrucción económica y moral de nuestra Patria.

Se han desvelado en sus vecinos todas las potencias creadoras. Funcionan sus magníficas escuelas –llevan el nombre de Joaquín Costa– y una biblioteca con un catálogo que es índice de las obras más modernas sobre los temas más diversos de las disciplinas intelectuales. Cuenta la Colectividad con una imprenta y una librería.

Se ha creado una escuela de Artes y Oficios, en donde cursan estudios más de sesenta jóvenes de la localidad, y se ejercitan en el aprendizaje de las distintas Técnicas de las Artes y de los Oficios todos.

En el mismo edificio de la Escuela de Bellas Artes y Oficios, ha sido instalado un museo de obras pictóricas, escultóricas y de talla en madera, así como también de objetos valiosos de valor artístico e histórico.

Graus atiende, en gran parte, las necesidades de una colonia de niños refugiados, con sus maestros, instalada en un gran palacio con dilatado jardín cercano a la población. Mima y atiende a cerca de cien niños y niñas, procedentes de las zonas de guerra de Madrid, del Bajo Aragón y de otros puntos cercanos a las líneas facciosas. Mantiene a más de cincuenta refugiados.

Figura en cabeza, ante cualquier requerimiento de las necesidades de la guerra, entre todos los pueblos de Aragón. Ha arreglado sus caminos.

Estudia las posibilidades de explotación de algunas zonas de su comarca, ricas en minas de carbón y de piritas. Funcionan sus industrias al máximo rendimiento, dentro de unas bases económicas perfectamente normales.

Ha construido un nuevo molino con modernísima instalación. Ha adquirido moderna maquinaria agrícola, entre la que destaca un modelo de máquina trilladora novísimo.

Ha industrializado los aprovechamientos de la ganadería, ha transformado, en suma, por las normas colectivistas la vida del pueblo y lleva camino de transformar la vida de todos los pueblos de la comarca de su nombre. Ha hecho la Revolución.

—Por cierto —me decían— que la confusión, sin duda, que supone el montaje y reajuste del Estado, después del derrumbamiento del 18 de julio ha impedido el cobro, por parte de Hacienda, de los impuestos con que hemos de contribuir a la atención de las cargas específicas del Estado. En la Caja de la Colectividad tenemos hecho el cálculo de lo que corresponde pagar al pueblo de Graus. Como se puede comprobar aquí, pensamos en todo y nos anticipamos a todo. Esperamos que vengan a cobrar.

Entre las muestras de los establecimientos colectivos de Graus campea una gran placa de letras doradas y pretenciosas que pregonan que allí hay un Banco. El Banco

no funciona. Sus funcionarios están en la Colectividad trabajando activamente. Por la Caja comunal se realizan todas las operaciones con el exterior. Su crédito es ilimitado. Por cierto que en los primeros días de la guerra y la Revolución fueron quemados algunos documentos del establecimiento bancario por grupos de infantiles destructores.

Posteriormente algunas casas y fábricas de distintos puntos que tenían relación comercial con vecinos de Graus, han reclamado deudas a vecinos del pueblo que figuran en las filas colectivistas. Se ha comprobado la justicia de la reclamación y la Colectividad, por medio de su asamblea, ha dictado órdenes terminantes, nada revolucionarias por cierto, que revelan el espíritu de nobleza y de lealtad de los vecinos colectivistas de Graus.

De lo que ha firmado un miembro de la Colectividad, de la palabra y de la firma de un aragonés, se hacen solidarios sus compañeros colectivistas. Por el buen nombre de todos así se ha hecho en varios casos. El colectivista afectado por la reclamación ya amortizará su deuda gradualmente y sin extorsiones. Así son los colectivistas de este pueblo magnífico.

De sus setecientos vecinos, todos son colectivistas menos ciento sesenta.

Así son muchas Colectividades de Aragón. Sin embargo,

hay que proclamar en justicia que ninguna ofrece un nivel tan alto de perfección como la de Graus.

Otras se aproximan en el buen orden y prosperidad de su marcha a la de Graus: son las de Binéfar, Benabarre, Barbastro, Ainsa, Esplús, Angües, Ontiñena, Alcañiz, Híjar, Puebla de Híjar, Lanaja, Polleruelo de Monegros, Fraga, Monzón y otras muchas. Los pueblos totalmente colectivizados en todas las expresiones de su producción y de su vida económica, son trescientos cincuenta. En los otros existen colectividades e individualistas, en régimen mixto.

Preponderan en número las colectividades puramente agrícolas y ganaderas. La gran industria de Aragón está circunscrita en la zona leal a las fábricas de azúcar de Monzón y Puebla de Híjar, donde bajo la dirección de los obreros se han efectuado normalmente las campañas, en las que se ha logrado un mayor volumen de producción con relación a campañas anteriores.

Lo mismo ha ocurrido en los molinos de aceite, cuya producción se ha desenvuelto con plena normalidad dentro de la organización colectiva, y como las pequeñas industrias de aprovechamiento de la riqueza agrícola y ganadera.

XIX

Con ser importantes las realizaciones de las Colectividades aragonesas en todos los órdenes, el elemento moral en que se mueven, el clima de estas creaciones es factor que impresiona profundamente el ánimo de quien se acerca a estudiarlas. En los pueblos donde la vida de las Colectividades se desarrolla con mayor fuerza y orientación más fecunda han cesado las disputas políticas.

Los trabajadores y los pequeños burgueses que se han sumado a la disciplina de la vida y de la producción colectivas, fuertemente unidos en una suerte común, en unos comunes intereses, realizan los cometidos que tienen encomendados con evidente alegría, hija del convencimiento de que el signo de la nueva era que España ha empezado a vivir es el Colectivismo, signo e instrumento que labra el bienestar de todos, en un régimen de libertad, de justicia y de progreso.

Resulta curioso uno de los fenómenos que se viene acusando en la vida de los pueblos colectivistas. La esclavitud y la miseria determinaba antes una corriente de emigración de los campos hacia las ciudades. Vivir en el campo y trabajar en las nobles faenas de la producción campesina, había llegado a considerarse como un castigo y una desgracia. Durante los últimos años este proceso de emigración campesina aparecía situado en un tan alto punto de curva ascensional, que era pregón alarmante de una evidente descomposición de la vida campesina. Los labriegos huían a las ciudades, de sus miserables casas y chozas, de los campos, como de un lugar maldito, rondado por el hambre, por la tristeza inmensa de la miseria sin remedio y por la persecución sañuda de los elementos que tenían acaparado, no solamente todos los instrumentos de la producción y de la riqueza, sino que también todos los resortes del Estado viejo, feudal e injusto, que enterraba en su opresión y en sus injusticias las más considerables energías creadoras de nuestro pueblo.

Desde que la vida colectiva triunfa en los pueblos el proceso de emigración se convierte en proceso de retorno de los emigrantes.

Los campesinos que marcharon a las ciudades huyendo de los pueblos y de su inhóspita y triste vida, regresan apresuradamente a los hogares de sus mayores para incorporarse al esfuerzo de las Colectividades briosamente lanzado a la enorme y descomunal empresa de levantar los

pueblos y los campos del montón de ruinas, miserias morales e injusticias en que habían quedado sumidos.

Vienen aleccionados por experiencia de la vida de la ciudad y decididos a que en cada pueblo sean establecidas las condiciones mínimas del progreso de nuestro siglo. Conjugadas estas ansias renovadoras en el orden material con los elementos permanentes de civilización que nuestro pueblo ofrece, aun en las épocas de mayor decadencia, el fenómeno de la reconstrucción moral y material de los pueblos colectivizados alcanza insospechadas expresiones como las que ofrece la Colectividad de Graus, la mayoría de las Colectividades de los pueblos de la ribera del Cinca y las del Bajo Aragón.

El campo, merced a las múltiples circunstancias que concurren en el grandioso momento que el país vive, se ha visto de súbito transformado en cuanto a las costumbres e instrumentos tradicionales que regían y caracterizaban su explotación. La explotación del campo se ha mecanizado en gran parte. Por primera vez los campesinos manejan en grandes masas maquinarias agrícolas de los modelos más modernos.

XX

Se nos podrán aducir algunos ejemplos para probar que no en todas las Colectividades se dan idénticas bienandanzas a las que consignamos. Es verdad. Mas basta que un sesenta por ciento funcionan bien a la presión de la moral de responsabilidad que registramos para que el movimiento colectivista haya triunfado como levadura de la reconstrucción de nuestra producción agrícola y como prueba terminante de que el colectivismo constituye el elemento primordial para la regeneración moral y material de los pueblos españoles. Una torcida interpretación no echa abajo el sistema, sobre todo si se tiene en cuenta que la proporción de las Colectividades que en Aragón funcionan satisfactoriamente constituyen un número muy superior a las que funcionan de manera defectuosa. Los detractores del ordenamiento colectivo apelan al fácil argumento de las que funcionan de modo poco satisfactorio, para desacreditar el sistema.

Sobre las Colectividades especulan también los eternos agentes políticos, que en los pueblos están siempre prestos a «camuflar» su verdadera significación y sus fines permanentes bajo las etiquetas de los Partidos políticos, o de las organizaciones que no se producen con suficiente sentido de la responsabilidad. Algunos elementos de estos Partidos se escudan en una Organización política nacional, únicamente para emplear el carnet como trinchera para sabotear y agredir los intereses colectivizados de los trabajadores y la obra de éstos.

Por lo general, los principios de todas las doctrinas políticas suelen degenerar en cuanto toman cuerpo de realidad. Del enunciado programático a la traducción del mismo en obra de gobierno o de organización, media un largo trecho. Lo vemos todos los días. Así es. Si esto ocurre en las funciones de gobierno, en el manejo de los instrumentos del Estado, ¿qué no va a ocurrir cuando los enunciados programáticos pasan a ser objeto de la avispada interpretación de los elementos que primero fueron radicales socialistas, después de la Ceda o del Partido Radical y ahora de los Partidos que consideran que la aduana rigurosa en sus Organizaciones es un elemento improcedente para sus fines de crecimiento hipertrofiado? Así, se da el caso de que los neófitos del Partido Comunista y de otros Partidos se constituyen en debeladores del colectivismo sin que los órganos del Partido, cuyas doctrinas dicen acatar, les vayan a la mano para poner paz a sus lenguas y medida a sus maniobras. Claro está que

los verdaderos comunistas se suman y cooperan a la expansión normal de la prosperidad de las Colectividades. En Aragón son muy pocos. Mas se ha llegado a un estado de confusión en los pueblos en orden a las doctrinas y los fines de los partidos políticos, que los trabajadores se previenen muy prudentemente contra la terrible infección del caciquismo rural dentro de las filas de los partidos proletarios y republicanos.

Pregunté en Graus, en Ontiñena, en los pueblos de las comarcas del Cinca y en otros puntos donde el funcionamiento de las Colectividades es más perfecto, por las dimensiones y características de la influencia de los Partidos políticos en la vida de cada localidad.

En Graus no existen los Partidos políticos. La UGT y la CNT, en fraternal acuerdo –incluso tienen el domicilio en el mismo edificio– han realizado y prosiguen la realización de su enorme tarea constructiva y de elevación moral y material de los trabajadores. Lo mismo ocurren otros pueblos.

En los puntos donde la unidad de las dos Sindicales es perfecta, en donde el acuerdo entre las dos Organizaciones obreras es coincidente, los Partidos políticos han desaparecido. En otros perduran dentro de las Colectividades, mas tan lealmente unidos a la obra común de todos los trabajadores, que, como aglutinantes de discrepancias y de recelos, han desaparecido también.

El fenómeno que desde el punto de vista particular de cada pueblo, es importante, lo será mucho más cuando se generalice traspasando los límites puramente locales para influir de una manera decisiva en los nacionales.

También todas estas características del movimiento colectivista son pruebas concluyentes de la madurez política y de superación cultural y social de las Organizaciones obreras, en todos los órdenes.

XXI

En el arado romano, sin alambicar conceptos ni hacer demasiada literatura, se puede simbolizar toda la historia de esclavitud, de cortedad de miras y de limitación de la riqueza y de la producción en los campos españoles.

La esteva en la mano dura del labriego encallecida en labrar tierras que no le pertenecían: la reja delgada y corta arañando la tierra esquilmada por una explotación rutinaria y primitiva, la pértiga del yugo y las caballerías. Todo esto con el alma del labriego formaba un todo simbólico, en el que por igual todos los factores del arado romano en movimiento estaban sujetos a una expresión del bárbaro derecho quiritarario en nombre del cual ejercía autoridad omnímoda el amo, el propietario del suelo sobre el que discurrían los afanes de los hombres a su servicio. En vano sobre el viejo instrumento de laboreo caía periódicamente

una lluvia de dicterios de algunos espíritus progresivos. El arado romano, igual que aquel que sirvió para delimitar el área de las ciudades y poblaciones primitivas, seguía haciendo su camino sobre las tierras cuya propiedad inviolable custodiaban los tricornios de la guardia civil, la iglesia y las propias armas de los caballeros y potentados de la tierra. El alma del campesino era como la misma tierra que labraba. Esquilhada por el deficiente y empírico cultivo, muerta de sed y de angustia. Entregada al azar de los fenómenos atmosféricos y de las contingencias de bienandanzas probables, bajo el paso lento de las estaciones. ¿Progreso en el campo? El brazo del mísero trabajador era más barato que la máquina. El sentido tradicional era más fuerte que las conveniencias. La máquina emancipa al hombre porque aminora el esfuerzo. La máquina en el campo español resultaba un elemento perturbador de las costumbres y de la economía feudales. ¿Qué hará un trabajador, con tiempo para pensar en algo que no fuera el esfuerzo de su brazo? Desde luego, dejarse llevar por sueños disolventes. Este era el sencillo razonamiento de los propietarios de tierra, cuya explotación, con cuanto en su superficie se movía, pertenecía por derecho de costumbre y de norma a la propiedad misma del suelo.

Con la aparición de la máquina en los campos, se precipita el impulso de la trayectoria de emancipación de los campesinos. No por sistematización de una idea, sino como respuesta del instinto de defensa de los esclavos que en la

máquina veían, y no sin fundamento, un factor de competencia para la mano de obra y de eliminación del brazo del obrero del campo depreciado por la dinámica del maquinismo aplicado a la Agricultura.

Mas de pronto, la tierra pasa a poder de quienes sobre su superficie han sudado sudores de sangre y han llorado lágrimas amargas de desesperación. La máquina irrumpe en los campos como un aliado del trabajador, como un instrumento, no del bien particular, sino del bien común. La máquina es cara. El arado romano está al alcance de cualquier fortuna, por escaso que sea su volumen. Pero la máquina, cuando funciona bajo el signo de la colectividad, se convierte en agente decisivo para la economización del esfuerzo muscular y la potencialización del rendimiento del trabajador.

Sobre los campos de Aragón, el afanoso y monorrítmico funcionamiento de la maquinaria agrícola centuplica el esfuerzo de los campesinos para elevar las cifras de producción y hacer más efectivas las labores campesinas. Centenares de segadoras modernísimas cierran los puntos de referencia del paisaje, del campo, en todas las direcciones de los puntos cardinales. Las trilladoras modernas, también cantan junto a las viejas eras inútiles la canción de sus motores a toda marcha. Unas máquinas segadoras van arrastradas por caballerías, otras por tractores poderosos, los mismos que mediante otros dispositivos con los garfios férreos de sus rejas remueven la entraña fecunda de la

tierra, en sus más hondas y recónditas zonas de energía inexplorada.

La mecanización de las labores campesinas, en el plazo de un año escaso, ha ascendido en una proporción de un cincuenta por ciento. La maquinaria que no ha podido ser montada y fabricada en Aragón, se ha importado de otras regiones. El proletariado español no sólo se afana en la fabricación de elementos de guerra, sino que también en la creación de elementos que consolidan, mediante la creación de nuevos medios para potenciarlas, nuestras reservas para la guerra y para la paz.

Ahí está, en tierras aragonesas, la nueva y modernísima geórgica de nuestros tiempos. En sus centenares de máquinas que zumban sobre los predios, sobre los rastrojos de los predios su cántico de victoria.

También nosotros tenemos tractores. Formaciones de tractores y tractoristas esforzados que los conducen hacia una meta segura de multiplicación del esfuerzo humano. Una formación de diez tractores modernos he visto en la llanura dorada de trigos maduros de los Monegros. ¿Quién se acuerda, ante este magnífico espectáculo de segadoras arrastradas por estos colosos del esfuerzo mecánico, de las hoces primitivas de la esteva y la reja delgada del arado romano, símbolo de la esclavitud y del atraso? Navegan las máquinas en los mares de mieses dejando una estela de gavillas. Grupos de campesinos y de campesinas se afanan

detrás de las máquinas en las misiones que tienen encomendadas. Están ganando también una batalla. La batalla de la producción, no menos importante que las más decisivas de los frentes de lucha y de fuego. La lucha de estos trabajadores también es dura. Jornadas de sol a sol. Hay que librar la cosecha de las incursiones criminales de los aviones facciosos que lanzan bombas incendiarias sobre los campos. Más de las dos terceras partes de los campos sembrados de trigo han sido liberadas ya del peso de su producción. Está ya el grano en los graneros de las colectividades o en los trojes de los campesinos individualistas. Otra parte está junto a las máquinas trilladoras, que no cesan de cantar su mecánica y monótona canción en los campos, de día y de noche. Cuando un turno de trabajadores se agota sobre la máquina, otro turno está listo para proseguir la faena. El tiempo aprieta. Y el futuro aconseja tener despejadas las labores del verano, para afrontar las contingencias que puedan presentarse. Los campesinos tienen prisa en recoger el grano para ponerlo a buen recaudo. Es el pan de todos los hermanos combatientes, es el pan de la liberación nacional y el pan de la victoria y de la libertad. Por primera vez, el campesino recibe íntegro, a través de las colectividades, el justiprecio equitativo de su trabajo y de sus afanes en pan. Recibe su pan y el de los suyos: los que luchan en el frente.

XXII

Repetidas veces, a lo largo de los caminos de Aragón hemos realizado el experimento informativo. ¿Cómo piensan? ¿Cómo sienten? ¿Qué preocupaciones fundamentales obseden a estas gentes de los pueblos aragoneses que desde el alba al ocaso, vemos encorvados sobre la tierra, en lo alto de los carros que se arrastran lentamente por las carreteras polvorientas, entre las herramientas del trabajo y las máquinas que han invadido las llanuras y las colinas?

En diferentes puntos hemos hecho un alto en el camino, de las líneas de fuego a la retaguardia, de la perpetua lucha de las trincheras a la paz geórgica de las llanuras erizadas de mieses y de las huertas, pobladas de árboles frutales, de las vegas de los ríos.

Hemos salvado la barrera de recelos de los campesinos, de los hombres y mujeres de estos ambientes rurales. Los

aragoneses no saben disimular por mucho tiempo sus pensamientos ni sus sentimientos. Lo que sienten lo dicen. Sin retórica. Sin circunloquios. De una manera directa y ruda.

Hemos hablado con viejos, con mujeres, con jóvenes de uno y otro sexo. En el campo, en pleno tajo de actividad febril. Hemos compartido con ellos el pan y el vino, las ideas y los sentimientos. Hemos hablado del campo, de la cosecha, de la guerra, de las ruindades y vilezas, de las infamias y las crueles hecatombes de «ellos» («Ellos» son siempre los fascistas). En las masías apartadas de los poblados, en los montes con los carboneros y pastores, en las tabernas (las pocas que quedan después de haber sido inundado el campo con un cartel donde aparece la figura repugnante de un borracho con la siguiente leyenda: «Borracho faccioso», «Vago, faccioso»), hemos explorado los recovecos del hondo sentir de los campesinos y labrantines.

Traer aquí la copia exacta de nuestras conversaciones sería prolijo, pero constituiría un documento del más alto interés para el estudio de la transformación que se ha operado en la manera de enjuiciar los acontecimientos, la marcha de los mismos y el norte de las inquietudes del pueblo español en este período de dramáticas inquietudes porque atraviesa.

Desde las viejas que tienen un pie ya en la sepultura hasta los niños que nos saludan con el puño en alto y al grito de: ¡Salud! no se aprecia sensible diferencia en los sentimientos generales. Grupos de campesinas jóvenes (visten pantalón y

blusa o mono) trabajan como hombres en el campo, en las más penosas tareas. Se dirá que siempre han trabajado. No daban antes, ciertamente, la impresión de fortaleza, de seguridad y de audacia que ahora dan en el trabajo y en las conversaciones sobre los problemas de las colectividades y de la transformación de la vida de los pueblos.

Conocemos la vieja estampa del campo español, igual a la que nos ofrecían las tierras del Rif, en que la mujer, montón de ruinas físicas, de suciedad y de harapos, aparecía encorvada sobre los surcos junto al hombre. La estampa de los campos aragoneses tiene otro aire. Las campesinas (vestidas de hombres con sus monos y sus pantalones) no son aquellas otras mujeres de las tierras calientes del sur, donde las normas de la esclavitud persisten agravadas ahora por la tiranía de los facciosos.

En el pensamiento de las mujeres de los pueblos es donde con mayor precisión se puede apreciar el cambio operado en la España republicana y trabajadora. Ellas son con su espíritu resuelto y decidido las principales animadoras de las decisiones de las asambleas rurales en orden a las transformaciones de los cultivos, régimen de trabajo de las colectividades y de las orientaciones para la salvaguardia de los intereses generales de los pueblos. Ellas velan porque las normas de justicia y de convivencia establecidas no se quiebren por debilidad o cansancio.

Ellas dan alegremente sus hijos, sus maridos y sus novios a

la guerra. Estimulan a los vacilantes y a los medrosos y desprecian a los vagos y a los cobardes. Con vivo entusiasmo contribuyen a eliminar de la vida de los pueblos todas las viejas preocupaciones [,] que ahogaban las palabras en la garganta por miedo al qué dirán [,] y conservan también con viva entereza las virtudes y costumbres de los medios rurales con categoría de valor moral o simplemente justa.

Aventadas las viejas preocupaciones impuestas por el clericalismo fomentador de las viejas y tenebrosas supersticiones medioevales, la vida de los pueblos ha cambiado [,] en un proceso que abarca las dimensiones todas del sentimiento y del razonar realista de los campesinos. La mujer está en vanguardia de esta transformación. El proceso este que comenzó al ser instaurada la República en España, se ha precipitado al estallar la guerra y el movimiento de restauración de lo supremos valores morales de nuestro pueblo y de transformación del dominio de las fuentes de la economía. Todas estas muchedumbres de hombres, mujeres y jóvenes tienen en su memoria aún grabado cuanto significa un régimen de opresión y de atraso y ante la realidad actual, el contraste surge poderoso, como supremo argumento, que aniquila toda una época para siempre derrumbada.

Cualquier sombra de recelo por el porvenir está lejos de su espíritu. Dan la impresión de que trabajan para la eternidad. Tal es su seguridad en las decisiones que toman, tal es su ahínco en la perfección de los sistemas de trabajo y de la

organización del mayor rendimiento de éste. Tal es su fe en la victoria.

Con este espíritu, que es consecuencia directa de la reafirmación en el orden práctico de las transformaciones realizadas por las colectividades aragonesas, la victoria de las Armas del Pueblo es segura. Nada ni nadie nos la podrá arrebatarnos ni en la guerra ni en los frentes del trabajo y de la economía, de la transformación de nuestros pueblos y de nuestra vida.

XXIII

Aun en los momentos más dramáticos del primer choque entre el pueblo agredido por los militares insurrectos y las castas feudales, dejaron de aparecer afirmadas en su más amplia expresión las nobles preocupaciones de cuantos, con las armas en la mano, vencían la terrible acometida militar-fascista, por la conservación de los valores de nuestra civilización y de nuestra cultura. En todos los puntos del país se ha visto cómo los milicianos salvaban de la destrucción fascista las joyas de arte, los libros de valor, las obras maestras de nuestros artífices, las expresiones, en suma, de la cultura y la civilización española. Bajo la dirección de peritos en tales materias, identificados plenamente con el pueblo y con sus inquietudes, se ha realizado en toda la España leal la obra del más acendrado patriotismo. Las obras de arte han sido puestas a buen recaudo, velando así, no solamente por una parte, y de las más importantes, del patrimonio del pueblo, sino que también por los fines permanentes y solidarios de la cultura universal.

Los pueblos de Aragón, como la mayoría de los pueblos españoles, guardaban joyas de arte de inestimable valor. Al paso de las columnas que llegaron a tierras aragonesas para contener y rechazar, luego, la avalancha de los insurrectos, unos hombres, diligente y cuidadosos, se encargaron de recoger las obras de arte, los libros de mérito y los objetos históricos, para trasladarlos a Cataluña.

Por las iglesias y palacios de los pueblos, había, perdido y sin catalogar, gran número de creaciones artísticas. Sobre todo en el Alto y Bajo Aragón, las viejas escuelas de primitivos catalanes y aragoneses habían sembrado sus mejores obras, conservadas en iglesias y conventos y en casas señoriales. Toda esta riqueza artística ha sido catalogada en Barcelona y guardada celosamente en sitios seguros.

En Aragón, la Consejería de Cultura completa activamente esta labor, a la que contribuyen, con el mejor de los entusiasmos, los Concejos municipales de todas las comarcas de la región liberada.

Merced a esta diligencia y buen cuidado puestos a contribución de la defensa del patrimonio artístico del país aragonés, se han salvado del extravío o de la destrucción, además de varios retablos y tablas de los primitivos pintores catalana–aragoneses, varias tablas de Jacomart, cruces procesionales y otros objetos de orfebrería, entre los que descuellan diversas creaciones de los célebres punzones

mordíanos y de Zaragoza, telas valiosas y brocados antiguos, cruces de término primorosamente labradas, imaginería de Forment y muchos libros antiguos de considerable valor.

En los pueblos se han construido nuevas escuelas. Rara es la localidad que no cuente con una biblioteca con el número de libros suficiente para despertar, por lo menos, la curiosidad más viva de las gentes por los problemas de la instrucción y de la cultura general.

El problema de la permanencia de los niños en las escuelas durante la edad de escolaridad ha sido resuelto. Bajo los más severos apercibimientos, los padres están obligados a no disponer de sus hijos para el trabajo hasta que sepan leer y escribir y hasta que no hayan cumplido, por lo menos, catorce años.

No es este problema, que está en vías de solución, ciertamente pequeño, toda vez que, a pesar de la legislación española que regulaba las obligaciones de los padres en este sentido, nunca se cumplieron las disposiciones legales. Dentro de la edad escolar, los campesinos, obligados por la miseria, o arrastrados por el egoísmo enviaban a sus hijos, analfabetos, al campo, y los dedicaban a funciones de ayuda a las tareas agrícolas o al pastoreo. Con gran rigor, en la actualidad, se impone el cumplimiento de la legislación de la República relativa al tiempo de escolaridad para los niños.

Muchas de las escuelas creadas, por el celo de sus

profesores dedican especial cuidado a la preparación de los niños en las distintas técnicas de los oficios.

El instinto creador y de perfeccionamiento de cuanto significa cultura y solidaridad, tan despierto en nuestro pueblo, en todos los órdenes se manifiesta. Las instituciones de beneficencia se multiplican y así también los servicios de sanidad, y especialmente en su aspecto preventivo. En Caspe, por ejemplo, funciona un hospital, que es, al mismo tiempo, comedor colectivo que rigen las monjas del convento, donde está instalado. Las religiosas se han incorporado a la vida ciudadana con un gran espíritu de solidaridad con el pueblo que trabaja y lucha, no solamente en Caspe, sino que también en Alcañiz y en otras poblaciones, donde había conventos de mujeres. El más escrupuloso respeto garantiza la práctica particular de sus creencias. Hemos hablado con las monjas de Caspe, y así nos lo hacen constar. Nadie les ha molestado; antes por el contrario. Incorporadas desde sus puestos a la lucha antifascista y a la práctica del bien, nos han hecho patente su personal satisfacción y sus votos por el triunfo del pueblo.

De esta manera, el espíritu de solidaridad de todos se afirma en la obra común de reorganizar plenamente la vida de la retaguardia para, con su organización perfeccionada, atender, hora a hora, y minuto tras minuto, a las exigencias de la guerra y a las que la guerra crea en la sociedad española, en orden a la protección debida a los niños, a las mujeres, a los humildes y a los desamparados de toda

protección. Millares de refugiados sostiene el pueblo aragonés, dispensándoles un trato de verdadera y noble fraternidad. Mientras se lucha en los frentes, en la retaguardia, diariamente, se gana la gran victoria de la elevación hacia planos de civilización y de perfección moral de todo el pueblo que trabaja y sufre el rigor de la barbarie fascista, indígena y extranjera desatada contra la patria.

FINAL

XXIV

Hemos precisado, a lo largo de nuestro reportaje por tierras de Aragón, los aspectos en sus más acusados relieves de la transformación que en el país aragonés se ha operado [,] en el decurso del tiempo desde que estallaron la insurrección militar y fascista y, como réplica, el movimiento defensivo del pueblo.

A la vista de nuestras informaciones, los trabajadores todos que hayan seguido el curso de nuestra exposición objetiva y serenamente, habrán sacado sus conclusiones. En ellas, como en las que formule cualquier observador imparcial y honrado, campeará, sin duda, el profundo convencimiento de que en Aragón se ha llevado a cabo una obra grandiosa. Se han afrontado las más duras contingencias de la guerra y se ha realizado la transformación honrada de los pueblos y las ciudades, que es la razón fundamental de nuestra lucha. Se hace la guerra. Las conquistas de la Revolución están en marcha hacia una

fecunda y plena realización. Quienes sostienen la teoría de que la Revolución nada tiene que ver con la guerra ante nuestros alegatos, han debido sufrir, por lo menos, un instante de duda.

Al año de guerra, después de los inmensos sacrificios de sangre, de heroísmo y de trabajo, de renunciaciones y condescendencias de los trabajadores, en orden a sus intereses de clase, resulta curioso el hecho de que se lancen sobre las obras de creación y de organización de los trabajadores todo un cúmulo de leyendas intencionadas, cuando no de criminales excitaciones a que se destruyan las bases seguras de la emancipación del proletariado, allí donde hayan sido afirmadas.

Comparadas las realizaciones de la burguesía y del feudalismo a lo largo de los siglos de su dominación totalitaria del país, con las creaciones llevadas a cabo por los trabajadores en el plazo de un año, en el sentido de la organización, moral y del espíritu de trabajo, también en su rendimiento efectivo acusan estas últimas una superioridad enorme.

Entre toda la obra de transformación realizada por los trabajadores, la que en Aragón marcha hacia su destino de superaciones continuas es, especialmente, señera. Es obra del pueblo aragonés en masa, de los trabajadores aragoneses representados por su Consejo, expresión totalitaria del pueblo aragonés, organismo de gobierno en la

plenitud de su autoridad democrática; celoso guardador de aquella unanimidad antifascista que creó el espíritu inmortal de las jornadas gloriosas de julio.

EPÍLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

A

Frente a las campañas alevosas, directamente lanzadas contra los intereses de los trabajadores, con el fin de desarticular sus obras de creación y anular su dominio sobre cuanto con su sangre, sus sacrificios y sus trabajos conquistaron a través de un año de heroica lucha, la verdad del Aragón leal era, ni más ni menos, que la expuesta en los anteriores capítulos.

Contra esta verdad, contra su significado y su vasto alcance transformador, se lanza, a últimos de Julio del año en curso, la actividad derrotista e irresponsable de una caterva de agentes provocadores, caracterizados por diferentes etiquetas políticas, para deshonorarla y destruirla.

Móviles diversos, aunque con fines coincidentes, actúan en

la conjura maniobrera contra las creaciones del pueblo aragonés y contra su Consejo.

En el pleno nacional se habían producido hechos negativos de la más considerable significación para la marcha normal de la guerra y de la Revolución, hacia sus seguras realizaciones victoriosas.

Vamos a analizar estos hechos.

B

A Partir del 20 de Mayo, ocupa el Poder un Gobierno de tipo minoritario, de cuya formación es rechazada, pretextando diversas motivaciones confusas, la participación directa de los representantes de las dos grandes sindicales obreras UGT y CNT.

El bloque compacto de todas las fuerzas populares, templado como el mejor acero en el sacrificio, que salvó al país en los momentos más difíciles y trágicos, es, sin razón que lo justifique, minado y escindido por las provocaciones y turbias actividades de grupos políticos, cuya ambición partidista, por encima de las exigencias de los auténticos, hondos y permanentes intereses del pueblo, trata de imponer, con modos dictatoriales, orientaciones y métodos

particulares, acarreando con ello continuos daños catastróficos al supremo interés nacional en todos sus aspectos.

El Gobierno Largo Caballero, lanzado del poder por la intriga y la deslealtad, en los meses de su mandato, había logrado articular sobre el torbellino de los dramáticos acontecimientos desatados en el país, los nuevos instrumentos organizados y disciplinados para afrontar la lucha y abrir los caminos de la victoria al pueblo en armas. Había creado y organizado el ejército de la República, a base de las gloriosas Milicias Populares. De la eficacia de esta organización y del temple heroico del nuevo Ejército, daba fe la invencible resistencia de Madrid, donde se concentraron, además de cuadros militares de antemano seleccionados, procedentes de los más diversos puntos de la zona leal, todo el material de guerra que se pudo reunir, poniendo en juego los más inverosímiles procedimientos. Proclamaban asimismo el franco comienzo de la culminación de una obra, las victorias logradas a campo abierto en el Jarama, en las tierras de Guadalajara, el Almadén y en Pozoblanco, sobre las divisiones alemanas e italianas; acciones de armas que tuvieron universal resonancia y que vinieron a probar ante el mundo la capacidad para la victoria del pueblo español. La influencia de estas acciones triunfales en el exterior fue considerable. Ella determinó, de momento, si no la ayuda debida, por lo menos el respeto a nuestra causa por parte de los pueblos y Gobiernos de los países

llamados democráticos. Y constituyó un revulsivo poderoso para estimular la confianza del proletariado mundial en el futuro victorioso de nuestra contienda. Una vez más se reiteró la afirmación en la realidad del axioma de que el Ejército revolucionario de un pueblo vence siempre mientras el motor de su lucha es la revolución y la decisión firme de vencer o de morir.

El Gobierno Largo Caballero iba conformando la organización de la retaguardia sobre bases de disciplina, sin perder nunca de vista la atención debida a las nuevas realidades creadas por la Revolución y la guerra. Mantenía, como fuente de su autoridad y de su prestigio, la unidad de todo el pueblo español en la lucha y en las actividades todas de la nación. La preponderancia en la formación de este Gobierno de la representación auténtica y directa de los trabajadores organizados, era garantía firme para la mayoría del país, de que en ningún caso, mientras el Gobierno Largo Caballero permaneciera en el poder, se torcería el rumbo de los acontecimientos nacionales por atajos de claudicación y de cobardía, ni en la marcha de la guerra, presionada por llamamientos del exterior, ni en la obra de transformación iniciada en todas las expresiones de la vida nacional acuciada por presiones de igual origen. No era menos importante para las masas trabajadores la seguridad de que ningún grupo de cuanto formaban el bloque antifascista, expresión auténtica de la unanimidad popular, impondría sus tendencias particulares contra ninguno de los sectores que prestaban su

esfuerzo y el heroísmo de sus hombres a la empresa de liberación de nuestro pueblo.

No obstante, todas estas realidades fueron preteridas y se dio paso, tras la maniobra de deslealtad y de ambiciones de grupo y de personalismos desmandados, que presidió la apertura, el desarrollo y la solución de la crisis de Mayo, al Gobierno presidido por el doctor Negrín, pero en realidad dirigido por Indalecio Prieto. ¿Eran sólo personalismos y forcejeos por hegemonías de grupo lo que en esta crisis se ventilaba? No. Se ventilaba un problema de las más considerables dimensiones.

En dos supuestas exigencias se basaba la constitución del nuevo Gobierno minoritario, cuya acción ha venido fluctuando entre el ejercicio de una dictadura inconfesada y el fracaso continuo; que éste es el sino de todo Gobierno que en horas difíciles para un país, se forme sin interpretar ni representar ampliamente la emoción, el sentimiento y la voluntad del pueblo en su plenitud.

La primera pretendía cohonestar la formación del nuevo equipo gobernante [,] mediante la consideración a la necesidad de atender unos supuestos e ineludibles apremios con que el exterior presionaba sobre nuestras decisiones; apremios que pedían y hasta exigían que la transformación social y económica del país se retrotrajese al «statu quo» caducado el 18 de Julio [de 1936]. Fecha, en que la acción defensiva y ofensiva del pueblo abatió para siempre un

estado de cosas, que la insurrección fascista precipitó en la definitiva ruina, al mismo tiempo que abría las puertas del futuro para realizar la reorganización indispensable en todos los órdenes de la vida de la nación, que garantizase firmemente la paz pública y las libres determinaciones del Estado, sin sombra de interferencias y presiones de los intereses feudales, militares, de la iglesia y de la plutocracia –de la burguesía en suma– que hasta aquel momento habían tenido secuestrada a la República, así como también la efectiva sumisión de personas e intereses a la legalidad constitucional y especialmente a los postulados que preconizan avances sociales y transformaciones hondas en el dominio de la riqueza y de las fuentes de la economía, por causas de utilidad social y a los que establece como suprema jerarquía del derecho ciudadano, el Trabajo.

Se basaba la segunda exigencia, que como razón de peso para la formación del nuevo Gobierno se esgrimía, en la necesidad de imponer en la retaguardia una más rigurosa disciplina social y económica y de organización general de los medios todos, y especialmente de las reservas, de nuestro pueblo para la lucha.

En cuanto a las supuestas presiones internacionales y sus estímulos a la decapitación de la marcha de la Revolución española hacia sus destinos –precio que al parecer se exigía por determinadas ayudas– en el curso del tiempo, en el solo plazo de cuatro meses, se ha podido comprobar cuál ha sido el resultado del sometimiento al exterior, si es que en

realidad tales exigencias de sumisión y de sacrificios a voluntades extrañas han existido en alguna coyuntura, clara y precisamente formuladas.

Ni en un adarme ha cambiado nuestra dramática situación de aislamiento, que la quiebra del Derecho Internacional y la cobarde inhibición de los compromisos que con la República española tienen contraídos otros Estados, ha hecho posible, a pesar de los continuos llamamientos de nuestro pueblo a la conciencia universal y de las reiteradas comparecencias de nuestros diplomáticos ante las puertas de las Cancillerías de aquellos Estados, que en la guerra nuestra tienen, si no tantos, por lo menos considerables intereses que defender. Sobre este extremo, sobre este panorama de desventuras y de fracasos, no sería piadoso, ni digno, añadir al dolorido resentimiento del pueblo el sarcasmo de la consideración de que se ha tratado de adormecer, de aletargar su confianza en sí mismo y su ímpetu para hacer frente a los ejercicios invasores y para defender las conquistas de la Revolución, que con su sangre ha logrado, para de esta manera facilitar el desarrollo de ciertos estímulos contrarrevolucionarios, bien procedentes del exterior o bien en el interior animados por razones de orden político favorables a determinados grupos, entre los que ciertamente no se cuentan las masas trabajadoras organizadas.

Las exigencias del restablecimiento de una disciplina social y económica, necesaria por otra parte, no han sido cumplidas con mejor fortuna. El bloque gobernante

fácilmente ha incidido en el error grave de considerar como perjudicial –y hasta facciosa– a la disciplina indispensable, todo cuanto ciegamente no se sometiese a sus dictados y a sus parciales intereses. Hasta «una obediencia de cadáveres» se ha llegado a pedir a todos los ciudadanos desde las columnas de los periódicos oficiosos. Y esta actitud, que se pudiera interpretar como la decisión de hacer prevalecer la fuerza y el decoro del Poder político dentro de un natural clima trabajado por diversidad de corrientes –las corrientes múltiples de la Revolución– ha sido deshonrado por el ejercicio de incalificables persecuciones, mediante las cuales se han logrado precisamente efectos contrarios a los que se pretendía alcanzar. Se ha perseguido y se ha tratado de aniquilar –y en un caso grave el aniquilamiento se ha consumado–, con saña hasta ahora desconocida, a organizaciones y a hombres de bien probado antifascismo, por mantenerse frente a las claudicaciones y debilidades, frente al confusionismo y las tentativas de contrarrevolución, en posición revolucionaria y por afirmar ante imposiciones dogmáticas y de fuerza de partidos y de grupos, el sentimiento de la unidad de todos los trabajadores y de todo el pueblo español revolucionario para ganar la guerra sin intromisiones ajenas a nuestros propios intereses y con los enormes sacrificios que ésta impone, solidificar las bases de la emancipación definitiva de nuestro pueblo para el porvenir. Terrible ha sido la experiencia y no por descontado de antemano, su resultado menos deprimente. Mientras la preocupación total del Gobierno se ha

concentrado en la obra de destrucción o de desarticulación de los cuadros inequívocamente antifascistas y auténticamente revolucionarios, los facciosos que pululan por la retaguardia, envalentonados por estos hechos, han redoblado sus intrigas y sus conjuras, hasta el punto de poner en gravísimo riesgo la seguridad del pueblo español.

C

A lo largo de un año, transcurridos los primeros meses en que la fuerza incoercible de la Revolución estalló en múltiples hechos, que a la postre fueron los que salvaron al país de la garra fascista, una nueva estructura, un nuevo sentimiento de la disciplina ciudadana se iban conformando bajo el signo revolucionario. Un nuevo orden se imponía. Un nuevo orden que era la antítesis del orden viejo.

En la biología social, ya es sabido que, en el instante en que se afirma una transformación por tímida que sea, una revolución por magnánimos y generosos que sean su signo, sus modos y sus ambiciones, surge mordiéndole los calcañares la contrarrevolución. Una indecisión, una quiebra del espíritu revolucionario, un error, una claudicación o una cobardía, despejan para la contrarrevolución los caminos todos. En nuestro caso, frente a la voluntad del pueblo, frente a los designios de las masas trabajadoras, frente a su obra y a sus conquistas, después de los primeros meses

turbulentos de lucha en las calles, en que el saludable terror de la justicia directa del pueblo sometió con puño duro a la inacción y al acatamiento debido a la República a las fuerzas fascistas y fascistoides, perjudicadas en sus intereses y en sus egoísmos, por las transformaciones realizadas, la contrarrevolución levanta la cabeza y extiende por toda la zona leal sus hilos de intriga y su corrosivo resentimiento; también su acción subversiva, más o menos solapada y en muchos casos francamente altanera y provocadora.

En un proceso revolucionario del tipo del nuestro (como en todos por supuesto), el sentimiento de la contrarrevolución no solamente surge y se traduce en la acción y en la reacción de las clases o individuos directamente perjudicados en sus intereses morales y materiales por el hecho revolucionario, sino que, en las mismas filas de los llamados revolucionarios, cuando las mentes de éstos no están disciplinadas en la clara comprensión de los medios y fines que a su deber incumbe emplear y cumplir, la contrarrevolución crea una predisposición específicamente contrarrevolucionaria. Y esto ocurre de modo especial, en el propio pensamiento de aquellos revolucionarios teóricos o sencillamente llevados por la corriente de la revolución por inercia de su vaga manera de discurrir o de su temperamento, haciéndolos en potencia los más peligrosos contrarrevolucionarios y los mejores auxiliares de la contrarrevolución.

Suelen producirse, al generalizarse la influencia de la contrarrevolución, dentro del proceso de una Revolución en

marcha, zonas de opinión y especialmente de intereses, ya particulares o bien de casta o de grupo político, que es muy difícil librarlas de la clasificación de contrarrevolucionarias. Cualquiera que sean su nombre o su etiqueta, las acciones de los que en ellas se mueven denuncian su carácter. Así, hemos podido comprobar como apenas cundió el convencimiento de que la cólera revolucionaria del pueblo había cedido en intensidad y que el descenso de la misma hacia normas de disciplina, que el mismo pueblo se creó, había comenzado, todas las gentes coaligadas con la contrarrevolución se lanzan a acciones concretas contra las creaciones y los intereses revolucionarios. Vienen entonces los extremos de escándalo de las plañideras de los desórdenes y las voces destempladas de las gentes que se rasgan las vestiduras por si la fuerza ciega del pueblo cometió una sola injusticia (no fue la menor salvar a estos elementos de la esclavitud del fascismo). Y a seguido se cierran arteramente, con toda suerte de calumnias y de infamias, contra el pueblo y contra sus actos y violencias revolucionarias. En esta ofensiva participan con mayor intensidad de esfuerzo los que suelen deber a la generosidad de los actores de la revolución su propia supervivencia física.

Como si un terremoto no desatase terribles desventuras y los más tristes destinos entre los hombres y las cosas, sobre los cuales la influencia del epicentro sísmico descarga su furia natural. Como si un río al desbordarse o la tempestad al lanzar desde los lomos de sus olas los navios contra las

sirtes y playas inhóspitas, no generase destinos de injusticia y de destrucción. Pues, así es la Revolución, aun cuando, como en la nuestra, la nobleza proverbial del pueblo haya incidido en ligerezas y en blanduras que bien caras le están costando y que le serán cobradas aún con mayor usura por el futuro.

Mientras duran los choques de la guerra revolucionaria, una vanda de exaltación y de heroísmo, que hace perder el instinto de la propia conservación, ciega a las muchedumbres. De esta ceguera se aprovecha la contrarrevolución para articular sus defensas, para montar sus intrigas, para apoderarse solapadamente de los resortes decisivos de la fuerza y del poder político y económico, para establecer las bases firmes de la lucha contra los revolucionarios auténticos y contra las creaciones que con sus sacrificios y su sangre han logrado llevar a cabo.

La sintomatología del avance contrarrevolucionario en los últimos cuatro meses aparece nutrida de múltiples hechos.

Solamente ateniéndonos al examen de las expresiones externas de la contrarrevolución en marcha, ofrece el panorama nacional casos de una escandalosa y aguda significación contrarrevolucionaria. Los «complots» fascistas se suceden apoyados por canallescas complicidades de gentes emboscadas en los más delicados organismos del Estado. La «Quinta columna» ha organizado militarmente sus efectivos –y esto es público, puesto que hasta las mismas

autoridades han dado cuenta en motas officosas del alcance y vastedad de estas intrigas—, hasta el punto de crear un Ejército fantasma dentro de nuestro propio Ejército, en los Ministerios, en los órganos de la administración de Justicia, en las instituciones encargadas del mantenimiento del orden público y de la defensa y seguridad de la retaguardia leal, a la espera de consumir la suprema traición en los momentos más graves que nos puedan sobrevenir, como ocurrió en Bilbao y en Málaga. Como ha ocurrido últimamente en Santander.

Por todas partes se mueven los traidores y extienden sus redes complicadas y sus influencias, algunas sutiles, otras burdas y groseras.

Mientras tanto, gentes que se proclaman revolucionarias e identificadas con el pueblo y con la causa de su libertad y de su emancipación, arrecian sus campañas de excitaciones al Gobierno, pretextando diferentes motivos, para que proceda a la desarticulación de los órganos revolucionarios de probada lealtad, para que desarme al pueblo y fomente todos aquellos factores negativos que en franca oposición al triunfo de la revolución y de la guerra, se agitan en todo el territorio leal, en medio de la más inaudita impunidad y sin que el poder público aplique la debida energía para cortar inflexiblemente tantos desmanes; antes bien, por el contrario, manteniéndose en una actitud de inconsciente complicidad por claudicación en el cumplimiento de sus más elementales deberes.

Se ejercita la violencia de la fuerza pública, víctima de las instigaciones a que hemos aludido, contra el pueblo, contra las Organizaciones obreras, fuertemente enraizadas por su historia y por su conducta actual en la confianza popular. En vez de mantener el fuego sagrado en las masas, para que su tensión combativa y su entusiasmo revolucionario no decaiga, se realiza una política derrotista, que parece tender a la decisión de hacer lo posible por apagar la brasa del entusiasmo en los espíritus que más entrañablemente guardan su calor. De esta manera se fomenta consciente o inconscientemente el espectáculo que los pueblos y ciudades empiezan a ofrecer, en donde las viejas fuerzas económicas y políticas, representadas por los caciques tradicionales y sus truchimanes colaboradores, vuelven a dirigir su acción ofensiva contra los trabajadores, a quienes por las artes de la intriga y de la corrupción políticas se les viene eliminando, por la fuerza las más de las veces, de los puestos de dirección de los negocios públicos, los mismos que con las armas en la mano, en el período más heroico de la Revolución, asaltaron, para defender desde allí, la legalidad republicana y someter a sus enemigos, que eran los mismos enemigos de la clase trabajadora, a la inacción y al acatamiento sin excusa a los intereses generales de la seguridad y de la paz públicas.

Se repite el proceso que se desarrolló a partir de 1931, después de proclamada la República. Los caciques y los fascistas en potencia, que constituían en los pueblos, con la

Guardia Civil y los cerriles representantes de la Iglesia, las supremas reservas –las que jamás fallaban– de la más negra reacción, se apresuraron, apenas pasó el hervor de los primeros meses de agitación, a disfrazar su significación y sus fines permanentes, así como también su actuación decididamente contrarrevolucionaria, con la protección de determinados partidos con cuya inconsciencia, en casos rayana en la traición [.] Y con cuyo carnet pudieron entonces y han podido constituirse otra vez, en agentes de las más enconadas persecuciones a sangre y a fuego contra los trabajadores y en salteadores de los intereses de éstos y de sus creaciones todas.

Las fuerzas de Orden Público destacadas en las zonas rurales, por presiones del ambiente y por excitaciones taimadamente administradas por la reacción y sus valedores, acusan en sus preocupaciones y en los modos de su actuación el peligrosísimo renacimiento del viejo espíritu antiobrero, que la siniestra Guardia Civil hizo famoso en los largos años de bárbara dominación y de injusticia sostenida [.] como sistema de opresión contra la dignidad personal y el derecho de los humildes.

La Administración de la Justicia del Pueblo, puesta en manos de la reacción más negra, aquejada de preocupaciones y llamadas de compromisos [.] difíciles de ser rechazadas por el carácter y la representación personales de quien debiera velar por la aplicación inexorable de sus mandatos, se ha convertido, mediante una serie de órdenes

y disposiciones de efectos perfectamente calculados de antemano, en un instrumento que, en vez de estar al servicio del pueblo y de los sagrados intereses de la Revolución, es el mejor instrumento de colaboración que pudieran desear Franco y sus cómplices, como agente provocador en nuestra retaguardia. En vez de perseguir a los espías y a los traidores e instar con celo redoblado todos los días, para que los departamentos encargados de la pública seguridad actúen enérgicamente contra unos y otros, se entrega a la obra inaudita de procesar a la misma Revolución y a los revolucionarios que más se distinguieron en el aplastamiento del fascismo en los primeros días. Mientras, los fascistas declarados, los traidores y los espías, los emboscados todos que pululan por todas partes, amenazan seriamente con sus intrigas lanzarnos por los caminos de la derrota y con aniquilar al pueblo [,] mediante la entrega al enemigo de nuestro territorio en los momentos más difíciles de nuestra guerra, como ha ocurrido en Bilbao, gracias al confusionismo sin nombre de la acción de las gentes que en su rendición y en la traición claramente consumada, tomaron parte. Las cuales en todo momento, rechazaron, incluso por la fuerza, la intervención y la vigilancia directa de los trabajadores auténticos de sus turbias actividades, hasta tal punto, que se puede afirmar en justicia que la caída de Bilbao se debió principalmente al carácter antiobrero de quienes participaron y dirigieron su defensa: la pequeña y gran burguesía vizcaína.

Algo análogo ocurrió con la caída de Santander, dos experiencias excesivamente dolorosas, para que el instinto de conservación de los gobernantes y del pueblo español no se sienta conmovido por la más aguda de las alarmas.

Delante de todos estos elementos negativos para nuestra lucha y de toda esta fermentación contrarrevolucionaria, se colocó el Gobierno presidido por el Dr. Negrín. Las confusas afirmaciones que proclamaban la existencia de presiones internacionales, que obligaban a separar a la clase obrera de la dirección de la enorme empresa nacional de orientar la obra de Gobierno, articular los medios indispensables para la guerra y disciplinar la vida de la retaguardia sobre el plano de las transformaciones operadas en el país, eran la única razón para que dicho Gobierno ascendiese a la dominación de los resortes del Poder público.

Los grupos políticos representados en el Gobierno Negrín sabían que no representaban ni a las masas obreras ni los intereses de la revolución.

Necesariamente, para cohonestar su presencia en el Poder, habían de aparentar el dominio y la dirección políticos sobre unas masas de intereses y de personas representativos de otros intereses, en oposición a los auténticos intereses del pueblo trabajador [.] El mismo que había salvado en los primeros meses y en los que sucedieron al estallido de la guerra al país y al régimen, sin excluir a las clases de la pequeña burguesía y del pequeño comercio, de

la garra esclavizadora del fascismo; el mismo que está salvando y salvará definitivamente al país, de la dura fase que la guerra presenta.

Consciente e inconscientemente, tanto monta para la valoración objetiva y justa de sus actitudes y de la significación de su obra, ayudan y fomentan la contrarrevolución con riesgo gravísimo para el éxito de la guerra, como más adelante se precisará.

El Gobierno se ha limitado a ponerse delante de la contrarrevolución quizás con la decisión y con la creencia honradas de que podrá someterla a disciplina y en un momento dado ahogar la fuerza expansiva de sus resentimientos y de sus ambiciones. Mas el hecho grave es el que apuntamos.

Hecho gravísimo. Peligroso es bordear la pendiente contrarrevolucionaria, cuando la revolución está viva y poderosa en la retaguardia y en los frentes. Peligroso para el Gobierno y para la nación, para nuestra causa en definitiva.

¿Hasta qué límite llegará? Lanzando por este despeñadero no es previsible la meta. Porque de la misma manera que la revolución y el adscribirse lealmente a su servicio ata voluntades e hipoteca conductas para lo futuro, la contrarrevolución hace lo propio. La experiencia del Partido Radical y de las actividades de Alejandro Lerroux dentro del proceso político y social, abierto al ser proclamada la

República, debiera ser aleccionadora para todos los hombres y partidos.

En los acontecimientos actuales afloran síntomas análogos a los que caracterizaron aquel proceso de valorización de cuanto tenía un signo contrarrevolucionario o de reaccionario resentimiento dentro de la República, que ha desembocado en la guerra actual después de pasar por Octubre de 1934. Otra era la situación de España entonces. Sufría también el país las consecuencias y las angustias de una sorda guerra social, pero no era una guerra como la que en la actualidad afrontamos. Por esto el peligro de las desviaciones y de los virajes violentos hacia atajos contrarrevolucionarios, reviste una gravedad mayor y desata más agudas alarmas.

En el cómputo de analogías aquél y el actual proceso acusa la realidad de ahora hechos como éstos: idénticas son las apelaciones a la necesidad del logro de una unanimidad nacional con el auténtico proletariado a su servicio, mansamente sometido a las funciones subalternas que se le encomienden y alejado de los supremos órganos rectores de la vida del país. La República había de ser gobernada por los republicanos. Se llevó a la práctica este postulado programático. Se había adscrito a las responsabilidades de Gobierno el Partido Socialista y sus masas. Uno y otras fueron arteramente lanzadas de la participación en el Poder. Ahora, no sólo a los socialistas en su auténtica representación revolucionaria y obrera, sino que también a

los millones de adherentes de la CNT que con los efectivos, asimismo cifrados en millones, de la UGT son mayoría indiscutible de la nación en el trabajo, en las líneas de combate y en todas partes, se les pone el veto prácticamente para que no influyan de manera decisiva en la marcha de los acontecimientos nacionales desde los puestos de gobierno [.] Destruyendo de esta manera las mejores y más seguras posibilidades de nuestros éxitos en la guerra y en la transformación del país al servicio de la guerra, y el principio democrático del sometimiento de las minorías a la voluntad de la mayoría de la nación.

Idéntico el procedimiento de dar entrada en las filas de los partidos que están en el poder y especialmente en las del Partido Comunista, a elementos procedentes de la extrema derecha, a título de simpatizantes personales y de coincidentes ideológicos y sobre todo a título de la necesidad de la defensa de los intereses particulares de una clase, la pequeña burguesía, siempre salvaguardados por el «tabú» del respeto a la propiedad privada y a la explotación del hombre por el hombre. Saben muy bien los partidos políticos que se distinguen en estas conductas irresponsables, y por experiencias bien recientes y trágicas, que todas estas rebañaduras reaccionarias que fingen en sus filas una consistencia de la que carecen, son los agentes sistemáticos de la traición a su ideología, que no sienten, ni pueden sentir, a su disciplina y a sus mandatos.

Se ha hecho el argumento de que era necesario halagar y

atraer a todos estos elementos confusionarios [sic] para sumarlos a nuestra causa, a la causa del pueblo, descartando que estos «amigos del pueblo» aparecerán como fingidos amigos de nuestra causa hasta tanto puedan [,] en plena impunidad [,] articular su acción contrarrevolucionaria con sus amigos de siempre. La realidad de una respuesta bien dramática a estos pruritos proselitistas, mediante los descubrimientos de las conjuras que vienen agitándose en la retaguardia leal, precisamente movidas y con escandalosa impudicia cultivadas especialmente, por estos supuestos catecúmenes y neófitos de las doctrinas de los partidos políticos implicados en el ejercicio del Poder.

Mas no puede achacarse esta debilidad, que tan cara está costando al pueblo y al Ejército del Pueblo, sólo a este Partido, toda vez que la línea general de la política del Gobierno es el mejor estimulante [,] para que los entusiasmos del pueblo bajen y para que la indignación restalle en las masas ante la comprobación de cuanto ocurre, ante las intrigas de los espías y de los traidores y emboscados, ante los agios de los especuladores y las actuaciones personales de los defensores y amparadores de cuanto se hundió el 18 de Julio, que va resucitando gracias a los fallos más o menos conscientes de la acción del Gobierno.

D

Curiosas y sobre todo aleccionadoras son las actitudes que resumen las reacciones de muchos hombres y de algunos partidos políticos, ante el hecho de la guerra y de la Revolución de España, el más importante de cuantos se han producido en la historia de los movimientos sociales de todos los pueblos [:] por su valor de símbolo universal y por el momento crucial en que se produce, momento decisivo para la suerte de la emancipación de los trabajadores y para la supervivencia de los regímenes democráticos de toda Europa y del Mundo.

No es extraño que los representantes políticos de la pequeña burguesía, siempre proclives a la agitación de todas las demagogias a excepción de aquellas que pudieran poner en peligro o en mero riesgo el principio de la propiedad privada, el comercio al por menor y al por mayor y la continuidad de la explotación del hombre por el hombre, adoptasen a pesar de su incorporación más o menos decidida a la lucha una actitud de gentes aplastadas por la fuerza de la Revolución [.] Y por la acción de los trabajadores que les desplazaba por el número, por su combatividad y por su mayor decisión para el sacrificio en todos los órdenes, de unos puestos de dirección a donde el mismo pueblo les había elevado en distintas ocasiones con el mandato expreso de que canalizasen y realizasen las transformaciones que en todos los aspectos de la vida nacional reclamaba una sociedad dominada en absoluto, a estas alturas, por los

intereses feudales más poderosos, por la influencia política y económica de la Iglesia y por las articulaciones del capitalismo nacional y extranjero [.] Ante cuyas imposiciones y ofensivas, todos aquellos elementos de la burguesía no supieron oponer jamás en defensa del pueblo, y respondiendo a su confianza, más que la claudicación, si bien honesta –no tenemos inconveniente en reconocerlo– torpe, por todos los conceptos.

Lo que resulta menos explicable, pero explicable conociendo los entresijos de las personales reacciones y compromisos de los hombres que en el mundillo político español han venido agitándose desde que la República fue instaurada en España, es que gentes que se han destacado y han influido decididamente dentro de las organizaciones de los trabajadores y de los partidos proletarios, participen de idénticos recelos y de análogas actitudes a los mantenidos por los políticos adscritos claramente al servicio de la burguesía, grande o pequeña [.] Los cuales aceptan el hecho revolucionario fatal en la determinación de sus consecuencias y en su estallido, como algo que hay que cortar a la primera ocasión propicia [,] para que su personal influencia no sea desplazada de la vida política y de la dirección económica del país.

Así vemos como las muchedumbres trabajadoras sin apenas más armas ni medios de guerra que su coraje, pero decididas a desafiar la muerte o a lograr la victoria, se lanzan a la lucha cegadas por la grandeza de la hora, ahogando el

instinto de conservación egoísta en sus almas, mientras los políticos profesionales se repliegan en una aparente inacción. Salvo raras excepciones, se encargan de gestionar asuntos, no siempre claros, en el extranjero; ocupan los puestos diplomáticos, con muy rara fortuna en su actuación para la causa auténtica del pueblo, y los que afrontan responsabilidades de mando se ejercitan en el montaje apresurado, mientras el pueblo lucha heroicamente, de los instrumentos estatales, que era necesario montar, pero que se montan con fines concretos de, en un momento dado, poder emplearlos a su servicio.

Algunas sugerencias y más que sugerencias excitaciones apremiantes, debieron jugar en esta preparación de los instrumentos coactivos [,] que toma incremento especial cuando la representación auténtica de los trabajadores deja el Poder para seguir trabajando o luchando en las trincheras. A partir de este instante [,] la acción política del Gobierno constituido en Mayo tiende sin rebozo a destruir, a desarmar y a someter a sus dictados cuanto pueda constituir una base de revolución lograda o de posibilidad de su logro. Mientras tanto, desde los departamentos ministeriales se entregan los responsables de los mismos a una política de halago, de escandaloso proselitismo y de contestación, dirigida especialmente en beneficio de las clases de acusado carácter burgués. Se procede a la incautación por parte del Estado o se devuelve a los que fueron sus dueños, de una manera gradual, cuanto está en poder de los trabajadores,

pretextando reparaciones a injusticias de la Revolución. Esto ocurre con las tierras, con las casas, con las fábricas, con los talleres, con los comercios. Se hace una campaña contra cuanto pueda ofrecer un signo de influencia o de dominio de los trabajadores sobre la economía nacional, campaña demagógica y peligrosa, ya que el fermento de más virulenta expansión del fascismo, siempre ha tenido como vehículo principal a la pequeña burguesía más atenta a sus intereses y a sus egoísmos, y a su sueño de convertirse en gran burguesía, sin que le importe gran cosa la elección de medios que le conduzcan a este fin, que a la llamada del menor sacrificio por el bien común.

La pequeña burguesía española, salvo excepciones honrosas de individuos que comprenden su deber histórico ante el impulso ascensional del proletariado hacia su definitiva emancipación, suele ser progresiva en todo aquello que no roce lo más mínimo sus intereses materiales y la tranquilidad de su disfrute.

En las zonas rurales, por su escasa proporción dentro de la masa general de los trabajadores, aparece en muchos casos identificada con los propios intereses de éstos. En algunos puntos dominados, de siempre, por la reacción, la pequeña burguesía constituye la rémora más cerril de todo movimiento de progreso.

Después del 18 de Julio, la pequeña burguesía progresiva ha tendido a incorporarse con sus intereses a la órbita de

influencia desplazada por los intereses de los trabajadores. La reaccionaria sueña con que los fascistas ganen la guerra, no obstante sus protestas de adhesión a la causa del pueblo, ante partidos políticos, ante organizaciones y ante el Gobierno. Pero exigid de ella un sacrificio o simplemente ocasionadle una incomodidad; al punto plantearán un conflicto y pondrán el grito de su protesta en el cielo.

La protección a ultranza a estos núcleos tiene un carácter de halago para crear una base política, con la cual proceder, manejándolos como elementos de provocación contra las organizaciones obreras y campesinas y para, por artes que son propias de su actuación dé buenos resultados en toda coyuntura, apoderarse de la dirección política de las zonas rurales [.] Para después ir al apoderamiento de la dirección de la economía y de la riqueza [,] sustrayéndola al control riguroso de los obreros. Lo mismo ocurre con el comercio al por menor y al por mayor.

Se podrá hacer al argumento de que imperativos de oportunismo imponían a ciertos partidos que se llaman proletarios y hasta comunistas, la táctica de atraer hacia la zona de simpatía y ayuda a la causa del pueblo y a la pequeña burguesía, y a la menos pequeña [.] Después de haber pasado ésta por algunos períodos de incomodidades a que le sometieron las necesidades de atender los frentes y especialmente a la exigencia de sacrificios personales o de sus bienes. En efecto, la pequeña burguesía se mostraba un tanto resentida como consecuencia de algunos abusos que

se pudieron dar, explicables por el momento que se vivió y por las resistencias o pasividades más o menos solapadas que aquélla ofreció, o por los abusos y desigualdades de trato a que pudo dar lugar la requisa de efectivos y víveres para los frentes.

No desterramos tampoco de estas apreciaciones la posibilidad de que se cometiesen abusos por parte de desaprensivos.

Pero de ahí a la intentona caracterizada y definida por una serie de hechos perfectamente sistematizados, de situar a los trabajadores al ciego servicio y bajo el mandato de los elementos que han hecho causa común con los representantes declarados o disfrazados de la clase burguesa, media un gran trecho.

Precisamente en los días en que escribo estas líneas se viene recordando una frase de Lenin sobre el particular, de especial importancia: «El resultado de la Revolución –dice el gran caudillo de la Revolución Rusa en su trabajo «Dos Tácticas»– depende de que la clase obrera desempeñe el papel auxiliar de la burguesía o el de director de la Revolución Popular.»

El rumbo que decididamente imprimen a sus acciones los elementos que ocupan los puestos de responsabilidad, en el Gobierno en las presentes circunstancias, todos de extracción o de formación posterior proletarios, tiende

claramente a situar al proletariado español bajo el peso del primer término del dilema de Lenin.

Especialmente los comunistas y los socialistas de derecha agitan el pretexto de la necesidad de lograr una unanimidad nacional [,] cuando ésta ya estaba lograda y por ellos mismos fue rota, que consiste en [:] alzaprimar a la pequeña burguesía, que en los negocios desafortunados y escandalosos de los políticos [,] y en apartar de la influencia política y económica a los obreros; en procurar por todos los procedimientos el aletargamiento y el cansancio en la trayectoria de las masas trabajadoras [.] A las que se recomienda reiteradamente y hasta se les exige, el papel de morir en los frentes, de obedecer ciegamente las consignas que se les den, de extenuarse en el trabajo sobre las máquinas y sobre los campos [,] para producir con ritmo intensivo de guerra y de no pedir cuentas [,] si ven que sus sacrificios son dilapidados o maltrechos por la acción de quienes han tomado la dirección del país como un encargo directo de una potestad divina [.] Tal como lo pudieran concebir unas mentes deformadas por la influencia de la definición de la legitimidad del poder temporal [,] a la manera tomista o escolástica o como el don que las doctrinas fascistas conceden a los llamados «reyes naturales» [,] para cohonestar ante las multitudes el ejercicio de la tiranía totalitaria por un solo hombre o por un grupo determinado de hombres.

Se afirma que esta actitud tiene como motivación

apremiante la necesidad de suprimir factores que puedan entorpecer la marcha de la guerra hacia la rápida victoria. Con esta obediencia y además con otros apoyos de los trabajadores en la retaguardia y con el bloque de toda la fuerza inmensa del proletariado en los frentes, no se han logrado por parte del equipo que actúa desde el Gobierno más que fracasos [,] en el curso de los meses en que su actuación se viene desarrollando.

Entre el proselitismo desmandado de algunos grupos implicados en el Poder, tardíamente combatidos, cuando había producido ya los más considerables estragos en la retaguardia y en los frentes, por parte de quien tiene sobre su responsabilidad y sobre sus anchos hombros la misión de regir la cartera de la Defensa Nacional, y los estímulos contrarrevolucionarios, en algunos de sus aspectos someramente reseñados hasta aquí, se ha creado una situación confusa de desánimo en todas partes [.] Que puede muy bien considerarse como dirigida al logro de ulteriores fines que sin duda irán acusando sus perfiles en la madeja del porvenir. Nuncios de estos fines son las reiteradas apelaciones a las exigencias de orden internacional y a la necesidad de sacrificar constantemente al carnero de nuestra moderación a los estados llamados democráticos [,] hasta ahora impasibles ante nuestra honda y terrible tragedia. Todo esto no puede por menos de constituir un potencial de factores negativos para la marcha de nuestra guerra hacia su necesario triunfo.

Porque el motor que genera la energía del movimiento en los frentes de la independencia nacional no es ninguna abstracción como ha reconocido en uno de sus últimos discursos el Presidente de la República [.] Sino el ideal ilusionado y frenético de la defensa de los intereses de los trabajadores y de la Revolución en marcha, la defensa y afirmación de las conquistas logradas y la traducción en realidad de cuanto se ha venido prometiéndole al pueblo [,] hasta que él por su propio impulso, en una acción ofensiva y defensiva a un tiempo, ha sabido conquistarlo con su sangre y con las armas en la mano.

Para ganar la guerra el primer factor que debe ser tenido en cuenta por encima de toda otra consideración es éste. Desaparecida esta ilusión y esta seguridad para los combatientes la lucha decaería fatalmente [,] por falta de motor ideológico y místico si se quiere [.] Ya que en ningún caso se puede olvidar que la guerra que sostenemos es una guerra social y que precisamente por este carácter irrenunciable, si queremos conseguir la victoria, ha devenido, por solidaridad de los fascismos internacionales con nuestros enemigos, en guerra de independencia nacional, en la que no se ventilan, como muy bien se ha dicho, ni una cuestión dinástica ni el retorno de un rey como en las guerras de independencia y en las civiles que arrasaron nuestro país en el pasado siglo [.] Sino el establecimiento de una transformación honda y perdurable en España [,] que para siempre sitúe al español en una

posición invencible de dueño de sus destinos y económicamente, de la cual sea desterrada para siempre la explotación del hombre por el hombre y en la que definitivamente se afirme el libre porvenir de los trabajadores.

Sin que al parecer preocupen estas consideraciones, por sabidas de prolija repetición, el equipo político que ocupa el Poder viene llevando a la práctica la trayectoria de acción que estudiamos y precisamos en este trabajo.

La acción de esta política sobre el cuerpo en carne viva de la nación produce los efectos que también hemos apuntado. Se tiende a revalidar todo el mecanismo y los vicios más funestos de cuanto se derrumbó en el propio fracaso de su ineficacia el 18 de Julio. Vuelven los procedimientos y hasta los mismos hombres de entonces a influir en las determinaciones más graves. Se fuerza el apartamiento de los trabajadores de la dirección de los organismos del Estado y de los instrumentos rectores de la economía nacional. Se combate desde el Poder a las colectividades y se hace lo posible por destruirlas.

Para sustraer los medios e instrumentos que rigen la economía al dominio de los trabajadores se pretextan fallos en la dirección, por parte de las organizaciones proletarias, de las empresas que en un momento de general quiebra salvó el proletariado organizado de la ruina, que garantizó además de esta manera, con grandes sacrificios, la continuidad de la producción al servicio leal de la causa

antifascista. Estas campañas de difamación que van creciendo a medida que pasa el tiempo, en violencia, en escándalo y en desvergüenza, tiende naturalmente a crear confusión y a suscitar los odios contra el proletariado de la pequeña burguesía [.] Que como hemos dicho lleva camino de convertirse en grande, gracias a la protección decidida que recibe y a su desenfado que no repara en medios para enriquecerse [,) a costa del dolor y de los sacrificios inmensos de los trabajadores en los frentes y en la retaguardia.

Donde alienta una posibilidad revolucionaria al punto recibe [,) o bien la visita de la provocación o la acción que tiende a destruirla [.] Haciendo caso omiso de todo estímulo de la prudencia [,) que pueda precaver la consideración de que no hay elementos sinceramente revolucionarios que la guerra o la producción no pueda utilizar, introduciendo en sus fallos correcciones, si es que los fallos existen y orientando y hasta dirigiendo sus actuaciones.

Las grandes reservas efectivas del pueblo español [,) para hacer frente a la guerra y a las necesidades de la transformación del país que el carácter de la guerra impone, están como han estado siempre en las organizaciones sindicales UGT y CNT con sus millones de afiliados y militantes. Pues bien, contra ellas han sido dirigidas las más terribles ofensivas e indignas provocaciones [,) para someterlas a los caprichos de los grupos políticos que [,) dentro y fuera de las masas de estas dos grandes

organizaciones [,] tienen un valor representativo sobremanera exiguo.

Primero, la ofensiva a fondo se llevó a cabo contra la CNT, contra sus instrumentos orgánicos, contra sus militantes, contra su masa en general, tanto en la retaguardia como en los frentes. Después ha sido llevada la provocación de una escisión grave contra la UGT por negarse su más genuina y autorizada representación jerárquica, a la incorporación de todo cuanto es y en ella alienta a los fines puramente políticos mediatizados por preocupaciones del exterior [,] que caracterizan la obra de Gobierno a partir de la crisis de mayo. Coyuntura en que unos grupos políticos se confabularon en la menguada empresa de romper el instrumento de gobierno que resumía la unanimidad nacional y antifascista, que supo aglutinar Largo Caballero.

La maniobra y las actividades desaforadas en este sentido de provocación prosigue [,] alzaprimada por unas campañas de Prensa no menos irresponsables, Prensa que fue creada previamente para estos fines. La mayoría de los periódicos que se publican en la España leal están controlados económica y oficiosamente en cuanto a su orientación, por las fuerzas que actúan en representación del Gobierno de España. Para los demás basta la mordaza de la previa censura.

E

¿Cómo había de salvarse el nuevo Aragón de las embestidas de estas actividades?

El Gobierno actual tenía, dado su carácter de servidor de sugerencias en gran parte ajenas a los intereses del pueblo, poderosos motivos para tomar la decisión de suprimir el Consejo de Aragón y de perseguir a cuantos, directa o indirectamente habían contribuido a la realización de la obra cuyas características hemos reflejado en este libro. En Aragón se había hecho la guerra dentro de los medios de que disponían nuestros combatientes, con fortuna. Si todos los frentes hubieran imitado a Aragón en su resistencia, el enemigo no hubiera llegado a los puntos donde se han tenido que afrontar y se están afrontando, con los heroísmos más inauditos y desesperados, sus terribles acometidas. No se hubiera perdido un solo palmo de tierra leal a los destinos de la España libre. Resistir era ya una victoria.

Pero en Aragón, además de la guerra se hizo la Revolución y se afirmaron sus conquistas en todos los pueblos.

Sólo la necedad irresponsable puede esgrimir el argumento de que un pueblo de trabajadores que había logrado conquistar con su esfuerzo, su sacrificio y su

organización, todos los poderes, todas las ventajas y toda su libertad, en tanto no se opusiera a ésta con particularismos al bien común y formase un todo político y económico organizado, considerase tan extraordinaria bienandanza como una fuente de desdichas y de perturbaciones que hacía imposible la vida de los aragoneses. Todo esto se ha dicho.

Los mismos fenómenos que hemos venido reseñando en anteriores páginas como expresión de la situación general del país, se han dado en Aragón a partir de la crisis de Mayo que pasará a la historia como un viraje violento hacia la contrarrevolución [,] en el curso del proceso revolucionario de España.

Había que desfondar y aniquilar la nueva organización llevada a cabo en el Aragón leal y deshonorar la obra revolucionaria de los aragoneses.

Fue iniciada esta empresa con una campaña de infamias contra las Colectividades, contra los hombres que las regían, contra el Consejo de Aragón, contra la persona del Presidente del consejo aragonés y a su vez representante del Gobierno central, Joaquín Ascaso. Movían esta oleada de escándalos, los agentes políticos de los partidos, carentes de toda influencia cerca de los trabajadores aragoneses. Pronto encontraron colaboradores y nuevos correligionarios que sumar a la empresa, entre los representantes de la contrarrevolución en potencia, entre los caciques grandes y pequeños, entre todos los resentidos a consecuencia de las

transformaciones realizadas en el orden económico y de la organización de la vida de los pueblos. Los abogadillos de las cabezas de partido, los funcionarios que actuaban en Aragón solapadamente contra sus legítimas autoridades, los fascistas emboscados, los negociantes procedentes de Cataluña que tenían sus feudos de aprovisionamiento y de saneados negocios en tierras aragonesas y que ahora, ante la rígida administración de las Colectividades, y el conocimiento exacto por parte de éstas de los medios defensivos de los intereses comunes, se constituyeron en agentes de la vasta maniobra contra el pueblo aragonés. Encontraron los más eficaces colaboradores para sus intrigas en los representantes de Aragón en las Cortes, los cuales se cuidaron muy bien de no aparecer por las tierras aragonesas en los momentos más graves y dramáticos para afrontarlos valientemente. Confiaron el ejercicio de esta misión, que a ellos personalmente incumbía cumplir, a los luchadores aragoneses y catalanes. Pero, tan pronto como apuntó una situación propicia a sus manejos, sintieron irreprimibles ansias de salvar a los aragoneses de un caos que sus agentes les describieron interesadamente como clima general de la vida de Aragón. Estos representantes de Aragón en las Cortes eran los que recibían los informes derrotistas que acerca de la situación en Aragón se hacían circular, los que los cursaban al Gobierno, en los cuales se denunciaban monstruosas infamias como aquella de que varios pueblos aragoneses, no pudiendo resistir el régimen de opresión y de tiranía a que tenían sometidos las autoridades locales y las

Colectividades a los vecinos, se pasaron en masa a los facciosos.

Nadie ha podido probar esta alevosa afirmación ni ninguna de cuantas contra el Aragón leal se levantaron en la confusa nube de basuras que contra él se desató. Una leyenda de terror corrió de boca en boca esparcida por la intriga de todas estas gentes. Los periódicos oficiosos se ejercitaban especialmente en estos menesteres de deshonor y de derrotismo contrarrevolucionario.

Los partidos políticos, con escasísima representación en el país aragonés, en esta situación confusionaria pensaron que encontrarían medios de acrecentar sus efectivos y su influencia y brindaron protección decidida a todos los resentimientos fascistoides. La infame campaña prosiguió con inaudita violencia y tuvo expresiones de desusada vileza. ¿Iba contra el Consejo de Aragón como instrumento político? No. Iba contra las Colectividades de Aragón, contra las realizaciones revolucionarias logradas en las comarcas aragonesas.

Un Consejo menos celoso de los intereses de los trabajadores, con tanto dolor y entusiasmo, con tantos sudores y sacrificios conseguidos y puestos en situación de próspero rendimiento bajo el signo colectivo, en el que no hubiese tenido mayoría la CNT, hubiera sido sin duda respetado. Lo que importaba a todos estos elementos destruir era una de las bases más seguras de la auténtica

emancipación del proletariado y desplazar la influencia de la CNT, a cuya acción rectora se debía especialmente la consecución de lo logrado, sin que esto quiera decir que otras organizaciones y representantes de partidos políticos no colaborasen con lealtad a esta obra, hasta el momento que recibieron orden de sumarse a la ofensiva contra la CNT, contra el Consejo de Aragón y contra sus creaciones. Prueba de ello es el hecho de que días antes de que el Consejo de Aragón fuese disuelto, todas las Organizaciones políticas y sindicales de Aragón, por voto de sus representantes autorizados, reconocieron y así lo hicieron presente al Gobierno central, la eficacia de la labor realizada por el Consejo aragonés bajo la dirección de su Presidente Ascaso, al que se diputaba como insustituible en el cargo de representante y delegado del Gobierno de la República. No impidió esta afirmación, en documento oficial constatada, que poco tiempo después los agentes de la contrarrevolución y de los partidos políticos, en una asamblea celebrada en Barbastro, a la que asistieron por fin los representantes aragoneses en el Parlamento, invalidasen el anterior voto de confianza y pidiesen la disolución del Consejo, cuya actuación, en tan breve espacio de tiempo, pasó de ser considerada como meritoria a ser envilecida con las más graves calumnias.

Respondía esta acción incalificable a la misma intriga que cuidó de esparcir, no sólo por España sino que también más allá de las fronteras, un campaña a base de falsedades y de

insidias contra el Ejército de Aragón, por estar integrado en gran parte por elementos confederales, los mismos que llevaron la lucha contra el fascismo desde Barcelona y pueblos catalanes a muchísimos kilómetros de la capital de Cataluña y de las ciudades donde el enemigo, como en Lérida, ofreció una resistencia dura y tenaz, hasta que fue reducido por las armas.

Las operaciones, triunfalmente realizadas por este Ejército, contra el cual se han lanzado toda suerte de calumniosas especies, que todos los antifascistas de España conocen, han ofrecido a la justa estimativa de la opinión pública y a todos sus detractores y calumniadores, las lecciones gloriosas de la conquista de Belchite, de Codo, de Quinto y de las victorias logradas en las montañas del Alto Aragón en estos días últimos. Jornadas antes de que el Consejo de Aragón fuese disuelto, las fuerzas que mandaba Ortiz en el sector Sur del Ebro habían conquistado doce pueblos, añadiendo con estas conquistas cerca de doscientos kilómetros cuadrados al territorio leal.

En momentos de grave apuro, cuando el Gobierno de la República necesitaba ofrecer a la inquietud nacional una acción de armas triunfante por las circunstancias en que el país se encontraba, como consecuencia de las dos pérdidas ininterrumpidas de las provincias de Vizcaya y de Santander, con sus respectivas capitales, el frente de Aragón y precisamente recayendo el mayor peso de las operaciones sobre las fuerzas procedentes de las antiguas milicias

confederales, salvaba la situación delicadísima en que el Gobierno se encontraba y al mismo tiempo lograba efectivas conquistas que abren los caminos del éxito para operaciones decisivas, si se sabe aprovechar la coyuntura. «Aquellos forajidos que estaban en los frentes aragoneses entregados sin más preocupación, a la acción heroica de digerir jamones» son los héroes de Belchite y de Codo. Sus detractores, que eran y son todos los burócratas, que desde los cómodos sillones de los Ministerios y de los Centros oficiales, todos los señoritos y emboscados, que desde los divanes de los cafés, enjuician la guerra y excusan su cobardía y su deserción en el cumplimiento de los deberes de simples españoles, calumniando a los luchadores de los frentes, podrán seguir en su tarea de sistemáticos detractores de los héroes auténticos de la Confederación Nacional del Trabajo y de la UGT y de todo cuanto directa o indirectamente afecte al prestigio de las masas obreras organizadas. Pero la verdad es cuanto aquí registramos.

Lo acontecido en la retaguardia aragonesa en los días que precedieron a la disolución del Consejo y en los posteriores a este acontecimiento, no es menos elocuente y aleccionador que lo ocurrido en los Frentes.

El día 11 de Agosto, por un Decreto de la Presidencia se declara disuelto el Consejo de Aragón. El Gobierno fundamenta esta decisión en la necesidad de concentrar en sus manos todos los poderes.

Agentes oficiosos del mismo Gobierno en la Prensa, al comentar la disolución descubren el verdadero fin que ésta persigue, al asegurar que en Aragón existían unos experimentos sociales cuyo proceso de afirmación en la vida aragonesa convenía cortar radicalmente. Eran las Colectividades.

Se nombra un Gobernador general para toda la zona aragonesa, destino que acepta un tal señor Mantecón, perteneciente al partido de Izquierda Republicana. En el mismo día en que se hace público el nombramiento del nuevo Gobernador y la disolución del Consejo, los periódicos dan cuenta con grandes titulares de que el Delegado del Gobierno de la República en Aragón y Presidente del Consejo aragonés, Joaquín Ascaso, ha sido procesado y encarcelado por suponersele responsable de un acto delictivo de contrabando de joyas. No transcurrió un mes sin que Joaquín Ascaso fuera puesto en libertad. La supuesta culpabilidad del hasta entonces Delegado del Gobierno en Aragón, pronto fue disipada, tan pronto como fue conseguido el efecto político apetecido para cohonestar el acto de la disolución del Consejo.

Antes había sido enviada a Caspe una Brigada, cuyos componentes eran en su mayoría de extracción comunista o neófitos de un comunismo de circunstancias, mandada por el conocido Comandante Lister, la cual sitia Alcañiz y toma militarmente Caspe, sede del Consejo de Aragón y se lanza a toda suerte de provocaciones; invade los pueblos de la

retaguardia aragonesa, arrasa las Colectividades, detiene y encarcela sin garantía alguna a los compañeros directivos de las mismas, secuestra e intenta fusilar a miembros destacados del Comité Regional de la CNT establecido en Alcañiz. Por encima de las órdenes del Gobernador y del Gobierno, por espacio de varios días, comete toda clase de excesos. Los miembros del Consejo de Aragón son detenidos y encarcelados, los domicilios de los organismos de la CNT son asaltados y arrasados. Parte de la División «Carlos Marx», nutrida en su mayoría por afiliados al PSUC de Cataluña, se lanza a actividades análogas por los pueblos de la ribera del Cinca. En los pueblos, a base de todos los caciques y resentidos, se constituyen nuevos Concejos Municipales, después de destituir a los existentes, a todos los cuales encarcelan. Fundan Comités del Partido a que pertenecen, vejan al vecindario y con especial saña a los colectivistas. Algunos de los dirigentes de las Colectividades desaparecen, sin que se haya vuelto a saber de su paradero.

El mismo Gobierno de la República, al enterarse de estas fechorías, llama al orden a los desmandados y les apercibe severamente. El terror se esparce por toda la zona leal entre las familias de los trabajadores de Aragón. La obra de destrucción de las Colectividades de sañudas persecuciones y vejaciones contra los trabajadores aragoneses, se hace en nombre de los supremos intereses del proletariado y de la República. Los periódicos oficiosos callan, a pesar de que conocen todos estos desmanes. La campaña contra Aragón

remite. El mismo día en que el Consejo fue disuelto y fue invadida la retaguardia aragonesa por los elementos que hemos citado, los periódicos oficiosos, como obedeciendo a una consigna general, celebraban con júbilo una supuesta victoria sin sangre que acababa de ser lograda por el Gobierno. La reciente pérdida de Bilbao y Santander, daba a estas voces oficiosas el valor de un terrible y trágico sarcasmo. Afirmaban también algunos de estos periódicos que Aragón había sido recuperado para la República. Lo había sido mucho antes, cuando los combatientes catalano-aragoneses avanzaron hacia Zaragoza en las gloriosas jornadas de Julio, pero la infamia ahí quedaba para culminación de la campaña que perseguía el fin ya logrado.

Triste victoria la del Gobierno contra los labrantines y contra los colectivistas, que durante todo un año de trabajos y de luchas habían logrado por el procedimiento de trabajo y explotación colectivos de la tierra, una cifra de producción hasta ahora desconocida. Se celebraba la victoria de la contrarrevolución. Si ésta no llegó a ser completa, fue debido a la serenidad impasible y a la cordura y sensatez de los combatientes del frente de Aragón, contra los cuales se dirigió especialmente la insidia aquella, que días antes de que se produjesen estos sucesos, anunció desde puestos que debieran ser de responsabilidad, que un vasto y peligroso movimiento subversivo amenazaba a la retaguardia leal, achacando estos criminales propósitos a las organizaciones obreras. Sin que se precisasen nombres y detalles, se sugería

arteramente que el epicentro de esta supuesta acción arrancaba de las trincheras de los frentes aragoneses. La provocación estaba clara, pero más clara era la comprensión y la decisión firme de ganar la guerra, sentida por todos los combatientes de Aragón y de no responder con estados pasionales y acciones de fuerza a las provocaciones de que repetidas veces se les hizo objeto. Cada cual, por sus obras define su carácter. El carácter de las fuerzas del Ejército del Pueblo en Aragón está de sobra definido por su conducta.

Estas son las circunstancias que han acompañado la ofensiva desarrollada en tierras aragonesas contra las creaciones de los trabajadores.

La Revolución, en el curso de su proceso, ofrece fases de peligro para su triunfo. Una trayectoria revolucionaria en marcha, tiene avances y retrocesos. Pero la Revolución sigue su curso. En Aragón y en toda España. Nada ni nadie logrará apagar la llama poderosa que inflamó las almas de los mejores españoles y los lanzó a los frentes para luchar por la victoria definitiva de las conquistas revolucionarias. Estos hombres traerán el triunfo de la Revolución en las puntas de sus bayonetas victoriosas. Entonces llegará la hora también de la Justicia y de las responsabilidades, para muchos.

Octubre de 1937